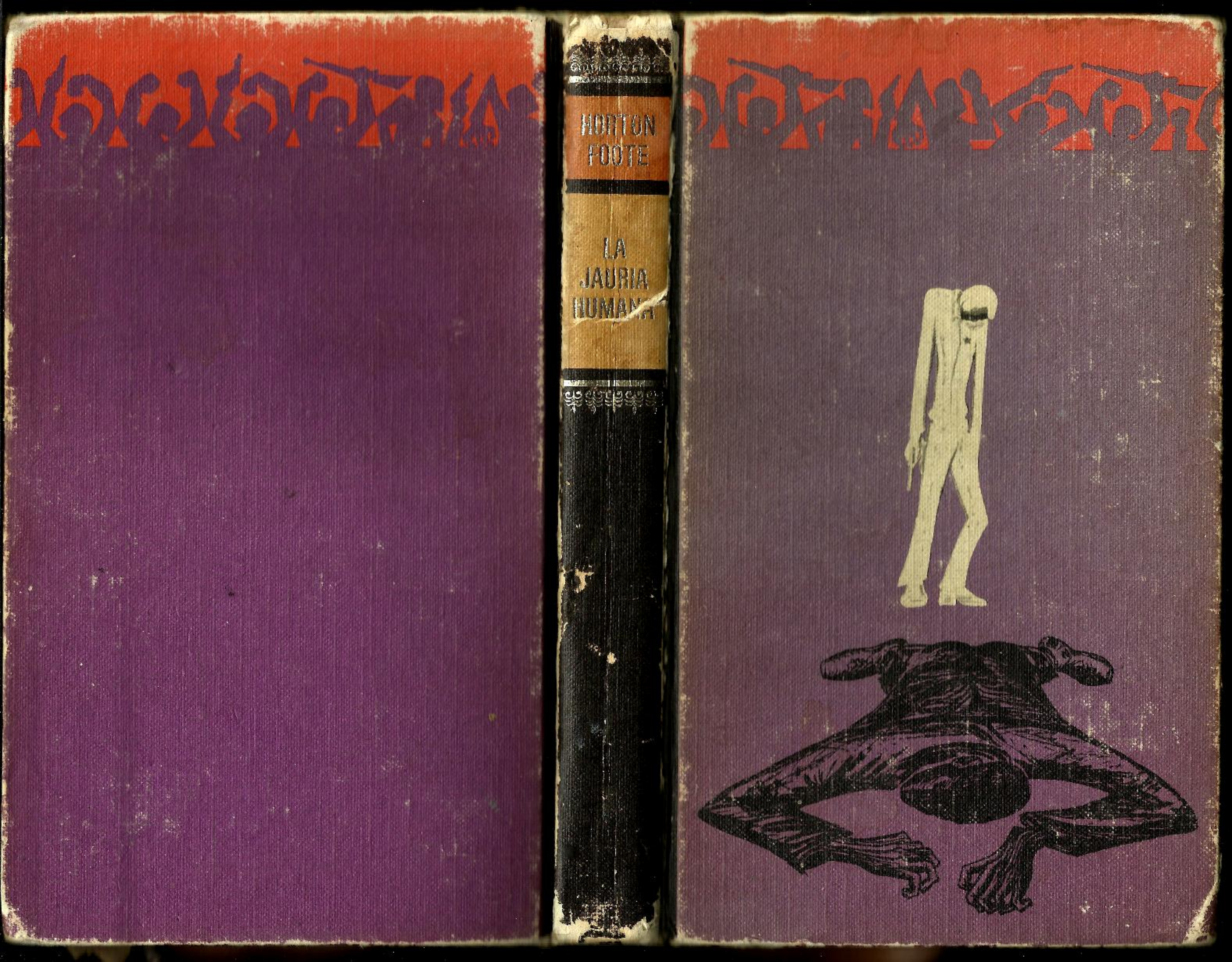

HORTON FOOTE
LA JAURIA HUMANA

Horton Foote

La jauría humana

Círculo de Lectores

Título del original inglés, The chase
Traducción, D. Martínez Sagrera
Cubierta, JORDI MASIP/PRINTER

Círculo de Lectores, S.A.
Valencia, 344 Barcelona
3 4 5 6 1 7 0 6

Depósito legal B. 9104-71
Compuesto en Garamond 10
impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa
Tuset, 19 Barcelona 1971
Printed in Spain

Edición no abreviada
Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Plaza & Janés
Queda prohibida su venta a toda persona
que no pertenezca al Círculo

A mis padres

Primera parte

LOS CONSPIRADORES

Capítulo I

La señorita Mattie descendía presurosa por la calle principal de Harrison. Había ido al cine bastante temprano, se había quedado dormida y habría continuado en brazos de Morfeo, de no haber sido por los gritos lacerantes de un niño, al que su madre hubo de sacar del local arrastrándolo a lo largo del pasillo.

El cine quedaba ahora media manzana atrás y la muchacha tenía aún que recorrer otras dos manzanas para llegar al hotel. Lona Mae Senett la saludó con la mano al pasar frente a ella en su automóvil, y la señorita Mattie le correspondió con otro gesto similar, apretando luego el paso. Echó una ojeada a la señorita Vena, que freía hamburguesas en su caseta, pero Vena no la vio. Dobló la esquina de la droguería y John Thomas la saludó con un hola cordial. Ella devolvió el saludo con una inclinación de cabeza y siguió su camino.

Estaba preocupada por su madre, a quien había prometido hallarse de vuelta en el hotel no más tarde de las cuatro y media. Todo el mundo creía que la señorita Mattie tenía miedo a su madre. Esto no era del todo cierto, pero la vida resultaba mucho más fácil no contrariándola.

La señorita Mattie y su madre no tenían absolutamente nada en común. A la señorita Mattie le gustaba mucho el cine; a su madre no. La señorita Mattie adoraba el bridge, mientras que su progenitora odiaba toda clase de juegos. Lo único que, según había podido apreciar la señorita Mattie, agradaba a su madre de veras era el visiteo. Era, sin duda, la visitadora más entusiasta de todo el pueblo de Harrison. Se vestía ya para salir a primera hora de la mañana y, mientras tomaban el café, decidía a quién había de visitar aquel día y la clase de visita que había de hacer: matinal, vespertina o de todo un día. A las nueve de la mañana solía salir de casa, dirigiéndose acto seguido al domicilio de la persona elegida, almorzaba en la parte alta de la ciudad, en un restaurante o en casa de alguna amiga, regresando al hotel a tiempo para la cena. Pero desde que sufrió una caída, fracturándose una cadera, tuvo que renunciar a los visiteos.

La señorita Mattie tenía cincuenta y cinco años; su madre setenta y ocho. Ocupaban habitaciones separadas y tomaban sus refacciones en el comedor. Habían poseído su propia casa, una magnífica y vetusta mansión, destruida por un incendio cuando la señorita Mattie tenía diez años. Su madre había jurado entonces que no volvería a habitar en ninguna otra y durante cuarenta y cinco años habían vivido en apartamentos y hoteles.

La señorita Mattie odiaba las habitaciones de los hoteles y apartamentos y deseaba con toda el alma tener casa propia. De vez en cuando se daba una vuelta por la ciudad, para buscar casas en venta o hablar con un contratista sobre la construcción de una casita de campo con dormitorios separados para ella y para su madre. Cada vez que tomaba tal determinación se hacía la promesa de salirse con la suya, llevando a su madre a que viera la casa que había de servirles de vivienda en el futuro y discutir los detalles. Pero la cosa no llegó a realizarse jamás. Cuando llegaba el momento decisivo, la madre de la señorita Mattie se negaba invariablemente a poner la suma necesaria para efectuar el pago de la casa. La señorita Mattie solía echarse a llorar, declarando que su madre era una vieja egoísta, pero la anciana se limitaba a sacudir la cabeza, diciendo:

—No llores más, hija mía. Estoy decidida a que continuemos alojándonos en el hotel.

La señorita Mattie acababa siempre por resignarse. ¡Qué remedio le quedaba a la pobre! La madre de la señorita Mattie tenía todo el dinero a su propio nombre.

Cuando la señorita Mattie llegó al pie de la escalera del hotel estaba jadeante, sin aliento. Se detuvo un momento hasta recobrar el resuello y luego se preparó para la tremenda ordalía de explicar a su madre el motivo de su tardanza. Comenzó, pues, a subir la escalera, descansando cada cuatro o cinco peldaños, hasta llegar a la puerta de su habitación, situada en el último piso. Una vez que hubo alcanzado su dormitorio, la señorita Mattie, en lugar de ir directamente al de su madre, se quitó el sombrero y se puso a pensar en qué día estaban y en qué menú tendrían aquella noche en el hotel

para cenar. Era martes, reflexionó, lo que significaba que pondrían chuletas de cerdo, sémola, quingombó criollo, patatas irlandesas a la crema, ensalada y flan de postre. Echó a andar hacia la habitación de su madre y oyó a ésta que la llamaba:

—¡Hija!

—¿Qué, mamá?

—¿Por qué vienes tan tarde?

—Porque me quedé dormida en el cine. Aún lo estaría, de no haber sido porque una mujer tuvo que sacar a su hijo a viva fuerza de la sala y el crío daba tales chillidos que me despertó.

—Pues ya son las cinco y media.

—No, mamá. Son las cinco y cuarto nada más.

—Las cinco y media.

—No me gusta discutir contigo, mamá, pero son las cinco y cuarto.

—No olvides que desde mi ventana se ve el reloj del Palacio de Justicia.

—Ese va siempre adelantado.

—Bien. Sean las cinco y media o las cinco y cuarto, tú tenías que haber vuelto a las cuatro.

—Sí, mamá, pero ya te he explicado...

—¿Te agradaría sufrir una caída, romperte una cadera y verte condenada a quedarte en tu habitación más sola que la una, como me ocurre a mí?

—Si te quedas sola es porque quieres, mamá. Te propuse tomar a servicio una negra que te hiciera compañía.

—Eso cuesta dinero.

—Tú tienes mucho, mamá.

—Pero no pienso gastármelo, dándoselo a una negra para que me haga compañía, sobre todo cuando tengo una hija que tiene la obligación moral de quedarse a mi lado.

—Sí, mamá.

Durante todo este diálogo la señorita Mattie había permanecido de pie, junto a la puerta de la habitación de su madre. La puerta estaba cerrada y no se decidió a abrirla y entrar. Su madre volvió a llamarla, esta vez a gritos.

—¡Hija!

—¿Qué, mamá?

—Esta tarde la señora Reeves ha enviado por dos veces a buscarte a un muchacho negro.

—¿Sí, mamá?

—¿Para qué quiere verte?

—Lo ignoro, mamá. ¿No te lo dijo el muchacho?

—No. Me contestó que no lo sabía, pero no le creí y así se lo dije, agregando que en mis tiempos su desvergüenza la habríamos castigado con una tanda de latigazos.

Llamaron a la puerta con los nudillos y la señorita Mattie acudió a abrir. Era el muchacho negro.

—¿Qué deseas? —inquirió la solterona.

—La señora Reeves me ha encargado que le diga que, por favor, vaya a su casa a verla lo antes posible.

—¿Para qué quiere verme?

—No lo sé, señora.

—¿Es que no puede decírmelo por teléfono?

—Me ha dicho que no puede usar el teléfono, señora. Que necesita verla.

—Está bien. Iré a verla tan pronto como pueda. Dile...

Su madre volvió a llamarla:

—¡Hija!

—¿Qué, mamá?

—¿Con quién estás hablando?

—Ya te lo diré, mamá.

—¡Dime inmediatamente con quién hablas!

—Con el muchacho que me trae el recado de la señora Reeves.

—¿Qué desea esa señora?

—El chico no lo sabe.

La señorita Mattie se volvió al muchacho negro y le dijo:

—Ya te puedes marchar. Di a la señora Reeves que iré a verla tan pronto como pueda.

—Sí, señora.

El negrito cerró la puerta y la señorita Mattie se quedó en el centro de la habitación, preguntándose mentalmente qué podría querer de ella la señora Reeves. Echó a andar hacia la habitación de su madre, pero se detuvo y, sin saber por qué,

tomó la determinación de ir a visitar a la señora Reeves inmediatamente. Cogió el sombrero, se lo puso y salió, sin decir a su madre a donde iba ni cuando volvería. La oyó, llamándola a voz en grito, desde su habitación:

—¡Hija! ¡Hija!

Pero no le hizo caso y bajó a toda prisa la escalera del hotel.

Capítulo II

La mansión de la señora Reeves estaba cubierta de enredaderas. Incluso en los días más soleados, la sala de estar era fresca y umbrosa, salvo en las primeras horas de la mañana (pues la casa estaba orientada a Levante), y a las seis de la tarde la estancia se hallaba en penumbra. Tanto la sala, como el patio y la casa entera estaban inmaculadamente limpios. Parecía una auténtica competición de limpieza todo cuanto concernía a la mansión. En el patio no había ni una brizna de hierba fuera de lugar y hasta las aceras se barrían seis o siete veces cada día. Todo estaba allí en su sitio, lo que demostraba que su ocupante sentía auténtica delectación por el orden y la pulcritud.

La señora Reeves estaba sentada en la salita de estar, inmaculadamente limpia, y lloraba desconsoladamente. Vestía con sencillez y buen gusto, era de baja estatura, flexible, y no contaba más que cincuenta y tantos años. En su persona se advertía la misma pulcritud que en la casa y en el patio, a excepción de las manos, cubiertas de una especie de sarpullido causado por su temperamento nervioso; en cuanto a las uñas, las tenía roídas hasta la carne.

Alguien, más abajo, en la calle, había puesto en marcha la radio que dejaba oír una canción de moda. Un carromato, tirado por un caballo, atravesó la calzada. La casa se hallaba sumida en un silencio interrumpido únicamente por el llanto de su moradora, un llanto suave, ahogado, un llanto tan propio de aquella mujer como la pulcritud que reinaba en toda su mansión. Tenía en la diestra un pañuelo perfumado con hierbas, con el que de vez en cuando se enjugaba las lágrimas.

Pasó el vendedor de periódicos en su bicicleta y el diario de la tarde aterrizó en el porche con un golpe seco. La mujer permaneció inmóvil, cubriéndose el rostro con ambas manos, y continuó sentada en el silencio y en la oscuridad, hasta que se levantó para comprobar si estaban cerrados todos los postigos de la habitación. Luego se acomodó en una mecedora y comenzó a mecerse, sin fuerza ni intención, aunque lenta y persistentemente. De vez en cuando la mecedora crujía. La

señora Reeves oyó un rumor procedente de la parte posterior de la casa; entonces detuvo la mecedora tan súbitamente como la había puesto en movimiento y aguzó el oído. No se repitió el ruido, por lo que ella se puso a pasear de un lado al otro de la sala.

Alguien llamó con el aldabón en la puerta de entrada. La señora Reeves abrió uno de los postigos con gran sigilo y se asomó a la ventana. Una vez que hubo reconocido a su visitante, quedó silenciosa, sin invitarla a pasar ni conminarla a marcharse. Volvió a tomar asiento y esperó. Cuando la recién llegada repitió la llamada, la señora Reeves dijo:

—¡Pase!

Abrióse la puerta y la señora Henderson, una mujer delgada, escuálida, irrumpió en la sala de estar, deteniéndose en un extremo de la estancia, para tratar de localizar a la señora Reeves en la oscuridad.

La señora Henderson susurró:

—¿Está ahí, señora Reeves?

—Sí, aquí estoy... Frente a usted. Pase.

—Es que está todo esto tan oscuro...

—Me gusta la oscuridad —aseguró la señora Reeves, al mismo tiempo que se trasladaba nuevamente a la mecedora.

Su visitante permaneció junto a la puerta.

—He venido a visitarla, por si puedo ayudarle en algo —declaró.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—Me gustaría rezar por usted.

—Muchas gracias...

—Rezaré por ustedes dos, si me lo permite.

—Gracias de nuevo, pero no es necesario.

—Al hermano Davis también le agradaría rezar por ustedes.

—No nos hace ninguna falta.

—Sin embargo, señora Reeves, quiero que sepa que he estado orando por usted y también por él desde que me enteré de lo ocurrido. He rezado para que se ablande su corazón y para que el de su hijo...

La señora Reeves detuvo la mecedora y dijo a su visitante:

—Tenga la bondad de marcharse.

La señora Henderson miró boquiabierta a su interlocutora durante algunos segundos. Finalmente dio media vuelta, salió de la casa y cerró la puerta a su espalda tan silenciosamente como le fue posible. La señora Reeves estuvo escuchando los pasos de la mujer al bajar los escalones del porche y luego cuando echó a andar calle abajo por la acera. Finalmente prorrumpió en sollozos, se mesó los cabellos de las sienes y se tiró al suelo llorando desconsoladamente.

Capítulo III

La señora Henderson descendía lentamente por la acera, de vuelta a su hogar, bajo las pecuanas, robles y olmos que bordeaban la calle. Mientras andaba iba murmurando entre dientes. De vez en cuando se detenía y volvía la cabeza, como si esperara que la señora Reeves saliera a la galería y le gritara: «¡Aguarde un momento! ¡Lo he pensado mejor y estoy de acuerdo! ¡Puede rezar por mí y por Bubber!»

La señora Henderson no cesaba un momento de rezar. Lo hacía mientras limpiaba la casa, cuando aseaba el patio o se mecía en la galería, cuando iba de compras a la parte alta de la ciudad y mientras escuchaba en la iglesia el sermón del párroco.

Vivía sola desde hacía treinta y ocho años. El día en que murió su único hijo, entró en la sala de estar, donde su marido lloraba silenciosamente junto al ataúd en el que yacía el cadáver del niño y le preguntó si no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que Dios se hubiese llevado consigo el alma de la criatura como castigo porque él, su padre, no había puesto nunca los pies en la iglesia.

El marido había alzado la cabeza y, tras contestar negativamente, se levantó, salió de la habitación, abandonó la casa y jamás volvió a saberse de él.

Al principio, la señora Henderson sólo rezaba para que volviera su marido; luego lo hizo para que cualquier otro se decidiera a ocupar su lugar, fuese rico o pobre, guapo o feo, conocido o desconocido, blanco o negro.

De nuevo echó a andar hacia su casa, muy despacio, musitando una plegaria. Pedía a Dios que la humillara y le señalara el mejor camino para llegar al corazón de la señora Reeves y al de su hijo, a fin de que ambos sintieran también la necesidad de orar.

Llegó a la senda que conducía a su domicilio y prosiguió avanzando muy lentamente, pisando el césped, subió los peldaños de la pequeña escalinata y se sentó en la galería. Los árboles del patio estaban cuajados de mirlos que se abatían sobre ellos, procedentes del firmamento, cada tarde, después

de la puesta del sol, cloqueando y crascitando. La señora Henderson continuó sentada en el porche, contemplando abstraídamente las aves, mientras rezaba en voz baja.

Un muchacho vino corriendo desde el patio vecino.

—¿Está rezando por mí, señora Henderson? —inquirió.

—Claro que sí, guapo.

—No es verdad. Ni siquiera conoce mi nombre.

—Te equivocas, muchacho. Estoy rezando por ti y sé perfectamente cómo te llamas.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Arthur Jason Johnson.

—Pues bien, rece para que no tengamos que marcharnos de aquí... Se lo ruego.

—Siempre he rezado por todos y cada uno de los que me lo han pedido.

A lo lejos una voz de mujer llamó al niño, ordenándole que regresara a casa. El muchacho salió corriendo del patio y la señora Henderson quedó desolada al verlo desaparecer. Por un momento se sintió tentada a suplicarle que volviera, pero no lo hizo.

Cuando el chico llegó al otro lado del patio, cogió una piedra y la lanzó hacia uno de los árboles que servían de cobijo a los mirlos. Algunos pájaros se asustaron y echaron a volar, graznando desesperadamente. El muchacho se desvaneció en el crepúsculo. Se tranquilizaron las aves. La señora Henderson abandonó su asiento, cruzó el patio y salió a la calle. Volvió a dirigir la mirada a la mansión de los Reeves. Sentía la imperiosa necesidad de hablar con alguien, por lo que decidió caminar hasta la rectoría para dialogar con el párroco.

Capítulo IV

El sheriff Hawes estaba limpiando su revólver. En las dos últimas horas era ya la quinta vez que lo había desarmado, limpiando todas sus piezas con un trapo y volviendo a ensamblarlas cuidadosamente. Esta conducta era habitual en él cuando se sentía nervioso o impaciente.

Y no es que hubiese estado inactivo durante todo el día. Había iniciado bastante bien la mañana, más calurosa, soleada y clara de lo que correspondía al mes de junio. Por otra parte, no se habían producido llamadas nocturnas en la oficina que no hubieran podido ser atendidas por sus agentes, por lo que había podido gozar de las horas de sueño que necesitaba y que tan raras veces había logrado disfrutar desde que recibiera el nombramiento de sheriff.

Su esposa, Ruby, le había servido un gigantesco desayuno que consiguió ingerir sin que nadie le interrumpiera. Incluso estuvieron haciendo cábalas sobre la posibilidad de tomarse diez o quince días de vacaciones y pasarlos en la ciudad de México en compañía de los Mavis. Tenía trabajo burocrático atrasado en el despacho y pudo realizarlo sin más que unas cuantas interrupciones de poca importancia. Se marchó luego al café, donde se encontró con Lester Duden, con quien se había criado de niño, pero que se había ausentado de Harrison hacía ya diez o doce años, y al que no había vuelto a ver durante todo este tiempo.

Estaban sentados ante el mostrador, tomando café, cuando Rip, uno de sus agentes, llamó a Hawes desde fuera del local. Rip se conducía de un modo misterioso y parecía algo excitado, como si fuera portador de un importante secreto. Miró a uno y otro lado de la calle, se llevó la mano al borde del ala del sombrero para saludar a una señora totalmente desconocida para Hawes, que pasaba en su automóvil, encendió parsimoniosamente un cigarrillo y reveló a su jefe que acababa de recibirse en la oficina la noticia de que Bubber Reeves se había fugado de la penitenciaría, situada a unas cincuenta y cinco millas de Harrison.

Hawes escuchó la noticia sin despegar los labios. Permane-

ció inmóvil, junto al café, contemplando el reloj del Palacio de Justicia. Eran las dos y media. Con la punta del pie arrojó a la calzada varias colillas que sembraban la acera. Pasó un mexicano, dijo algo a Hawes y éste hizo un movimiento de cabeza, correspondiendo a su saludo. Finalmente se volvió a Rip y preguntó:

—¿A qué hora suponen que se fugó?

—No lo saben con exactitud —contestó el agente—. Dicen que estaba en la nava cortando algodón y que cuando los vigilantes reunieron a los presos para la comida advirtieron que faltaba Bubber. Se dio la alarma inmediatamente y se practicó una búsqueda sistemática de los alrededores de la granja. El vigilante encargado de su custodia no recuerda la última vez que lo vio, así es que lo mismo puede hacer una hora que escapó que cinco. Lo han estado buscando con los perros en el pantano y en el valle aunque infructuosamente, por lo que se cree que logró alcanzar la carretera y que, una vez en ella, debió subir a un automóvil o camión...

Hawes no esperó a que le contaran el resto. Giró sobre sus talones, cruzó la plaza del Palacio de Justicia y se dirigió a toda prisa a la cárcel. Rip se quedó mirándolo, mientras atravesaba la plaza, luego arrojó al suelo el cigarrillo que había estado fumando, lo aplastó con el pie, dio la vuelta y penetró en el café. Un grupo de asiduos se arremolinaba en torno a un aparato de radio, escuchando las últimas noticias sobre la fuga de Bubber Reeves.

Capítulo V

Stub había perdido un brazo cuando tenía cinco años y ni siquiera se acordaba ya del tiempo en que le había sido posible utilizar ambos miembros. Vivía a tres millas de distancia de Harrison, en una cabaña con una sola habitación, situada en el mismo centro de la nava. Sólo se podía llegar a ella siguiendo una senda angosta y polvorienta. Tanto si el tiempo era bueno como si era malo, su «Chevrolet», viejo y baqueteado, se hallaba aparcado a un cuarto de milla de distancia de su domicilio, en la carretera de Cavada, y Stub tenía que recorrer a pie aquella distancia cada vez que quería regresar a su choza o ir desde ésta al coche.

Stub se ganaba la vida a fuerza de ingenio, con el juego y con una especie de rústica taberna que había instalado en pleno bosque, donde vendía whisky barato a los negros, a los mexicanos y, en ocasiones, a algunos blancos que querían seguir empinando el codo después de las doce de la noche. Se había enterado de la fuga de Bubber alrededor de las cuatro y media de la tarde, cuando salía de los billares. Se hallaba en un estado de gran confusión. Sabía que Bubber saldría de la prisión tarde o temprano, pero jamás hubiera imaginado que pudiese escapar tan pronto. La noticia le sumió en honda preocupación. Bubber era un mal sujeto, por lo que no le hacía la menor gracia meterse en líos con él, y estaba persuadido de que si Bubber volvía al pueblo los líos serían inevitables.

Convivía con la esposa de Bubber desde hacía un año. Bubber había abandonado a su mujer, después de que ésta diera a luz la única hija del matrimonio; pero, a pesar de eso, Stub sabía que no le perdonaría que viviera con otro hombre.

Anna, la esposa de Bubber, se hallaba en la cabaña, aguardando a Stub, cuando éste llegó a casa. Se había enterado de la fuga de su marido en «El Pampas», adonde había ido para ver a su hijita que vivía allí con su madre. Como una loca, había vuelto a casa a todo correr, llorando y temblando de miedo. Estaba convencida de que el único propósito de Bubber al escapar de la penitenciaría era asesinarlos, a ella y a Stub. Sin embargo, Stub no estaba tan seguro. Creía que era

muy posible que Bubber intentara matarle, así como a Anna, pero antes de eso se cargaría a unos cuantos habitantes de Harrison a quienes odiaba mucho más que a ellos. En los billares había discutido este asunto con algunos contertulios, que le habían dado la razón.

Stub echó una ojeada al cielo. La noche iba a ser muy clara. Su viejo podenco se le acercó perezosamente en busca de una caricia, pero sólo obtuvo un puntapié de su dueño y, aullando lastimeramente, el pobre perro se refugió en los matorrales. Stub volvió la cabeza y vio que Anna se había sentado junto a la mesa de la cabaña. Ya no lloraba y había puesto en marcha el fonógrafo. No tenía más que cuatro discos y los escuchaba incansablemente una y otra vez. El que tenía puesto ahora era su favorito y había estado de moda dos o tres años atrás. Ya estaba muy desgastado por el uso constante y Stub estuvo a punto de ordenar a Anna que parara de una vez aquel maldito chisme, pero se abstuvo de hacerlo ante el temor de que se echara a llorar de nuevo. Así, pues, se mantuvo callado, en el crepúsculo, escuchando por enésima vez aquella canción que le destrozaba los nervios.

El viejo podenco regresó mansamente y se echó a sus pies. Stub se había arrepentido del puntapié que le diera poco antes, por lo que se inclinó para acariciar al fiel can, que le dirigió una mirada de gratitud. Stub se alejó del perro para volver a la cabaña.

Anna no lo miró cuando penetró en la estancia. Estaba absorta escuchando la música. Terminó la canción y ella levantó el brazo del tocadiscos para ponerlo otra vez en funcionamiento. Stub le dijo, sin alzar la voz:

—¿Te importaría dejar eso ahora?

—Como tú quieras —respondió ella.

—¿Qué hay para cenar, Anna?

—Los pimientos y la verdura que sobraron anoche.

Stub no dijo si le apetecía la cena o no y ella tampoco se ofreció a traérsela, sino que se puso a juguetear con el tapón de una botella, haciéndolo rodar sobre el tablero de la mesa, al mismo tiempo que silbaba la música del disco que había estado tocando hasta que Stub se lo prohibió. De pronto se

asomó a la puerta de la cabaña y, sin mirar a Stub, comenzó a decir, como si divagara:

—Cuando todo esto termine, ¿me llevarás a la iglesia nueva que han construido al otro lado de la carretera?

Hizo una pausa, para desembarazarse de algo que se le había pegado a la manga del vestido, y luego prosiguió:

—Me han asegurado que el párroco deja que las serpientes se deslicen por su cuerpo y hasta que le muerdan y eso que, según dice la gente, conservan todo su veneno... hay culebras, mocasines y crótalos. ¿Crees que puede ser verdad, Stub?

Stub no contestó.

Anna abrió la puerta de un puntapié y luego volvió a cerrarla del mismo modo.

—¿Me llevarás, Stub, alguna noche?

—No.

—¿Por qué no? El sábado pasado vi de lejos al párroco. Me lo señaló Edna Lee y me dijo que se enrolla las serpientes al cuerpo sin miedo a sus mordeduras. Ella lo ha visto y dijo que se impresionó tanto que se desmayó y tuvieron que llevarla al coche de Randolph. Luego se pasó toda una semana soñando con serpientes. ¿Me llevarás a verlo, Stub?

Stub no contestó y ella volvió a entrar en la habitación, se sentó a la mesa y se puso a tirar al aire el tapón de la botella. Luego prosiguió hablando, sin mirar a Stub:

—Mi madre dice que el día menos pensado leerá en cualquier periódico de los que llevan a «El Pampas» que Bubber nos ha matado a los dos.

Stub la miró sin abrir los labios, se acercó a la puerta de la cabaña y se abstrajo en la contemplación del bosque.

Ella continuó diciendo:

—Anoche me puse a pensar en el día en que conocí a Bubber Reeves. Fue en un baile de gitanos... Me pregunté entonces qué estaría haciendo allí, si él no era gitano. Tampoco había bebido y me invitó a bailar... Era muy tímido y casi no entendí lo que me dijo, pero me gustaron sus ojos desde el primer momento.

Anna se levantó, fue hasta la puerta y se colocó junto a Stub.

—¿No te agrada pensar? —inquirió.
—No.
—Ojalá pudiera yo dejar de pensar. Entonces no tendría preocupaciones de ninguna clase. Esta mañana le dije a mi madre que tendría que devolverme a mi hija, pero ella me contestó que no lo hará hasta que yo viva como Dios manda... Yo le contesté que eso era imposible, ya que tú no puedes casarte conmigo hasta que yo me haya divorciado de Bubber y no puedo divorciarme hasta que disponga de dinero para pagar a un abogado... Con mi madre no se puede discutir. Ya hace tiempo que lo sé. ¡Santo Dios! ¡Creo que si alguna vez viera más de diez dólares juntos en mis manos me volvería loca de contento!

Apoyó las manos en los hombros de Stub y le suplicó amorosamente:
—Dame una botella de whisky, cariño.
—De ningún modo, mi vida. No quiero que te emborraches.
—No me emborracharé, te lo juro... Necesito beber para calmar los nervios.

Stub dio media vuelta y regresó a la habitación. La cruzó y, una vez que hubo llegado al extremo opuesto, corrió una cortina de indiana que cubría un tosco armario abierto en la pared de la cabaña. Extrajo de allí una botella de whisky y se la llevó a Anna.
—Aquí tienes —dijo.

Anna tomó la botella casi con indiferencia.
—Gracias —contestó.
—Me quedan en el armario trece botellas —advirtió Stub—, y quiero encontrar esas trece botellas por la mañana.

Anna no respondió. Se sentó a la mesa y se escanció una dosis generosa de whisky en un vaso. Tomó un trago y ofreció la botella a Stub.
—Tú también deberías beber —dijo.
—No.

Anna no insistió. Se sirvió más whisky en el vaso y volvió a dejar la botella en la mesa. Luego se miró la mano con la que sostenía el vaso.

—Fíjate, Stub —dijo—. Estoy temblando.

Stub no se molestó en mirar las manos de Anna. Había regresado al patio y estaba contemplando los árboles, pecuanas y robles, que formaban a todo su alrededor una especie de muralla y habían constituido su único refugio en todos aquellos años.

Capítulo VI

Hawes hizo cuanto pudo para engullir una opípara cena. Consiguió vaciar el primer plato, pero cuando Ruby fue a servirle el segundo rehusó. Ahora se hallaba en la sala de estar escuchando la radio, donde daban música popular. Aparte de limpiar su revólver, lo que más le relajaba era escuchar esta clase de música. Ruby le había dicho muchas veces que no sería feliz hasta que formara su propia banda y fuese de pueblo en pueblo, por los bailes, tocando pasodobles. Cuando estaba de buen humor, disfrutaba escuchando discos de música popular durante horas y horas, llevando el compás con el pie y simulando que tocaba, uno tras otro, los diversos instrumentos de la orquesta: el violín, la guitarra, el banjo y la guitarra eléctrica.

Desde hacía media hora el teléfono no había cesado de sonar un solo instante. La noticia de la fuga de Bubber Reeves se había extendido por toda la ciudad como un reguero de pólvora y todo el mundo solicitaba información al respecto. No era su costumbre atender llamadas telefónicas en su piso, pero sabía que sus conciudadanos estarían inquietos y nerviosos, por lo que se resignó a atenderlas personalmente mientras intentaba descansar. Su vivienda la constituían cuatro habitaciones situadas en el ala derecha de la cárcel. La primera puerta daba a su despacho y más arriba se hallaban las celdas en las que se encerraba a los detenidos. La vivienda no carecía de comodidad y, cuando estaba en ella, Hawes olvidaba a veces que vivía en la cárcel, pero Ruby, su esposa, aseguraba que ella no podía olvidarlo por las rejas de hierro que guarecían las ventanas.

Ruby era una mujer apacible, bonita y ocho años más joven que su marido (quien ya había cumplido los cuarenta y seis). Llevaban casados quince años y congeniaban perfectamente. Solían tomar asiento en la sala de estar cuando Hawes se hallaba libre de servicio. Ruby cosía y él escuchaba sus discos predilectos o leía periódicos.

Hacía ya casi ocho años que Hawes era sheriff; durante otro período igual había sido agente. Cuando era joven jamás

había tenido la intención de convertirse en oficial al servicio de la ley. Había nacido en Harrison. Su padre poseía una enorme granja algodonera de la que cuidaban arrendatarios. Cuando Hawes era niño, su familia vivía en la prosperidad, hasta el año en que su padre cambió el cultivo del algodón por el de patatas irlandesas. Aquel año fue inusitadamente húmedo y se perdió toda la cosecha, quedando su padre acribillado de deudas. Pidió más préstamos y volvió a cultivar algodón, pero su suerte continuó siendo mala y sufrió seis malas cosechas consecutivas. Al séptimo año logró una buena cosecha, pero el precio del algodón había bajado a cinco centavos la libra y los Bancos comenzaron a presionarle para que cancelara los créditos que le habían concedido, por lo que, desesperado ya, hubo de vender la mitad de sus tierras para cancelar una parte de sus deudas bancarias. Por aquel tiempo, casi todo el Condado y en especial los granjeros sufrían dificultades económicas y la mayoría de los terratenientes, así como sus hijos e hijas hubieron de recurrir a empleos que les proporcionaran dinero para atender a sus necesidades. Hawes no iba ya a la escuela; el estudio no le atraía y había abandonado el colegio en el noveno curso. Consiguió un empleo en una gasolinera, en el que ganaba doce dólares semanales, dinero que utilizaba íntegramente para vestir y para divertirse, puesto que vivía con sus padres que no le hacían pagar ni un centavo por la comida. Más tarde dejó la gasolinera para entrar de camarero en un bar. Su sueldo lo empleaba en ir a bailar, beber y jugar con sus amigos de Harrison.

Luego conoció a Ruby, que se había desplazado a la ciudad desde una pequeña granja en la que sus padres habían sido arrendatarios. La muchacha había conseguido un empleo burocrático y Hawes la conoció en la cafetería, donde ella estaba comiéndose un sandwich para desayunar. Al día siguiente, cuando Ruby acudió a tomar su sandwich, Hawes aprovechó la ocasión para pedirle una cita, a lo que ella contestó negativamente. Hawes tuvo que repetir la invitación tres veces antes de que Ruby consintiera en salir con él. Cuando fue a buscarla a la pensión en que se alojaba, ella rehusó acompañarle al advertir que le olía el aliento a whisky. Hawes se marchó sin

protestar y a la mañana siguiente fue a esperarla a la hora en que ella solía ir a su trabajo, le presentó excusas y le rogó que le concediera otra oportunidad aquella misma noche. Ella aceptó y Hawes se presentó a la cita con una caja de bombones, conduciendo el coche de su padre, que éste le había prestado para tan señalada ocasión. Seis meses más tarde eran prometidos, pero ella se negó a casarse hasta que renunciara a la idea de trabajar en la granja con su padre y encontrara un empleo con mejores perspectivas. Entonces solicitó la plaza de ayudante de sheriff, que estaba vacante. La obtuvo y, con gran sorpresa por su parte, comprobó que valía para el cargo. Tres días después Hawes y Ruby contraían matrimonio.

Siendo joven, no había conocido nunca el significado de la palabra miedo y tras siete años de agente se decidió a presentarse para el cargo de sheriff, fue elegido y en la actualidad estaba disfrutando su segunda reelección. No poseía dinero, ya que el cargo estaba mal retribuido y trataba desesperadamente de no preocuparse por el futuro. Mejor dicho, intentaba que Ruby no se diera cuenta de que le preocupaba el futuro, ya que no le era posible dejar de pensar en lo que iba a ser de ellos cuando fueran viejos.

Ruby entró en la estancia con su costurero. Acababa de acostar a su hijo. Sonó el teléfono y ella misma descolgó el auricular. La llamada era para Hawes, al que tendió el aparato.

—¡Dígame! ¡Hola, señora Douglas! ¿Cómo está usted? ¿De veras? Bien, bien... Ahora iremos a echar una ojeada.

Colgó el auricular y se echó a reír.

—La señora Douglas asegura que Bubber Reeves se ha refugiado en su leñera y quiere que mande a alguien para que lo saque de allí —declaró finalmente.

Volvió a repiquetear el timbre del teléfono. El propio sheriff atendió la llamada.

—Sí. Soy Hawes... Desde luego, señorita Mamie... Sí, señorita. Iremos inmediatamente. Hasta pronto.

Colgó el receptor y aclaró:

—Una vaca se ha metido en el patio delantero de la señorita Mamie. Si no quieres caldo, dos tazas.

Hawes se acomodó en su butaca, pero estaba demasiado nervioso para mantenerse quieto. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Te aseguro —masculló— que de buena gana arrancaría de un tirón el cordón de ese maldito aparato. Ya han visto a Bubber Reeves en un centenar de lugares distintos: en las plantaciones de algodón, en Peach Creek, en East Bernard...

—Si dispusieras a tus agentes en los alrededores del pueblo es posible que la gente se sintiera más tranquila.

—¿Qué ganaría con eso? —exclamó Hawes irritado—. Donde he de utilizar a mis agentes es aquí, en Harrison. Hay un centenar de modos, por lo menos, de entrar en esta ciudad y Bubber Reeves los conoce todos. No, cariño... Lo único que puedo hacer es permanecer aquí e investigar cada una de las llamadas que se reciban.

—¡Hawes!

—Dime, cariño.

—¿Crees que se atreverá a volver aquí?

—¡Y yo qué sé lo que se propondrá hacer ese loco!

Volvió a sonar el teléfono y Hawes se dispuso a contestar. Ruby contempló pensativa a su marido mientras éste cruzaba la habitación para descolgar el auricular. No había duda de que estaba cansado y preocupado. Hacía varios días que no dormía bien.

«Cuando termine todo esto —se dijo Ruby— nos iremos a pasar un par de semanas fuera de esta ciudad, aunque hayamos de gastar hasta el último centavo.»

Capítulo VII

La señora Reeves había entreabierto uno de los postigos de la ventana y vio a la señorita Mattie entrar en el patio. Fue entonces a la puerta, la abrió y rogó a su visitante que esperara hasta que encendiera la luz. La señorita Mattie aguardó en la galería, mientras la señora Reeves hacía funcionar el conmutador que encendía la lamparilla. La señora Reeves mantuvo abierta la puerta de acceso para que entrara la señorita Mattie.

—No podré quedarme más que un momento, querida —comenzó diciendo la señorita Mattie—. He tenido que escaparme, sin que mi madre se enterara... La pobre, desde que se cayó y se rompió la cadera, está francamente insoportable. No admite de ninguna manera mi ansia de libertad, hasta el punto de que, si pudiera, me tendría encadenada a su cama... Bien, el muchacho negro me dijo que quería usted verme.

—Así es, en efecto.

La señora Reeves acercó una silla para que tomara asiento su visitante y ella se acomodó en su mecedora, pero no se meció, como tenía por costumbre, sino que permaneció quieta y callada, mirando a los ojos de la señorita Mattie, mientras ésta hablaba.

—Pues sí, deseaba hablar con usted acerca de la venta de mi casa. Recuerdo que me dijo en cierta ocasión que si alguna vez me decidía a venderla se la ofreciera a usted antes que a nadie.

—Sí. Recuerdo habérselo dicho...

La señorita Mattie parecía sorprendida de que la señora Reeves tuviera tan buena memoria.

—La vendo barata, ya que mi hijo ha vuelto a meterse en líos.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento, querida!

—Gracias. Cada vez que Bubber se mete en líos necesito dinero para sacarlo del apuro y ya no me queda más que la casa. He ido a visitar al señor Stewart, en el Banco, tan pronto como me dieron la noticia, con la intención de hipotecar la casa, pero me ha contestado que la pignoración de bienes inmuebles está prohibida en el Estado de Texas y yo no poseo

nada que pudiera ofrecer como garantía de un préstamo, a excepción del automóvil de mi marido, por el que poca cosa podría obtener, ya que es muy viejo... Me he apresurado a informar a usted de mi intención de vender la casa, porque de todas las personas que conozco en Harrison, usted es la única a quien me gustaría ver instalada aquí.

—Le agradezco mucho que haya pensado en mí, querida. Es mucha amabilidad por su parte.

—Usted ha sido siempre muy atenta y considerada con nosotros. Recuerdo que cuando vinimos a esta ciudad y Bubber era todavía un bebé, usted vino a visitarme y me trajo un gorrito de encaje para él, hecho con sus propias manos.

La señora Reeves se echó a llorar y la señorita Mattie se quedó mirándola, sin saber qué hacer.

—Lo siento mucho, querida —murmuró la señorita Mattie, en un torpe intento para consolarla—. Lamento que sus tribulaciones la obliguen...

La señora Reeves se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—Perdóneme, señorita Mattie —balbució—. No siempre puedo dar rienda suelta a mis sentimientos...

—¿Cuánto pide por la casa, querida? —inquirió la señorita Mattie.

—Ocho mil dólares.

—El precio es bastante modesto y me gustaría comprarla, pero ya sabe que mi madre tiene todo nuestro dinero a su nombre y habré de persuadirla...

Se levantó de su silla y añadió:

—He de marcharme, querida... Mi madre echará el hotel abajo si advierte mi ausencia. Trataré de convencerla para que compre su casa y volveré a darle su respuesta tan pronto como pueda. Pero no quiero que se haga excesivas esperanzas sobre el éxito de mi misión.

La señorita Mattie echó a correr hacia la puerta. Una vez en ella se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Por qué no ofrece su casa al señor Mavis, querida? —sugirió.

—Ya lo he hecho —contestó la señora Reeves—, pero no me da más que cinco mil.

—Eso es una miseria y confío en que no tenga que aceptarla. Ya volveré a verla, querida.

Salió la señorita Mattie, cerrando la puerta, y la señora Reeves se quedó en la sala de estar, sumida en hondas reflexiones. Ahora sabía que la señorita Mattie no adquiriría su casa y que no le quedaba otro remedio que vendérsela a H. T. Mavis. Odiaba a H. T. Mavis tanto como a todo cuanto se relacionaba con Harrison, pero necesitaba el dinero. Sabía también que era inútil enviar recado al señor Mavis para que viniera a visitarla; si quería hacer algún negocio con él, era ella quien había de ir a su casa o a la oficina que tenía en la parte baja de la ciudad. No sentía el menor deseo de circular por las calles a aquella hora, pero no tenía opción. Apagó la luz de la mesa, se puso el sombrero y echó a andar hacia la entrada posterior de la casa en el preciso instante en que su marido irrumpía en la cocina.

El señor Reeves era un hombre afable y simpático. Durante muchos años había cambiado de empleo casi tanto como de camisa. Poseía una innegable habilidad manual y habría podido ganar un buen salario como mecánico, pero le dio por beber y los empleos le duraban poco. Ahora trabajaba por su propia cuenta, reparando cortadoras de césped o realizando obras de fontanería.

No miró ni dijo nada a su esposa cuando se cruzó con ella. Fue directamente a la nevera y echó una ojeada a su interior. Extrajo el jarro de agua helada, tomó un vaso del estante superior, lo llenó de agua, la bebió y volvió a colocar el jarro en la nevera, cerrando la puerta.

La señora Reeves se había detenido en la cocina y lo estuvo contemplando en silencio. Finalmente inquirió:

—¿Sabes ya la noticia?

—Sí. Me enteré en la ciudad. Serían las cuatro y media, poco más o menos.

—¿Y por qué no viniste a casa tan pronto como lo supiste? Si es que todavía te queda algo de corazón...

La señora Reeves no se dignó terminar la frase y echó a andar hacia la puerta. Su marido se dio cuenta entonces de que llevaba el sombrero puesto.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—A ver al señor Mavis.

—¿Para qué?

—Tengo que vender la casa. Necesito dinero.

—Pues yo no pienso venderla y ya sabes que está a mi nombre. No lo olvides.

—Por favor...

—No insistas. No permitiré que la vendas.

—Está bien. Hawes matará a Bubber, a menos que le demos dinero suficiente para sobornarlo. Sí, Hawes matará a Bubber, ¿me oyes? La última vez que se lo llevaron, le oí decir que si se atrevía a volver aquí le mataría... ¿Es eso lo que quieres?

El señor Reeves no respondió inmediatamente. Tras larga pausa murmuró:

—Bubber se lo ha buscado. No pienso quedarme sin casa por su culpa.

—Por favor...

El señor Reeves penetró en la sala de estar, que se hallaba a oscuras, y su esposa pudo oírle llorar desde la cocina. Ella permaneció escuchando durante algunos instantes. Luego pasó también a la sala.

—No creas que soy un orgulloso —masculló el señor Reeves, cuando la oyó entrar—. Antes me has preguntado por qué no vine a casa cuando me enteré... Pues bien, me escondí en la herrería de Tom, hasta que las calles se quedaron vacías. Por eso no vine a casa. Lo intenté dos veces y todo el mundo me paraba para hacerme preguntas...

El señor Reeves se enjugó el rostro con las manos.

—Todos habríamos salido ganando —dijo ella— si me hubieras hecho caso cuando te propuse que nos marcháramos a cualquier parte de la costa. Esta ciudad está maldita. No se puede respirar cuando llega el verano...

Hizo una pausa y agregó:

—Me senté aquí, cuando me dieron la noticia, a pensar... Y me he preguntado muchas veces, ¿qué de malo hicimos? ¿Qué mal hice yo? Siempre obré tal como me lo ordenaron. Otros matrimonios tuvieron hijos traviesos, perversos, y los sacaron

adelante. Louie Jackson no era mucho mejor que Bubber cuando eran niños; luego se enmendó. Y otro tanto ocurrió con Nealie Thomas y con Thurman Talbot... ¿Qué de malo hicimos nosotros?

—No lo sé.

—Siempre obedecí las órdenes que me dieron. Lo azoté, cuando me dijeron que lo hiciera. En una ocasión le estuve pegando hasta hacerle sangre. Le di de golpes, lo encerré en el patio y hasta lo vestí de niña para quebrantar su brío. ¿En qué pudimos equivocarnos? ¿En qué?

—No lo sé. No lo sé.

El señor Reeves volvió a prorrumpir en llanto, pero ahora sollozaba en silencio, sin cuidarse de enjugar las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Ella volvió a la carga, sin mirarlo:

—Por favor... Déjame que venda la casa. No volveré a pedirte nada más mientras viva. Si no le damos dinero a Hawes, matará a Bubber si vuelve aquí... Y tú sabes que volverá.

—¿Por qué tiene que volver?

—No lo sé. Es algo que le he preguntado miles de veces... «Bubber —le decía—, si has de seguir portándote mal, ¿por qué has de venir al lugar donde has nacido, donde todos te conocen y no tardarán en apresarte?» Nunca me contestó, probablemente porque ni él mismo lo sabía.

El señor Reeves quedó silencioso. A lo lejos, el reloj del Palacio de Justicia desgranó lentamente siete campanadas.

—Puedes vender la casa —dijo finalmente—. No quiero que maten a mi hijo, si puede evitarse. Los remordimientos me perseguirían durante el resto de mi existencia.

—Gracias —murmuró la señora Reeves.

Salió de la sala y entró en la cocina. Poco después, el señor Reeves oyó el golpe de la puerta posterior al cerrarse y comprendió que su esposa se había marchado a casa del señor Mavis.

Capítulo VIII

Hawes entró en su vivienda al salir de la oficina. Los agentes Rip y Tarl acababan de regresar, después de haber verificado todas las llamadas y rumores que se habían recibido durante la mañana. Unas y otros carecían de fundamento.

Ya eran las ocho de la noche y Hawes comenzó a preguntarse si Bubber tendría realmente la intención de volver a Harrison. Tal vez, decíase, demuestre esta vez que conserva un adarme de sentido común y en lugar de venir aquí se vaya a México, a Louisiana o a Alabama. Se quitó el cinto con el revólver disponiéndose a colgarlo, pero lo pensó mejor y tornó a abrochárselo a la cintura. Puso en funcionamiento la radio y trató de escuchar la música, pero en esta ocasión el ritmo carecía de interés y apagó el aparato. Cogió el periódico e intentó absorberse en su lectura, pero al final cesó de leer y lo dejó sobre la mesa. Encendió un cigarrillo, le dio dos chupadas y lo aplastó en el cenicero.

Ruby también estaba nerviosa. Hawes se había dado cuenta del estado de ánimo de su esposa al ver que le había seguido a la oficina, cuando Rip y Tarl vinieron a darle su informe.

Una pobre loca, encerrada en una de las celdas del calabozo, comenzó a cantar un salmo. Era una anciana que vivía en los alrededores de Harrison desde que él tenía uso de razón. Cinco días antes su enajenación se había exacerbado y había agredido con un bastón a varias personas que había encontrado a su paso. Hawes no tuvo más remedio que encerrarla y avisar a su hija para que se la llevara, pero su hija vivía en Tennessee y le había enviado un telegrama anunciando que tardaría una semana en llegar a Harrison. La pobre perturbada se había calmado ya y se limitaba a cantar, pero Hawes no se atrevía a ponerla en libertad. Hawes se asomó a la ventana para escuchar.

Entró Ruby, procedente del despacho, y anunció:

—El señor Mavis y Edwin Stewart quieren verte. Están en el despacho.

—¿No te han dicho el motivo de su visita?

—No. Aseguran que pasaban por aquí y que se les ocurrió entrar a verte.

—Está bien —masculló Hawes.

—Si prefieres que les diga que estás ocupado en este momento y no...

—Nada de eso, cariño. Los recibiré.

Ruby se encaminó a la oficina y regresó seguida de Edwin Stewart y de H. T. Mavis.

—¡Hola, Hawes! —saludó Mavis.

—¿A qué debo el honor? —inquirió Hawes.

Edwin se mantuvo callado, limitándose a mover la cabeza de arriba abajo con rapidez y brusquedad. Hawes observó que tenía un pañuelo en la mano con el que había hecho una pelota que se pasaba de una mano a otra.

—Regresaba ahora a mi despacho —anunció Mavis—. La señora Reeves me ha visitado para proponerme la compra de su casa...

—Mavis —le interrumpió Edwin—, me prometiste que no estarías aquí más que un instante. Te repito que es muy importante que hable con Hawes a solas.

—Está bien, Edwin, está bien —contestó Mavis, sonriendo y arrugando la nariz—. Sé perfectamente cuando estorbo y no he venido más que a saludar a Hawes.

Pero no hizo el menor movimiento de despedida, sino que continuó diciendo:

—Nuestras esposas, Hawes, han convenido realizar un viajecito a México.

—Sí. Ya me habló Ruby de eso— asintió Hawes.

—Bien. He dicho a mi mujer que estará listo para tomarse unas vacaciones cuando haya terminado este enojoso asunto.

Edwin le lanzó una mirada rencorosa y Mavis se apresuró a colocarse el sombrero, encaminándose hacia la puerta.

Antes de salir se volvió para decir a Hawes:

—Las apuestas sobre la posibilidad de que tenga usted que matarlo, Hawes, están actualmente en la proporción de cinco a siete.

—¿De veras? —exclamó Hawes.

—Sí. Cinco a siete. Desde luego, a mí no me gusta apostar,

pero dije a mis amigos que si en esta ocasión me decidiera, sabría cómo hacerlo. Sé perfectamente que si a ese muchacho se le ocurre venir por aquí tendrá que matarlo, tan cierto como...

—Basta —cortóle Hawes—. Puede decir a sus amigos que me desagrada mucho que crucen apuestas, como si esto fuese un partido de base-ball.

Acto seguido abandonó la sala de estar y se dirigió a su dormitorio, dando un portazo al salir.

Mavis miró a Edwin y luego a Ruby. Parecía realmente asombrado.

—¿Qué he dicho? —inquirió.

Edwin replicó furioso:

—Te dije que no vinieras, pero no me hiciste caso. Ahora habrás de presentar excusas. Yo tengo que hablar a solas con Hawes.

—Está bien, está bien. Le ofreceré toda clase de excusas. No sé lo que he hecho, pero le pediré perdón. No quiero que Hawes se enfade conmigo. Se portó muy bien con mi hermano cuando a éste le dio por beber...

Ruby se levantó para ir a buscar a su marido.

—Tendrán que perdonarle —dijo—. Está muy fatigado. No ha tenido un minuto de descanso en estos días. Le haré volver.

Salió de la estancia.

Edwin se enfrentó entonces con Mavis. Parecía estar desesperado.

—Prométeme ahora que te marcharás tan pronto como hayas presentado excusas a Hawes —masculló.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó Mavis—. Nunca olvidaré las atenciones que Hawes tuvo con mi hermano, que en paz descanse, cuando le dio por emborracharse. El único que logró hacerle entrar en razón fue Hawes. Borracho y despreciable como era mi hermano, Hawes nunca se mostró duro con él y acudía cuantas veces le llamábamos, a cualquier hora del día o de la noche...

Regresó Hawes a la estancia y Mavis fue a su encuentro.

—Perdóneme —le dijo—. No era mi intención ofenderle.

Ya sabe como es la gente aquí. No pierden ocasión de hacer apuestas, sea por lo que sea...

—Está perdonado.

—Ahora mismo le estaba diciendo a Edwin...

—¡Mavis! —chilló Edwin irritado.

—Está bien, está bien. Me voy.

Mavis se encaró nuevamente con Hawes y le tendió la diestra, que el sheriff estrechó.

—¿Sin rencor? —preguntó Mavis.

—Sin rencor —asintió Hawes.

Mavis abandonó la estancia sin despedirse de Edwin. Parecía preocupado y contrito. Cerró la puerta al salir y Hawes se asomó a la ventana para verlo marchar. Permaneció así, en actitud pensativa, durante varios segundos. Edwin, entretanto, se había puesto y quitado el sombrero por lo menos quince veces. Volvió a quitárselo y lo dejó en el suelo. La frente le sudaba copiosamente y hubo de utilizar el pañuelo que empuñaba en una mano, hecho una pelota, para secarse el sudor, mientras buscaba el modo de atraer la atención del sheriff.

Edwin, más joven que Hawes, era nervioso y de baja estatura. Conjuntamente con su padre y su abuelo, se dedicaba a la venta de bienes raíces. Una chanza muy difundida en Harrison era que si se quería saber lo que pensaban Edwin y su padre había que preguntárselo al abuelo.

En los años que llevaba residiendo en la localidad, Edwin se había caracterizado por su quietud y sólo salía de su casa contadas veces para pasar el fin de semana pescando en el Golfo. Se había casado a los diecinueve años con una muchacha que había conocido en una ciudad vecina. Corrió entonces el rumor de que se había apresurado la boda porque la chica se hallaba encinta. Hawes oyó decir a alguien que la criatura había sido abandonada en el torno de un hospicio poco después de nacer, aunque nadie pudo confirmar este detalle. La esposa de Edwin solía recorrer la ciudad a todas horas conduciendo un «Dodge» verde. Se aseguraba que estaba liada con Hawks Damon. Lo cierto era que los Damon y los Stewart se habían hecho muy amigos últimamente, y que la

señora Damon y la señora Stewart se habían convertido en inseparables. Hawes tenía entendido que cuando una mujer se entiende con un hombre casado procura siempre cultivar la amistad de la esposa de su amante.

Hawes dirigió una ojeada a Edwin preguntándose si éste habría oído ya los rumores que corrían en relación con su esposa, y la actitud que adoptaría aquel hombre callado y nervioso en caso afirmativo. Para el sheriff resultaba incomprensible que Edwin hubiese trabado amistad con Hawks, ya que nada tenían en común. Hawks Damon era un fanfarrón jactancioso. Siendo joven había matado a dos hombres. El primero era un negro. Durante el juicio alegó haberlo matado en defensa propia y fue absuelto. El segundo era un blanco con el que entabló un duelo a muerte durante la prohibición. Se le condenó a cinco años de prisión, pero le dejaron en libertad vigilada.

Hawes se retiró de la ventana y volvió junto a Edwin, tomando asiento a su lado en el sofá.

—¿Qué te ocurre, Edwin? —le preguntó.

—Verás... Quería contarte algo que me sucedió con Bubber Reeves hace ya algún tiempo...

—Muy bien. Empieza, pues.

—En realidad no tiene gran importancia, ahora que lo pienso...

—Cuéntamelo, Edwin, ya que has venido a eso.

—Es posible que sea intrascendente, pero yo supuse...

Edwin hurgó en sus bolsillos, buscando un cigarrillo. Encontró al fin el paquete, sacó uno y lo encendió. Hawes advirtió que le temblaban las manos al ofrecerle el paquete.

—No, gracias —rehusó.

Edwin se puso a contemplar el cigarrillo encendido, dándole vueltas entre los dedos. Acabó por poner nervioso a Hawes.

—Por favor, Edwin —masculló el sheriff—. Tengo prisa. Estoy de servicio esta noche.

—Pues verás... En cierta ocasión cometí un pecadillo y Bubber cargó con la culpa —comenzó a decir Edwin—. Por aquel entonces no me atreví a confesar la verdad. Bubber y

yo estábamos empleados en el almacén de comestibles del viejo Davis. Yo acababa de terminar mis estudios en la Escuela Superior. En esta época era sheriff el viejo Sunshine... ¿No te han llamado, Hawes?

—No. Continúa.

Edwin volvió a enjugarse el sudor que le inundaba la frente.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡No he conocido un mes de junio tan caluroso como éste!

—Edwin, no puedo pasarme toda la noche escuchándote.

—Está bien, está bien... El hecho en sí es que sustraje diez dólares de la caja registradora y el viejo Davis descubrió el hurto. Recordarás que Bubber ya había sido recluido anteriormente en un reformatorio por algo similar. El viejo Davis lo consideró culpable sin más ni más y yo estaba demasiado asustado para disuadirlo de su error. Avisó a Sunshine y éste hizo comparecer ante mí a la señora Reeves, al señor Davis y a la señorita Eulah. Ordenó entonces a la señora Reeves que azotara a su hijo y ella se negó en principio a hacerlo delante de nosotros. Sunshine le dijo que si persistía en su actitud haría volver a Bubber al reformatorio. La pobre mujer no tuvo más remedio que pegarle allí mismo, sin que Sunshine se diera nunca por satisfecho, hasta el punto de que llegué a temer que Bubber muriera a manos de su madre.

Hawes comenzó a dar vueltas por la habitación, mirando de reojo a su interlocutor de vez en cuando. Edwin tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo.

—Perdóname que hable mal de los muertos —masculló finalmente el sheriff—, pero el viejo Sunshine no era más que un bastardo despreciable.

Edwin prosiguió narrando:

—Bubber no cesó de protestar por el castigo, gritando a voz en grito que era inocente, pero Sunshine obligó a la señora Reeves a que continuara pegándole, hasta que se le rompió el bastón.

Hawes se despojó del cinto con el revólver y su funda y lo colgó en la percha adosada a la pared.

—Te aseguro que me saca de mis casillas enterarme ahora

de estas cosas —declaró—. No puedes hacerte una idea de la cantidad de gente que me ha descrito a Sunshine como un dechado de virtudes. Jamás creí que un sheriff pudiera comportarse de ese modo. Unos negros me contaron no hace mucho que, en cierta ocasión, Sunshine se acercó a ellos, cogió a dos por el cuello de la camisa y les golpeó la cabeza contra la pared. Al preguntarle por qué los maltrataba de aquella manera, Sunshine les contestó que lo hacía por si acaso se proponían crearle dificultades. Repito que ese viejo era un vil hijo de perra.

—Yo te juro que me sentía angustiado —dijo Edwin—, pero ya sabes lo que ocurre cuando uno no es más que un niño... Creí que me enviarían a prisión por el resto de mi existencia, si me confesaba autor del hurto. Cinco años más tarde me presenté al señor Davis, le revelé la verdad y le devolví los diez dólares.

—¿Y qué dijo?

—Me dio las gracias por mi honradez.

—¿Te sinceraste también con el viejo Sunshine?

—Sí.

—¿Y qué te contestó ese malnacido?

—Se echó a reír como un loco.

—¡Hijo de perra!

—Cuando se le pasó el ataque de risa me aconsejó que no tuviera remordimientos, ya que posiblemente Bubber había merecido la paliza por cualquiera otra cosa.

—¡Qué cerdo! No digo que hayamos de dejar que nos pisoteen. Hemos de mantenernos firmes para conservar la autoridad y, como somos humanos, todos podemos cometer errores. Sólo Dios sabe lo que me está haciendo padecer actualmente el hijo de Dixie Green. Hay veces que he de contenerme para no hacer una barbaridad. Pero emplear la crueldad por mera satisfacción me parece una cosa abominable.

Hawes, en el centro de la habitación, quedó ensimismado e inmóvil. Edwin aplastó su cigarrillo en el cenicero y encendió otro.

—¿Era eso lo que querías decirme? —inquirió el sheriff bruscamente.

—No te he contado más que una parte —contestó Edwin.

Acabó de encender el cigarrillo y se guardó el paquete en el bolsillo.

—También le revelé la verdad a Bubber —añadió—. Creo que hice una tontería.

—Admiro tu entereza.

—Cada vez que me cruzaba con él o con la loca de su madre me ponía enfermo. Se lo dije un mes antes de que lo llevaran a la penitenciaría la última vez. Mi esposa se había marchado de la ciudad para visitar a unos familiares y yo me emborraché una noche que salí con los amigos. El alcohol me animó a decírselo. El se hallaba en una fiesta mexicana, entré en el recinto y descargué mi conciencia. No me dijo una palabra, me miró y se marchó. Algo más tarde le anunció a Stub McDermont que me mataría por lo que le había hecho.

—¿Trató alguna vez de molestarte?

—No.

—Entonces yo en tu lugar no me preocuparía. Stub McDermont es un chismoso indecente. No debes creer nada de lo que te diga. Ya sabes que está viviendo con la esposa de Bubber.

—Sí, lo sé. A mí no me preocupa, pero se lo dije a mi mujer y ella está excitadísima. Ha cerrado todas las puertas y ventanas de la casa y salta al menor rumor. Ella es la que me ha obligado a venir a hablarte.

—Lamento que esté tan excitada.

—¿No podrías enviar a uno de tus agentes para proteger mi casa? Así se calmaría.

—No es posible, Edwin.

—Sabes perfectamente que no es un capricho. No te pediría una cosa así si pudiera evitarlo.

—Lo sé, pero...

—Creo que, dadas las circunstancias, tengo perfecto derecho a exigir protección.

—Si Bubber volviera al pueblo, Edwin, estoy seguro de que no se molestaría en ir a buscarte. Tendría otras preocupaciones de más importancia.

—Es posible, pero no podré persuadir a Elizabeth de que será como tú lo dices.

—¿Quieres que le hable yo?

—Lo que quiero es que mandes un agente a mi casa.

—Te repito que no puedo hacerlo y si quieres saber mi sincera opinión añadiré que no creo que Bubber asome la nariz por Harrison.

—No me hables como si yo fuera un niño, Hawes. Sé perfectamente que la inminente llegada de Bubber te ha puesto nervioso. Todo el mundo sabe que juró matarte.

—Sé cuidar de mí mismo.

—De acuerdo, pero no tienes derecho a tratarme con esa soberbia cuando te pido protección.

Continuaron discutiendo durante largo rato, hasta que Ruby acudió asustada al oír gritos. Entonces Edwin se marchó sin despedirse.

Ni Ruby ni Hawes pronunciaron una palabra hasta varios minutos después de haberse ido el irascible visitante. Ella rompió el silencio al preguntar:

—¿Qué le ha pasado a ése?

—Nada, nada... No quiero darte la tabarra con mis cosas. ¡Qué ganas tengo, cariño, de que llegue el día en que pueda decir lo que quiera y cuando quiera! Este trabajo a veces resulta insoportable.

—Lo sé.

Hawes se acercó a su esposa y la besó.

—¿Te vas ya? —preguntó ella.

—Sí.

El sheriff se dispuso a salir de la habitación. De pronto se detuvo, cubriéndose el rostro con las manos.

Ruby echó a correr hacia él.

—¿Qué te ocurre, cariño? —inquirió asustada.

—Nada, no es nada. Dentro de un instante estaré bien.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

Intentó marcharse de nuevo, pero no logró franquear la puerta y hubo de apoyarse en el marco.

—Tendré que echarme un momento, Ruby. Me siento mareado.

—Apóyate en mí, cariño.

—No hace falta. Puedo ir solo.

—¿De veras?

—Ahora mismo vas a verlo.

Permaneció unos segundos más apoyado en el marco de la puerta. Luego, muy despacio y tambaleándose, echó a andar hacia la habitación vecina.

Capítulo IX

Anna Reeves estaba sentada en la escalera de la cabaña. Hacía una hora que Stub se había adentrado en el bosque sin decir a dónde iba ni cuándo volvería. Le había llamado a gritos, pero él no había respondido. Tenía miedo de quedarse sola, pero todavía temía mucho más cruzar el bosque de noche, por lo que tomó asiento en uno de los peldaños, esperando y rogando que Stub no demorara excesivamente su regreso.

Mientras aguardaba el regreso de Stub, escuchaba el concierto de las ranas, los grillos y los saltamontes verdes. De vez en cuando llegaba a sus oídos el chasquido de una rama al romperse y entonces el corazón le daba un vuelco. Había apagado la lámpara de la cabaña, de manera que a la luz de la luna pudiera divisar a cualquier extraño que se acercara hasta allí, antes de que él pudiera descubrirla. No sabía la hora que era, pues Stub había olvidado dar cuerda al despertador mientras ella visitaba a su madre en «El Pampas».

Se preguntó si la señora Reeves estaría ya enterada de lo de Bubber. Tenía verdadero miedo a su suegra, pues la señora Reeves no le había dirigido nunca la palabra por considerarla vulgar y muy poca cosa para su hijo. Anna sabía perfectamente lo que la anciana pensaba de ella. A pesar de ello se daba cuenta de que no podía quedarse allí indefinidamente, sin hablar con nadie de Bubber y de lo que éste sería capaz de hacer.

Anna comprendía que no podría permanecer allí sentada durante el resto de la noche, y se dijo que si Stub no regresaba pronto iría a casa de sus suegros y pediría a la señora Reeves, aunque tuviera que hacerlo de rodillas, que le permitiera pasar allí la noche. Ya lo hizo así en otra ocasión, cuando los agentes de policía la acosaron a preguntas acerca de Bubber, antes de que le arrestaran la última vez. La señora Reeves le había preparado un jergón de paja en la cocina, donde había dormido toda la noche, e incluso le había dado el desayuno a la mañana siguiente.

El viento del Golfo soplaba ahora sobre la nava. Una nube

había ocultado momentáneamente la luna, pero el firmamento estaba cuajado de estrellas. La enredadera que cubría los árboles y que colgaba de los alambres telefónicos, se balanceaba incesantemente a impulsos del viento, de manera silenciosa y pausada, cada vez que llegaba una ráfaga. En el intervalo se producía un silencio, un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el croar de las ranas, el chirrido de los grillos y el rumor indefinible de los saltamontes.

Anna reflexionó sobre el mejor modo de llegar a casa de su suegra, si se decidía a ir. No quería hacerlo directamente, atravesando la ciudad, ya que experimentaba un pánico terrible ante la idea de encontrarse con Hawes o con cualquiera de sus subordinados, y no precisamente porque uno u otro se hubiesen comportado con ella de una manera desconsiderada o descortés, sino más bien por la natural desconfianza de todas las mujeres de la misma especie que Anna hacia los representantes de la autoridad. Instintivamente se estremecía cada vez que se le acercaba el sheriff o alguno de sus agentes.

Finalmente decidió que la mejor manera de ir a casa de los Reeves sin ser vista, era seguir la senda hasta alcanzar la carretera que bordeaba el río y descender entonces hasta el puente viejo, desviándose luego por la plantación de algodón hacia el camino que conducía a la antigua escuela, con lo que eludiría el cruce de la ciudad y, por tanto, el encuentro con los representantes de la ley.

Oyó otro ruido extraño procedente de los matorrales y se arrimó cuanto pudo contra la pared de la cabaña, con todos los músculos en tensión. Permaneció así durante algunos instantes y aunque el ruido misterioso no volvió a repetirse, decidió no esperar ni un segundo más el problemático regreso de Stub.

Le causaba horror la mera idea de recorrer completamente sola casi medio kilómetro a través del bosque. En cierta ocasión había visto caer una serpiente desde un árbol sobre la espalda de una mujer negra y todavía resonaban en sus tímpanos los alaridos pavorosos de la infeliz. Pero se daba cuenta de que no podría continuar en aquella soledad ni un minuto

más. Se hurgó los bolsillos en busca de un cigarrillo pero no encontró más que un paquete vacío. Lo estrujó furiosamente entre los dedos, lo arrojó al suelo e inició la marcha por la polvorienta senda que conducía a la carretera principal.

Edwin Stewart temía volver a casa. Seguía furioso contra Hawes pues consideraba que le había tratado injustamente. Iba conduciendo el «Dodge» verde de su esposa y decidió dar una vuelta alrededor de la ciudad para reflexionar lo que diría a Elizabeth. Había mentido a Hawes y se preguntaba si el sheriff se habría dado cuenta de que le había engañado. Su esposa se sentía tan preocupada por Bubber como podría estarlo por el resultado de un partido de rugby. Quien se hallaba realmente aterrado era él.

Descendió lentamente por Louisiana Street, dejó atrás el poste de gasolina «Magnolia» y enfiló la carretera que conducía al cementerio. Iba conduciendo a unas veinte millas por hora. Primero había discutido con su esposa y ahora acababa de hacerlo con Hawes. Y las disputas le desagradaban extraordinariamente porque le dejaban deprimido y enervado.

Poco antes de llegar al cementerio, torció a la izquierda y recorrió las dos manzanas que le separaban de su casa. Vio que el coche de Hawks Damon estaba estacionado en la puerta y entonces optó por no detenerse y pisó el acelerador, pasando frente a su casa lo más veloz que pudo, con intención de que no lo vieran. Observó, sin embargo, que todas las luces de la casa estaban encendidas, circunstancia que aumentó su cólera, pues aquello significaba que Elizabeth había decidido salirse con la suya, convirtiendo aquella noche de angustiosa espera para él en noche de juerga, como cada vez que encontraba una ocasión propicia. Ya estaba cansado de sus extravagancias. Así se lo había dicho, y con ello se había iniciado la primera disputa.

En realidad, fue Hawks Damon quien la provocó. Se hallaba en casa de los Stewart con su esposa cuando comunicaron por radio las noticias sobre Bubber. Damon sugirió la idea de traer un arma y pasar allí la noche, por si al evadido se le ocurría hacer acto de presencia. Elizabeth había dado su conformidad inmediatamente, sin consultar a Edwin. Cuando se marchó Damon, Edwin se encaró con su esposa y le dijo que no quería que Hawks pasara la noche en su casa ni armado ni desarmado, a lo que ella respondió que se sentiría mucho más segura si pernoctaban junto a ella dos hombres en lugar de uno. Fue entonces cuando él sugirió pedir a Hawes que enviara un agente y Elizabeth le contestó que si hacía tal cosa se convertiría en el hazmerreír de la ciudad, a lo que él replicó que le tenía sin cuidado y que incluso era eso lo que se proponía. Ella se había puesto furiosa y le había dicho que si aún le quedaba un resto de hombría no sólo no pediría ningún agente a Hawes, sino que debería hacer saber a Bubber Reeves que no necesitaba a la policía para proteger a su esposa. Fue entonces cuando él preguntó si le estaba tachando de cobarde, a lo que ella contestó afirmativamente. Edwin salió de casa, dando un terrible portazo. A veces, se decía que odiaba a Elizabeth; otras, pensaba que era Elizabeth quien le odiaba.

Advirtió que empezaba a dolerle la cabeza y abrió un pequeño compartimiento en el tablero del coche, buscando una aspirina. La encontró, se la echó a la boca y la tragó. Dio la vuelta a la manzana y decidió regresar a casa, para ver qué estaban tramando Elizabeth y Damon.

Capítulo XI

La señora Reeves todavía estaba temblando como consecuencia de su entrevista con H. T. Mavis. Había discutido a gritos. Le dijo que se aprovechaba de ella y la engañaba al no ofrecerle más de cinco mil dólares por la casa. Mavis le había respondido, sin alzar la voz, que si ella lo consideraba así, lo mejor que podía hacer era ofrecérsela a cualquiera otra persona, ya que para él la casa no valía ni un centavo más de cinco mil dólares. La señora Reeves sabía que no habría modo de hacerle cambiar de opinión, y acabó por aceptar. Se estrecharon las manos y él permaneció cortésmente en la puerta de su oficina, mientras la señora Reeves descendía por los peldaños de madera.

No recibiría el dinero hasta la mañana siguiente, cuando abrieran los Bancos, pero ella sabía perfectamente que a pesar de su mezquindad, Mavis jamás había faltado a su palabra, por lo que ahora podía asegurar a Hawes que disponía de cinco mil dólares. Se había acomodado en un banco del patio del Palacio de Justicia y se abanicaba con un periódico. Desde allí podía ver la cárcel y las ventanas iluminadas de la vivienda del sheriff. Tres veces había llegado hasta el pie de la escalinata que conducía a casa de Hawes y otras tantas había retrocedido, diciéndose que debía controlar sus nervios antes de hablar con él.

Echó una ojeada al reloj del Palacio de Justicia. Eran las ocho y veinte. El edificio había sido pintado de blanco hacía poco y ofrecía un aspecto fantasmagórico a la luz de la luna. Las pecanas que crecían en los cuatro lados del patio y lanzaban sus sombras gigantescas por el suelo, la hacían sentirse protegida de los automóviles que de vez en cuando daban la vuelta alrededor de la plaza para detenerse frente al cine. Toda la ciudad se hallaba excepcionalmente silenciosa aquella noche. No se oía más sonido que los ritmos negroides procedentes de los lugares donde los hombres de color celebraban sus bacanales. También de las cervecerías llegaban algunos ruidos.

Continuó sentada en el banco durante largo rato, escuchando la música y contemplando las grandes nubes blancas que venían del Golfo. Soplaba un viento cálido y los árboles se balanceaban a cada momento y sus sombras barrían casi sin interrupción el patio del Palacio de Justicia. La señora Reeves se levantó y echó a andar lentamente en torno al patio. Cuando llegó al lado opuesto pudo ver los sauces, las encinas, las pecanas y los sicómoros que formaban una especie de muralla detrás de la cárcel y de los almacenes construidos en aquella parte de la ciudad.

Se quedó un momento ensimismada, contemplando los árboles y pensando en el río que discurría tras ellos, seco o casi seco ahora, ya que apenas había llovido durante el año. Siempre había tenido miedo al río por considerarlo peligroso y traidor, razón por la cual no le gustaba que Bubber se bañara en él ni que jugara a su orilla; sin embargo, jamás logró impedírselo. A él sí le agradaba el río. Le entusiasmaba nadar y pescar, y allí pasaba todo el tiempo que podía cuando era niño. Más de una tarde la señora Reeves había tenido que buscarlo a lo largo de sus orillas durante más de una hora para hacerlo volver a casa a cenar.

Había tres puentes que cruzaban el río: el puente nuevo, el viejo y el ferrocarril. El puente viejo había sido condenado hacía ya muchos años y no se utilizaba. La mayor parte de su armazón de madera se había podrido y las entradas de ambos extremos habían sido desmanteladas. Se hallaba a poco más de trescientos metros de donde ella estaba en aquel momento y había sido el lugar favorito de Bubber para jugar cuando era niño. En cierta ocasión se escapó de casa y se escondió entre las ruinas del puente viejo, permaneciendo allí oculto mientras todos los habitantes de la ciudad dragaban el río en busca de su cadáver.

Una nube blanca ocultó la luna. Aulló un perro. La señora Reeves salió del patio del Palacio de Justicia, cruzó la calle y pasó junto a las salas de juego. Ya había recorrido cuatro manzanas cuando se dio cuenta de que, sin habérselo propuesto, se encaminaba hacia el puente viejo. Continuó andando durante media manzana más y entonces se detuvo, diciéndose que seguramente Bubber no volvería ya y que, aun en el caso

de que lo hiciera, nunca se atrevería a aproximarse tanto a la ciudad. Dio, pues, media vuelta y emprendió la marcha en dirección a la cárcel.

La señora Reeves llegó a la esquina de la cárcel en el preciso instante en que salía Edwin Stewart, demasiado preocupado para advertir su presencia, de lo que ella se alegró, ya que la habría desagradado enormemente que Edwin la viera. El aspecto de la cárcel era el mismo que ofrecía todas las noches. Desde el exterior, con las ventanas iluminadas, parecía alegre e invitadora, comparada con el resto de la ciudad.

Oyó cantar a la vieja encerrada en el piso superior y se preguntó quién sería aquella desgraciada y por qué estaría encarcelada. Por asociación de ideas, vino a su memoria el recuerdo de la primera vez que hubo de visitar la cárcel para pedir un favor a un sheriff. Fue en la cárcel vieja, con el sheriff Sunshine. Desde entonces habían ocupado el cargo otros muchos y ella se había visto obligada a solicitar favores de todos ellos.

El viento la había despeinado, echándole el cabello sobre el rostro, por lo que se apresuró a arreglarse el tocado con las manos. Alzó la mirada al firmamento, admirando su inmensidad, y por centésima vez en aquella noche pensó en Bubber, tratando de adivinar en qué lugar se hallaba, lo que hacía y lo que sentía.

Se dio cuenta entonces de que no había comido nada desde que desayunara a primera hora de la mañana y se preguntó dónde podría tomar algún alimento sin que la vieran; pero en seguida se dijo que lo primero que había de hacer era entrar en la cárcel y hablar con Hawes y que nada ni nadie debería disuadirla de su propósito. Dobló la esquina, llegó hasta la entrada e hizo una pausa frente a la escalinata. Sentíase aterrorizada y sin ánimos, a pesar de lo cual consiguió ascender los peldaños de la cárcel y abrir la puerta que conducía al despacho del sheriff.

Cuando la señora Reeves irrumpió en la oficina, se hallaban en su interior Red, Tarl y Rip. Todos la habían estado esperando, al igual que Hawes, pero ahora que estaba allí ninguno supo qué hacer ni qué decir.

Red fue el primero de ellos en recobrar el aplomo y preguntó:

—¿Qué desea, señora?

—Soy la señora Reeves —declaró ella.

—Sí, ya lo sé.

—Quisiera hablar con el sheriff Hawes.

—Muy bien, señora.

—¿Está aquí?

—Sí, señora. Tenga la bondad de tomar asiento y esperar un momento.

La señora Reeves se acomodó en el banco destinado a los detenidos mientras Red avisaba a su jefe por el intercomunicador. Rip y Slim contemplaban a su visitante con morbosa curiosidad. Ambos habían ingresado recientemente y era la primera vez que la veían, ya que el último arresto y condena de Bubber había ocurrido antes de que ellos entraran de servicio en la cárcel. Habían oído contar tantas anécdotas sobre la conducta excéntrica y salvaje de aquella mujer en ocasiones similares, que ahora se sentían poco menos que defraudados al verla tan callada, casi tan digna, sentada en actitud pasiva y silenciosa en el banco.

Ruby respondió por el intercomunicador, cuando Red lo utilizó para anunciar a Hawes que la señora Reeves acababa de llegar a la oficina. Le asustaba pensar que había de transmitir el recado a su marido, pero comprendía que éste no tenía otro remedio que recibirla. Se lo dijo, y Hawes no protestó ni se quejó. Tampoco mostró preocupación, aunque ella sabía positivamente que la noticia, aunque esperada, lo afectaba de modo extraordinario.

Estaba asomado a la ventana cuando Ruby abrió la puerta e invitó a la señora Reeves a entrar en el living. La visitante pronunció una palabra de salutación y Ruby, sin despegar los labios, le señaló una butaca en la que la señora Reeves tomó asiento, callada y serenamente. Luego Ruby abandonó la estancia con el mayor sigilo, para dejar solos a su marido y a su visitante.

Hawes oyó entrar a la señora Reeves. Temía el momento de volverse para enfrentarse con ella e iniciar la entrevista,

por lo que demoró este instante todo lo posible. La señora Reeves continuó sentada, esperando pacientemente.

Por último, Hawes dio media vuelta y se acercó a ella. Quedó sorprendido cuando le vio el rostro. Había envejecido enormemente desde la última vez que la viera. Habría querido decirle que lamentaba mucho todo cuanto estaba sufriendo y la horrible pena que había de soportar en tan amargos momentos, pero no sabía cómo decírselo e ignoraba si a ella le agradaría que se lo dijera, por lo que se limitó a saludarla con naturalidad:

—Buenas noches, señora Reeves.

—¿Sabe algo de mi hijo? —inquirió ella.

Hawes regresó junto a la ventana, luego volvió a acercarse a su visitante.

—Le voy a hablar sin rodeos, señora Reeves. Esta vez no permitiré interferencias de ninguna clase. Ni usted ni nadie me podrán desviar del cumplimiento de mi deber. Bubber se ha escapado de la penitenciaría. Y esto no es un hurto ni una borrachera ni la falsificación de un talón bancario ni una riña con arma blanca ni el atraco de una estación de gasolina a mano armada. Se trata de un delito muy grave. Viene a ser como un homicidio o un secuestro, ¿comprende? Nunca había hecho nada parecido. Es el peor lío en que se ha metido. Ahora es un preso evadido y tiene tras él a toda la policía del Estado.

—Sé perfectamente que lo que acaba de hacer mi hijo es grave. Comprendo, igualmente, que ha de volver a la penitenciaría.

Hizo una pausa, miró largamente a su interlocutor y añadió:

—Soy la primera en lamentar que se haya escapado y le aseguro que deseo que vuelva.

—En tal caso, señora Reeves, lo mejor que puede hacer es regresar a su casa, quedarse allí y dejar que la ley se cuide de este asunto.

—Le voy a revelar el motivo de mi visita —dijo la señora Reeves—. Hace un rato me entrevisté con el señor Mavis. Me va a dar cinco mil dólares por mi casa. Estoy dispuesta a entregarle esos cinco mil dólares si devuelve a mi hijo a la penitenciaría sin causarle daño alguno.

—¿Está loca, señora? —exclamó Hawes—. No necesito su dinero para cumplir con mi deber. Jamás he pensado en hacer daño a su hijo. Siempre ha sido mi intención devolverlo sano y salvo a la penitenciaría.

—¿De veras? Pues no es eso lo que me han dicho.

—¿No? ¿Qué es lo que le han dicho, señora?

—Que usted aseguró a todo el que quiso escucharle que lo mataría si volvía por aquí.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Señor Hawes, está usted mintiendo a sabiendas. Yo misma se lo oí decir, con mis propios oídos, cuando se lo llevaron la última vez. Y tengo entendido que lo ha repetido infinidad de veces desde entonces.

—No es cierto.

—A mí me han asegurado que sí.

—Le repito a usted que no es verdad. Sé perfectamente lo que dije.

—¿Y qué es lo que dijo?

—Verá... La última vez que tuve que detener a Bubber me amenazó con volver y matarme, aunque tuviera que esperar cien años para conseguirlo. El día en que se lo llevaron, le dije que procurara olvidar su amenaza, porque si alguna vez se le ocurría desafiarme con un arma en la mano no sería yo quien muriera. Nunca he perdido un duelo y tampoco lo perdería ahora.

La señora Reeves permaneció silenciosa en su butaca, con la vista fija en el suelo. El sheriff tampoco se atrevía a mirarla a la cara.

Recorría la habitación a largos pasos, extraordinariamente excitado.

—No deseo matar a su hijo, señora —afirmó—, pero tampoco quiero que él me mate.

Durante algunos segundos la señora Reeves estuvo siguiendo los nerviosos paseos de su interlocutor. Finalmente murmuró:

—Usted será el responsable de cómo termine esto. Sabe

perfectamente que si así se lo propone podrá devolverlo a la penitenciaría sin matarlo, y mi esposo y yo queremos compensarle por la molestia... ¿Aceptará el dinero?

Hawes la miró como si no pudiese creer lo que estaba oyendo. Ella continuaba en su asiento, completamente tranquila, mirándole a los ojos.

—No, señora.

—Por favor...

—Le ruego que no insista. Le repito por última vez que cumpliré con mi deber.

—¿Y por qué no lo cumple también con los demás, aunque sólo sea para variar? ¿Por qué ha de mostrarse tan inflexible únicamente con mi hijo?

—¿A qué otros se refiere? Cite alguno. Nadie, óigalo bien, nadie puede acusarme de haber faltado nunca a mi deber.

—Yo sí y voy a decírselo a la cara, sheriff Hawes.

—¿En qué he faltado a mi deber?

—Voy a decírselo. ¿Por qué no ha puesto fin a las partidas de póquer del «Prather» de Murphy? ¿Por qué no impide que Stub McDermont siga vendiendo whisky después de las horas autorizadas? ¿Por qué no encarceló a Sam Mavis cuando apuñaló a un gitano en un baile? ¿Por qué no arrestó a Marcus Strachen cuando robó la caja de la empresa constructora donde trabajaba, en lugar de fingirse sordomudo cuando sus familiares repusieron el dinero robado? Yo le diré por qué: porque sus apellidos son Wimse, Mavis y Strachen. Son los amos del pueblo y también de usted. Le pagan para...

—Es usted una chismo...

—Insisto en que le pagan para que no intervenga.

—Un momento, señora. Sam Mavis fue declarado inocente por un tribunal legalmente constituido. El mismo individuo que resultó herido en la riña retiró la denuncia. La empresa donde trabajaba Marcus rehusó presentar acusación contra él.

—¿Y qué sucedió cuando Bubber robó un coche usado y yo me presté a comprarlo y devolverlo? Usted no me lo permitió. O sea, que una persona puede pasearse tranquilamente por la calle después de haber robado cinco mil dólares, mientras que otra ha de pudrirse en la cárcel por robar un

coche usado. Dígame, señor sheriff, ¿dónde está la justicia en ese modo de proceder?

—Ya le expliqué antes, señora, que la empresa donde trabajaba Marcus rehusó presentar acusación.

—Yo quise rembolsar al dueño del coche que sustrajo mi hijo el importe del mismo. Le supliqué a usted que me permitiera hacerlo.

—Y usted sabe por qué me negué. Trataba de ayudar a que su hijo se reformara. Era un reincidente.

—Porque todos nos habíamos confabulado para fastidiarle... Usted, yo y todo el pueblo, hasta el punto de que el pobre ya no sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Déjele en paz ahora. No le haga daño. Permítale volver a la penitenciaría. Hágalo y le daremos todo el dinero que poseemos.

—¿Cómo voy a decirle, señora Reeves, que no me interesa su dinero?

—¿De verdad? ¿Y puedo saber por qué no le interesa mi dinero?

Hizo una pausa y, alzando la voz, agregó:

—¿Qué tiene mi dinero? ¡Ah, ya sé! Todos dicen que soy de una franqueza brutal. Debería de haberle invitado a una partida de caza, a pasar un fin de semana en Nueva Orleans o bien musitarle al oído dónde podría encontrar un pozo de petróleo, ¿no es eso? Le conozco muy bien, Hawes; así es que no presuma conmigo de honor. Si mi hijo se llamara de otra manera o perteneciera a otra familia, estoy segura de que usted le compadecería y no tendría inconveniente alguno en cerrar los ojos y los oídos mientras yo le llenaba los bolsillos a cambio de su... comprensión.

—No sabe lo que dice, señora.

—Sé perfectamente lo que digo, sheriff. ¡Ya lo creo que lo sé!

—No tiene ningún derecho a venir aquí a insultarme, señora. Podría encarcelarla, sólo por hablarme como lo ha hecho.

—Muy bien. Encarcéleme. Arrésteme. Diré a todo el pueblo lo que sé. Esas verdades me están quemando las entrañas y quiero que todo el mundo lo sepa. ¿Cree que es justo que algunos puedan asesinar y se les absuelva de su crimen o se les

envíe a un manicomio y que otros acaben sus días en la horca o en la penitenciaría, sólo porque no tuvieron a nadie que les ayudara?

—Por favor, señora Reeves.

—Si me dice usted que cualquiera de esos señoritingos vale más que mi hijo, Hawes, le juro que le mataré.

—¡Cállese de una vez! Todo el mundo sabe que tanto usted como su despreciable hijo han colmado mi paciencia en infinidad de ocasiones.

—¡No vuelva a hablar de él de esa manera!

—Hablaré de él como me dé la real gana, señora. Y ahora márchese de aquí y no vuelva más.

La señora Reeves se puso en pie, pero no obedeció la intimidación del sheriff. Temblando como una epiléptica, amenazó a su interlocutor con el puño cerrado y chilló:

—No le tengo miedo a usted ni a sus armas ni a sus agentes. Tampoco me dan miedo ninguno de esos ricachos a los que usted hace la pelotilla para conservar el puesto. Quiero que comprenda una cosa, sheriff Hawes: que no le temo y que en lo sucesivo tendrá que andar con pies de plomo. Hace mucho tiempo que le vengo observando y le conozco muy bien. Sé que no descansará hasta que encuentre una buena excusa para matar a mi hijo. ¿No es así? ¿Por qué lo odia de ese modo? ¿Qué le ha hecho él, Dios mío? Si Bubber resulta muerto, yo sabré quién es el responsable. Usted es quien le ha conducido a donde estaba, a donde esté ahora mismo, atormentándolo, tendiéndole trampas, engañándolo. Ni a un negro habría tratado peor. Pero le advierto una vez más que si usted lo mata no vivirá para contarlo, porque yo le mataré. Sí, Hawes, le mataré, con la ayuda de Dios, si usted lo mata...

—¡Márchese de una vez, señora! Le aseguro una vez más que no tengo la menor intención de matar a su hijo.

—Más vale así, porque le mataré si lo hace.

—Si permanece aquí un segundo más, señora, me veré obligado a encarcelarla. Ya le he aguantado bastante.

Hawes se dirigió hacia ella.

—¡No se acerque! —masculló la señora Reeves.

—¡Salga de aquí!

—Está bien. Me echará de su casa, pero no podrá impedir que la verdad se abra paso. Gritaré a todo el mundo que usted no es más que un asesino, un cobarde y sucio asesino.

Echó a correr y abandonó la casa a toda prisa, pero una vez en la calle se detuvo y rompió a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Asesinoooo! ¡Asesinoooo!

Los tres agentes esperaron que de un momento a otro Hawes les ordenara detener a la alborotadora, pero en vista de que pasaba el tiempo y el sheriff no daba ninguna orden, Rip decidió tomar la iniciativa. Pero cuando puso los pies en la acera comprobó que la señora Reeves ya se había callado y estaba apoyada en la pared, como si se sintiera enferma. Sus largos cabellos caían sobre su rostro y hombros. Alzó la cabeza al oír los pasos de Rip y emprendió la marcha en dirección a su casa.

Ruby oyó los gritos de la señora Reeves desde su dormitorio y acudió corriendo al living, donde encontró a su marido sentado en una butaca, ocultándose el rostro con las manos. Alzó la cabeza al oír que ella se acercaba, pero no hizo alusión alguna a la señora Reeves ni a lo sucedido entre ellos, y Ruby no quiso molestarle con sus preguntas.

Durante mucho tiempo no habían existido secretos entre el matrimonio Hawes, pero durante los últimos seis meses Ruby había advertido que su esposo estaba sobrellevando solo una dura carga que no podía o no quería compartir con ella. Esto la tenía muy preocupada, sobre todo desde una noche en que se despertó bruscamente y se encontró sola en el lecho.

En aquel momento no dio importancia al asunto, ya que el sheriff solía realizar servicios a altas horas de la madrugada y en tales ocasiones salía sigilosamente de la habitación, extremando las precauciones para no despertarla.

Por consiguiente, se dio media vuelta en la cama disponiéndose a reanudar el interrumpido sueño cuando oyó pasos en el living. Se levantó sobresaltada, se echó la bata por los hombros, abrió la puerta de comunicación entre el living y el dormitorio y descubrió a su marido. Este se hallaba tan abstraído que no se dio cuenta de nada, por lo que Ruby, desde la puerta, pudo observarle con detenimiento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó finalmente.

—Sí —respondió él, volviendo con brusquedad la cabeza—. Lamento haberte despertado.

—No te preocupes por eso.

—¿Quieres sentarte un rato a mi lado, cariño?

—Desde luego.

Ruby pasó al living, que estaba a oscuras, y tomó asiento en una butaca junto a su marido. Así permanecieron, en absoluto silencio, durante dos horas.

Hawes se volvió finalmente a su esposa y le dijo:

—Empiezo a tener sueño. Me voy a echar un rato a descansar.

—Está bien, cariño. Pero, ¿estás seguro de que no te pasa nada?

—¡Claro que no! Lo que ocurre es que he estado trabajando de firme y las responsabilidades de mi cargo empiezan a fatigarme.

—¿Te gustaría dimitir?

Hawes reflexionó durante algunos instantes. Por último contestó:

—Sí, creo que sí. Lo haré en cuanto termine mi mandato.

—¿Has pensado ya a qué te dedicarás entonces?

—Sí. Me gustaría cultivar la tierra. He estado pensando que Mavis posee unos trescientos acres al otro lado del Oyster, totalmente vírgenes. Me ha dicho infinidad de veces que haría cualquier cosa por mí. Es posible que se avenga a arrendarme aquel terreno y yo podría plantar arroz, criar unas cuantas cabezas de ganado y repartirnos los beneficios.

—Tu idea me parece sencillamente maravillosa. ¿Por qué no le hablas?

A partir de entonces, dos o tres noches por semana Ruby solía despertarse y, al verse sola, iba a reunirse con su marido en el living. Algunas veces Hawes la obligaba a volver a la cama; otras, sin embargo, le rogaba que se sentara a su lado hasta la madrugada.

—Por favor, cariño, ¿qué te ocurre? —le preguntó ella en una ocasión.

—Ya te lo dije. Que trabajo demasiado.

—¿Hablaste ya con el señor Mavis?

—No. Prefiero que sea él quien se ofrezca de nuevo a hacerme un favor.

Ruby se había sentido tentada de visitar a los Mavis y plantear ella misma la cuestión, pero se había abstenido por temor a que su marido lo tomara a mal. De ahí su impaciencia por realizar, juntamente con los Mavis, el viaje a México. La señora Mavis lo había sugerido cierto día, cuando Ruby se lamentaba del exceso de trabajo que pesaba sobre su esposo. Ruby acogió jubilosa la idea, con la esperanza de que, si Mavis y su marido pasaban juntos tres o cuatro días, Hawes aprovecharía la primera oportunidad para exponer a su amigo el

sueño que acariciaba con relación a sus tierras. Recibió un gran disgusto cuando Hawes discutió tan acaloradamente con Mavis, pues temía que éste se hubiese enfadado. Aquella misma tarde llamó a la señora Mavis por teléfono, desde su dormitorio. Comprobó con satisfacción que la señora Mavis le dirigía la palabra con la misma cordialidad de siempre, lo que demostraba que Mavis no les guardaba rencor por el incidente. Se preguntó si debería hablar de ello a su marido, pero luego pensó que éste podía considerarla una entrometida y desistió.

Rip entró en el living, procedente de la oficina, y anunció a su jefe que tenía motivos sobrados para creer que Bubber Reeves se hallaba en la zona.

—¿Qué le hace pensar así? —preguntó Hawes.

—Acaba de marcharse un mexicano. Nos ha dicho que estuvo cazando hasta el anochecer y que, al abandonar el bosque para salir a la carretera, vio que un coche se detenía a unos cincuenta metros de donde él estaba. Del automóvil descendió un hombre que se adentró corriendo en el bosque. Al regresar a su casa, el mexicano oyó por radio las noticias sobre la fuga de Bubber. Volvió a la carretera para comprobar si todavía estaba allí el coche y, en efecto, allí seguía.

Hawes se dejó caer en una butaca, sin contestar a Rip, y se quedó mirando al techo, con una mirada inexpresiva, como si estuviese solo en la estancia. Ruby se sentía molesta, pues ignoraba si su marido había llegado a captar la importancia de la noticia que Rip acababa de comunicarle. El agente aguardaba pacientemente la orden de su jefe. Ruby, incapaz de contenerse por más tiempo, le advirtió:

—Cariño, Rip está esperando.

—¡Ah, sí! Gracias. Iré a echar una ojeada a ese coche. ¿Está Slim aquí?

—Sí. señor —afirmó Rip.

—Perfectamente. Dígale que se prepare para acompañarme. Usted irá a casa de la señora Reeves y montará guardia allí.

—De acuerdo —contestó Rip.

Salió del living y cerró la puerta.

Hawes se acercó a su esposa, la besó en la frente, cogió el sombrero de la mesita y salió detrás de Rip.

Ruby se aproximó a la ventana y alzó la persiana sigilosamente, de manera que no la vieran desde el exterior. Se quedó allí, asomada a la ventana, hasta que vio a su marido y a Slim salir juntos, subir a un coche y alejarse a gran velocidad.

Se dirigió al teléfono, dispuesta a llamar a la señora Mavis, pero antes de haber pedido el número a la telefonista cambió de opinión, colgó el auricular y volvió a la butaca, junto a la ventana, donde solía sentarse mientras esperaba el regreso de su marido.

Capítulo XIII

La señorita Mattie volvió directamente al hotel. Su madre ya había cenado cuando llegó. Lo supo porque se lo dijo el portero al pie de la escalera. No había luz en la habitación de su madre, pero la señorita Mattie se acercó de puntillas a la puerta y aplicó el ojo a la cerradura; vio que su madre estaba acostada y tamborileó con los dedos, llamando en voz baja:

—¡Mamá!

No hubo respuesta.

Volvió a llamar con más fuerza:

—¡Mamá!

Continuó el silencio.

Aquello sólo podía significar que su madre se había enfadado por su escapada y estaba decidida a no dirigirle la palabra.

Abrió la puerta y la llamó de nuevo, ya dentro de la alcoba.

Tampoco recibió respuesta.

Se acercó a la cama de su madre. Tenía los ojos cerrados, pero la señorita Mattie sabía que no estaba durmiendo.

—Mamá, por favor, escúchame —suplicó—. La casita de la señora Reeves está en venta. Su hijo se ha metido en un buen lío y ella se ve obligada a venderla a un precio muy razonable. Sólo pide por ella ocho mil dólares, lo que quiere decir que nos la da casi regalada. ¿Me estás escuchando, mamá?

Esperó un minuto aproximadamente e insistió:

—Mamá, ¿has oído lo que he dicho? Sé perfectamente que no estás dormida; así es que no finjas.

Pero su madre se negó a contestar y la señorita Mattie comprendió que no lo haría hasta que le viniera en gana. Tomó asiento en una butaca, junto al lecho materno, y esperó.

Capítulo XIV

Cuando Edwin Stewart llegó a su hogar, entró en la sala de juego, donde encontró a su esposa, a Damon y a Minnie, la mujer de Damon, bebiendo whisky.

—¿Dónde está el agente? —le preguntó Elizabeth.

Edwin no contestó.

—¿Quieres un trago, muchacho? —le ofreció Damon.

—No, gracias.

—¿No oíste lo que te pregunté? —insistió Elizabeth.

—¡Claro que te oí!

—¿Dónde está el agente?

—Hawes no quiso mandar a nadie.

—Ya lo dijo Damon —repuso Elizabeth.

—Aquí no necesitamos policía —afirmó Damon—. No nos hacen falta Hawes ni ninguno de sus acólitos para proteger a nuestras mujeres. ¿No te parece, Edwin?

Minnie soltó una risa convulsiva. Estaba muy borracha.

—Vamos a jugar a los besos —propuso—. Tú me besarás a mí y mi marido besará a tu mujer. Ganará el que dé el beso más largo, sin respirar.

—De acuerdo —asintió Elizabeth.

—No tengo ganas de jugar a besos ni a ninguna otra cosa —contestó Edwin—. Esta noche no tiene nada de agradable para mí, ¡maldita sea!

—¿A qué viene ese mal humor, cariño? —inquirió Elizabeth.

—Ya te dije que no quería juerga esta noche.

—Pues ya no tiene remedio la cosa. Van a venir diez parejas, por lo menos. Todos quieren ver cómo te las arreglas con Bubber Reeves.

—Te crees muy graciosa, ¿eh?

—Cada pareja traerá una botella de whisky y un arma de fuego, pistola, revólver, escopeta o rifle —anunció Minnie entre carcajadas—. Mi marido dice que saldrá más a cuenta que Bubber Reeves haga acto de presencia, porque de lo contrario los invitados se matarán unos a otros.

—Echa un trago, muchacho —insistió Damon.

—No, no quiero beber.

—¡Bah! Toma una copa y olvidarás tus tribulaciones.

—No tengo tribulaciones. Lo que ocurre es que no me agradan las juergas; ya se lo dije a Elizabeth.

—Comprenderás que no podemos permitir que Bubber te mate, muchacho. Por eso nos hemos propuesto protegerte.

—Estarán cargados de balas y de whisky —bromeó Minnie.

—Anda, hombre... Bebe algo —volvió a proponer Damon.

Edwin se sirvió un whisky con agua.

—Y ahora vamos a jugar a los besos —insistió Minnie—. Vamos a jugar a los besos.

Capítulo XV

La señora Henderson se hallaba en el living de la Capilla Metodista, donde aguardaba desde hacía media hora. El edificio era de nueva construcción y la sala estaba recién empapelada. La señora Henderson pertenecía a la comisión encargada de la decoración de la casa. Había expuesto su opinión de que el empapelado de aquella habitación no era práctico, pero no prevaleció su punto de vista, derrotado por la votación de la mayoría. En la salita inmediata a la iglesia, el organista ensayaba el ofertorio para el servicio dominical. Por la estancia se extendía el apetitoso aroma de la cena, a la que estaban dando fin el reverendo, su esposa y sus tres hijos.

La señora Henderson recordó la larga serie de ministros que habían vivido en aquella casa, sirviendo a Dios y a la Iglesia. Ella se había dedicado siempre a arreglar la casa para el reverendo y su familia. Había un libro de salmos abierto encima de una mesa de la sala. Lo cogió y comenzó a leer los salmos, la mayoría de los cuales sabía de memoria. Luego cerró el libro y se puso a dar vueltas alrededor de la habitación, al mismo tiempo que musitaba unas oraciones.

El reverendo, terminada la cena, salió a atender a su visitante y se quedó en la puerta, contemplándola en silencio durante unos momentos. Finalmente la llamó:

—¡Señora Henderson!

—Dígame, reverendo —respondió, interrumpiendo bruscamente sus plegarias y volviendo la cabeza.

—¿Quería usted hablar conmigo?

—Sí.

—Bien. Tome asiento, por favor.

—Prefiero seguir de pie, si no le molesta.

—En absoluto. ¿Quiere que recemos juntos?

—Sí.

El reverendo se arrodilló en el suelo. Su esposa se asomó a la puerta y enarcó las cejas en actitud interrogante.

—Estoy rezando con la señora Henderson.

La esposa del ministro saludó a la señora Henderson con

una inclinación de cabeza, a la que correspondió ésta con un gesto similar.

Luego la señora Henderson se volvió al reverendo e inquirió:

—¿Sabe usted si es Dios quien nos envía todos nuestros males? ¿Nos manda la muerte para castigarnos por nuestros pecados? ¿Nos arrebataría Dios a un niño inocente para humillar nuestro corazón?

—Terminemos nuestras plegarias y entonces contestaré a sus preguntas, señora Henderson.

—Está bien, reverendo. Pero quiero que sepa que siempre he recurrido a la oración cuando la he necesitado.

El reverendo continuó arrodillado, rezando en silencio, mientras la señora Henderson tomaba asiento en una silla, junto a la mesa en que se hallaba el libro de salmos; ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar desconsoladamente.

Capítulo XVI

La señora Reeves se detuvo a mitad de camino de su casa. Iba repitiéndose mentalmente todo cuanto había dicho a Hawes. Recorría unos cuantos pasos y se detenía ante la duda de continuar hacia su hogar o de volver atrás y pedir perdón al sheriff.

En realidad no había querido insultarlo. Sabía perfectamente que Hawes era honrado y que jamás había aceptado dinero de nadie. Lo que ella hubiera querido decirle era que disponía de dinero suficiente para conseguir la libertad bajo fianza de Bubber, y que si éste se enterara de ello por su mediación no titubearía en entregarse sin lucha para volver a la penitenciaría, lo cual facilitaría las cosas para realizar los trámites cerca de las autoridades estatales.

¿Por qué no había podido decir a Hawes una cosa tan sencilla como aquélla? ¿Por qué se encolerizaba cada vez que iba a la cárcel y, dominada por el histerismo, prorrumpía en gritos y decía cosas que sabía que no eran ciertas? Pero si tan convencida estaba de que con aquel dinero podía conseguir la libertad bajo fianza de Bubber, ¿por qué no había persuadido a su esposo para vender la casa un año antes, el mes pasado o la semana anterior? Bubber se lo había pedido. En cada una de sus cartas le había suplicado que lo hiciera y añadía: «¿Qué te he hecho yo, mamá, para que me vuelvas la espalda y permitas que siga encerrado? ¿Por qué me odias de ese modo?»

La señora Reeves se puso a hablar en voz alta, como si su hijo pudiera oírla, como si él estuviera frente a ella, interrogándola y acusándola:

—No, no te odio, Bubber. Tengo miedo por ti, pero no te odio. Al contrario, lo que deseo es salvarte. He de conseguir convertirte en un hombre útil a la sociedad y estoy asustada. No temo que Hawes te mate; lo que me horroriza es la idea de que tú mates a Hawes. Si lo hicieras, Bubber, ni yo ni nadie podría salvarte. Por un robo te podría salvar, pero si te ensuciaras las manos con sangre nada podría hacer por ti. Te arrancarían de mi lado para siempre y te ahorcarían sin remedio.

Alzó la cabeza al oír rumor de pasos y vio a la señora Henderson, que venía de la Capilla Metodista.

—¡Señora Henderson! —la llamó en voz baja.

La interpelada se detuvo en seco, sin mirar a su interlocutora y esperó a que ésta prosiguiera.

—Señora Henderson, crea que lamento sinceramente la forma en que le hablé cuando vino a casa antes... Ruegue por mí, señora Henderson. Rece por él también.

La señora Reeves puso ojos de iluminada.

—Rece para que me devuelvan a Bubber. Se lo suplico —insistió la señora Reeves.

La señora Henderson bajó la cabeza y comenzó su oración:

—Padre nuestro, que estás en el cielo...

Reanudó su camino, musitando con voz perfectamente audible:

—Santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad, así en la tierra...

La señora Reeves echó a andar tras ella.

Capítulo XVII

Stub había regresado a la cabaña atrozmente hambriento. Encendió la luz y comenzó a buscar en los armarios y en la cocina de gas algo para comer. En el horno del fogón descubrió dos cazuelitas de barro con la verdura y los guisantes y se dijo que más valía aquello que nada. Llevó las cazuelas a la mesa colocada en el centro de la habitación, extrajo una cuchara del cajón y comenzó a devorar la comida.

Interrumpió la cena al oír pasos de alguien que venía por la senda. Salió a la puerta y vio a Fat Boy que se acercaba por el calvero. Fat Boy era uno de los jugadores negros de Harrison. Había hecho mucho dinero vendiendo whisky de contrabando durante la prohibición; luego se marchó a Galveston, abrió una sala de juego y perdió hasta el último centavo. Diez años atrás había instalado una casucha para jugar a los dados, al otro lado de la carretera, y en la actualidad vivía de eso.

Stub salió al encuentro de su visitante.

—¿Qué buscas por aquí, Fat Boy? —inquirió.

El negro volvió la cabeza temerosamente y luego se encaró con Stub.

—¿Puede oírnos alguien? —preguntó a su vez.

—No, nadie. Estoy solo.

—Perfectamente. Traigo un recado para usted.

—¿De quién?

—De Bubber Reeves. Quiere que le diga usted a su madre que la estará esperando en el lugar donde él solía jugar cuando era niño.

—¿Y dónde está eso?

—No lo sé. El no me lo ha dicho y yo no me he atrevido a preguntárselo... Lo único que he hecho ha sido prometerle que vendría a darle su recado.

—¿A qué hora lo viste?

—Hará cosa de media hora. Probablemente ha cruzado el río a nado, pues estaba empapado. Ha golpeado los cristales de la ventana de atrás de mi cabaña y he salido a ver qué quería.

—¿Le ha visto alguien más?

—No.
—Está bien. ¿Has traído tu coche?
—Sí.
—Pues ya te puedes marchar.
—De acuerdo. Adiós.

Fat Boy abandonó el patio, atravesó el calvero y echó a andar senda abajo, perdiéndose de vista a los pocos segundos. Stub permaneció observándolo hasta que se convenció de que se había alejado. Luego se sentó en uno de los peldaños de la escalera de su cabaña. Su primer impulso fue ir a Harrison para avisar al sheriff y tratar de adivinar entre los dos cuál sería el escondrijo del fugitivo, para que Hawes fuese a buscarlo inmediatamente. Luego pensó que tal vez pudiera sacar dinero a la señora Reeves a cambio de no decir a Hawes nada acerca de Bubber, pero desechó la idea, considerándola demasiado arriesgada, ya que ella podía revelar tal proposición a su hijo. Fue entonces cuando se acordó de Edwin Stewart.

Había olvidado decir a Edwin Stewart que Bubber había amenazado con asesinarlo, hasta que se encontró con él aquel mismo día a última hora de la tarde. El propio Edwin le había refrescado la memoria. Edwin había atravesado la calle para hablar con él y le había prometido que si se enteraba de algo relacionado con Bubber y se lo contaba antes que a nadie, le recompensaría por la información. Pues bien, ya sabía algo y no tendría más que dar a su noticia un poco de color, diciéndole que había hablado personalmente con Bubber y que el mejor consejo que podía darle era que se marchara de la ciudad durante algún tiempo. Preguntóse cuánto podría cobrar por una noticia así y optó por pedir cien dólares, aunque luego hubiera de dejarlo en cincuenta. Más tarde daría a la señora Reeves el recado de su hijo, dejando que Edwin hiciera la denuncia a Hawes.

Stub volvió a entrar en la cabaña, terminó la verdura y los guisantes, apagó la luz y salió al camino, emprendiendo la marcha hacia el lugar donde solía dejar su automóvil.

Capítulo XVIII

Bubber Reeves yacía de bruces sobre la hierba que crecía entre la senda que bordeaba el río y el antiguo puente del ferrocarril. Alzó la cabeza y contempló el banco de arena existente entre el puente y el río, así como las latas de conserva vacías y otros desperdicios arrojados allí por viajeros motorizados, a lo largo de los años. Era un hombrecillo menudo, nervioso, con los cabellos rubios todavía húmedos por el chapuzón en el río. El rostro, el cuello, los brazos y las manos los tenía tostados por las largas jornadas de trabajo a la intemperie en la penitenciaría. Vestía unos pantalones claros, estivales, que había robado, y una camisa blanca. La americana del traje la había tirado hacía un par de horas, cuando cruzó el río por primera vez.

Bubber Reeves conocía Harrison y su Condado como la palma de su mano. Desde la cabaña de Fat Boy había ido directamente al puente viejo. Había atravesado el río dos veces para que los perros de la penitenciaría perdieran sus huellas, si los empleaban para perseguirle, y también para alterar la dirección lógica de su entrada en Harrison. Todavía no había decidido adentrarse en la ciudad. En la penitenciaría había proyectado trasladarse a Houston o a Galveston, pero ahora se hallaba en un grave aprieto, mucho más grave que escapar de la prisión: necesitaba dinero y un automóvil para dirigirse al sur, hacia México, o al este, hacia Mississippi. Sentía verdadera ansiedad por ponerse en marcha cuanto antes, pues en cuanto se divulgara la noticia del nuevo delito que acababa de cometer se bloquearían las carreteras y la fuga le sería infinitamente más difícil. Había elegido a Stub para que llevara el recado a su madre porque sabía que éste odiaba a Hawes; además, le tenía miedo a él, a Bubber; demasiado miedo para que pensara en denunciarlo.

En un principio, Bubber se había propuesto llegar hasta la cabaña de Stub y esconderse allí, pero le habían fallado las fuerzas. Había iniciado la fuga a las ocho de la mañana y desde entonces no había comido más que unas cuantas galletas que había encontrado en un compartimiento del automóvil

robado (en la penitenciaría se hallaba demasiado excitado con los preparativos de fuga para pensar en comer). Por eso había tenido que buscar a alguien que llevara a Stub un mensaje y Fat Boy le pareció la persona más adecuada, en primer lugar porque vivía a corta distancia del puente (en la parte de la ciudad reservada a los negros, conocida con el nombre de «Barrio de Freedman») y, en segundo, porque en cierta ocasión había salvado la vida a Fat Boy, cuando éste se hallaba a punto de perecer acuchillado por un jugador blanco, y sabía que el negro le haría cualquier favor que le pidiera para saldar su deuda de gratitud. Habría enviado a Fat Boy directamente a casa de sus padres, de no haber reflexionado que probablemente Hawes tendría a alguno de sus hombres vigilándola, y la visita de un negro habría resultado sospechosa. Además, Fat Boy no era muy inteligente y Hawes le habría sacado la verdad tras un breve interrogatorio.

Bubber había llegado a las afueras de Harrison poco antes del anochecer y se había escondido en la otra orilla del río hasta que se hizo de noche. Luego estuvo nadando, si podía llamarse nadar a pasear por el centro del río con el agua por encima de las rodillas. Finalmente, a través del bosque y arrastrándose por el prado, había llegado hasta la mísera cabaña de Fat Boy, a quien vio por una de las ventanas traseras acostado en un jergón de paja. Tamborileó en los cristales y el negro, al oír el ruido, se acercó a la ventana. Bubber le hizo seña de que saliera. Fat Boy no pronunció una palabra cuando lo vio, apagó la luz que iluminaba la entrada de la cabaña, aguardó cinco minutos y entonces fue a reunirse con el fugitivo rodeando la cabaña.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo se le ocurrió venir a mi casa? ¿Por qué vino a la ciudad?

—Me encuentro en apuros, Fat Boy —declaró Bubber.

—Lo sé y lo lamento. Haré cuanto pueda para ayudarle, pero esta ciudad no es precisamente el mejor sitio para refugiarse.

—No pensaba quedarme aquí, Fat Boy. He venido para solicitar ayuda y continuar huyendo, ¿comprendes?

—Sí, claro.

—Y sabía que podía contar contigo.

—Naturalmente.

—¿Tienes dinero?

—No. Estos últimos cuatro meses han sido bastante duros para mí.

—¿Tienes algo de comer?

—No.

—¿Una escopeta o un revólver?

—Tampoco.

—¿Un cuchillo?

—Eso sí.

—Bien. Dame el cuchillo.

Fat Boy entregó a Bubber el arma, que éste hizo desaparecer en un bolsillo.

—¿Tienes coche? —preguntó a continuación.

—Sí.

—¿Con mucha gasolina en el depósito?

—La suficiente para recorrer un par de millas.

—Bien. ¿Sabes dónde vive Stub McDermont?

—Sí.

—Le llevarás un recado de mi parte.

—¿Por qué a Stub McDermont? ¿Puede usted confiar en ese hombre?

—¿Por qué no? ¿Qué sabes de él?

—Nada de particular. Pero no sé si Stub...

—No conozco a ninguna otra persona en quien pueda confiar, Fat Boy. Tú no puedes ir a casa de mi madre, pero Stub sí. Él me teme.

—¿Por qué no puedo ir yo a casa de sus padres?

—Porque supongo que Hawes habrá puesto allí a uno de sus agentes y si te viera entrar podría sospechar.

—Comprendo.

Bubber le dio entonces el recado para Stub y poco más tarde lo vio subir en su desvencijado automóvil y abandonar el barrio. Aguardó unos minutos por si aparecía algún otro negro conocido y digno de confianza que le diera algo de comer. Pero no vio a nadie y tuvo que regresar a su escondrijo, pensando que si Fat Boy encontraba pronto a Stub y éste

iba inmediatamente a casa de los Reeves, su madre podría reunirse con él al cabo de dos horas como máximo.

Ignoraba cuánto tiempo hacía que había regresado al puente viejo, pero calculaba que habrían transcurrido más de dos horas desde que enviara a Fat Boy a entrevistarse con Stub. Contempló las luces de Harrison y recordó a las personas que había conocido y con las que había crecido, preguntándose qué estarían haciendo en aquel momento.

Las picaduras de los mosquitos y chinches rojas le causaban una verdadera tortura, pero prefirió continuar inmóvil, de bruces en el suelo, para no llamar innecesariamente la atención. De vez en cuando alzaba un poco la cabeza y dirigía la mirada a la carretera, esperando ver a su madre. En una de estas ocasiones descubrió a una mujer que descendía por el camino. Entonces se arrastró cautelosamente, como un piel roja, hasta una vieja carrocería de automóvil, llena de orín, que alguien había arrojado a un lado del camino. Desde su nuevo puesto de observación pudo distinguir mejor a la persona que se aproximaba. Era Anna, y Bubber se preguntó extrañado qué diablos estaría haciendo allí su mujer a aquellas horas y tan lejos de su casa. Luego se dijo que tal vez su madre se hallaba enferma y había enviado a Anna en su lugar. Su esposa no le inspiraba la menor confianza, a pesar de lo cual se propuso correr el riesgo y salir de su escondite, si ella le llamaba.

Anna no se detuvo cuando llegó al lugar donde su marido estaba oculto. Pasó lo suficientemente cerca de él como para haberlo tocado, pero ni siquiera aminoró el paso, lo que demostraba que desconocía su presencia. Bubber la vio franquear el puente viejo y alejarse en dirección al campo, enfilando la senda de guijarros, hasta perderse de vista.

Por un instante se arrepintió de no haberla llamado, diciéndose que tal vez ella hubiera podido proporcionarle algo de comer. Luego volvió a preguntarse cuánto tiempo habría transcurrido y si Fat Boy habría encontrado a Stub, y éste a su madre. Sentía un enorme deseo de cerrar los ojos y descabezar un sueño, pero no se atrevió a hacerlo, por temor a no oír a su madre cuando ésta acudiera a la cita.

El silencio era impresionante a orillas del río. Sólo se oían las ranas y los saltamontes verdes que lanzaban al aire sus llamadas amorosas. En una ocasión le pareció oír los pasos de alguien que bajaba por la senda. Pero los pasos, si lo eran, se detuvieron antes de llegar a su escondrijo. Se mantuvo inmóvil, con todos los músculos en tensión, durante quince o veinte minutos, pero el rumor no se repitió.

Capítulo XIX

Anna Reeves había doblado la esquina para dirigirse a casa de los Reeves y descubrió a Rip, fumando mientras paseaba por la plazuela del otro lado de la calle. Advirtió que había luz en la cocina de la casa, lo que la indujo a suponer que su suegro o suegra estaban allí. Sin embargo, no se atrevió a seguir adelante, ante el temor de que el agente del sheriff la detuviera para someterla a interrogatorio. Permaneció en la esquina durante varios minutos, preguntándose qué camino le convendría seguir para regresar a la cabaña. Finalmente optó por dar la vuelta a la manzana, rodear luego el cementerio y subir por la senda del río.

Cuando alcanzó el barrio de los negros la oscuridad era casi total, pues la mayoría de las casas tenían las luces apagadas y las calles carecían de iluminación. Se disponía a girar sobre sus talones para reanudar la marcha, cuando vio a una negra conocida. Anna echó a andar hacia ella. La negra la miró con suspicacia y ya estaba a punto de echar a correr hacia su casa cuando reconoció a Anna y la llamó:

—¡Buenas noches, señorita Anna!

—¡Hola! ¡Buenas noches!

—Créame que la compadezco por lo ocurrido. Mi primer marido, que está cumpliendo una condena de diez años, entra y sale de la penitenciaría como si fuera una pensión, así es que me tiene con el alma en vilo.

—Venga conmigo a casa —le propuso Anna.

—Lo siento pero no puedo. Mi marido...

—Le daré cincuenta centavos si pasa esta noche conmigo.

—No es posible.

—Sesenta.

—Ya le he dicho que no puede ser.

—Acompáñeme entonces hasta que salgamos de este barrio.

—Aquí nadie le hará daño.

—Lo sé, pero necesito compañía. Estoy tan nerviosa que los dedos se me antojan huéspedes.

En aquel momento se acercó a las dos mujeres el amante de la negra. Esta se apresuró a explicarle:

—Esta señora quiere que la acompañe hasta el final de la barriada.

—Le he ofrecido sesenta centavos si pasa la noche en mi casa —añadió Anna.

—Ni hablar —respondió el negro—. No nos conviene intervenir en los líos de los blancos. Su marido la rajaría si la encontrara en su casa y luego repetiría la faena conmigo.

—No me hará nada, porque no pienso salir del barrio —aseguró la negra—. ¿Nos acompañas, o prefieres quedarte?

—Me quedo —decidió el negro, sentándose en la hierba que bordeaba el camino.

Anna y la negra echaron a andar por el sendero polvoriento, que discurría entre chozas sucias y malolientes.

—¿Sabía usted que Dewey Silvers sale a pasear por las noches? —preguntó la negra bruscamente.

—¿Dewey Silvers? —exclamó Anna sorprendida—. Creí que había muerto.

—En efecto, murió, pero sale por las noches y la familia mexicana que se alojó en su casa está a punto de enloquecer, ya que la difunta se pasa la noche yendo de la casa al patio y del patio a la casa, se sienta en las gandulas de la galería y se entretiene en llamar por teléfono. Han tenido que recurrir al capellán negro para que ponga cruces en todas las puertas de la casa y clave versículos de la Biblia en las paredes. La pobre Dewey, a pesar de todo, sigue apareciéndose por las noches, según dice el capellán, porque no tiene la conciencia tranquila. Yo creo que lo peor que le puede ocurrir a una en este mundo es no tener la conciencia tranquila. ¿La tiene usted?

—No. Jamás la he tenido. Si me muriera mañana, me pasaría lo mismo que a Dewey Silvers. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—Sí.

—¿Y un paquete?

—Casi entero.

—Démelo. Aquí tiene veinticinco centavos.

—Gracias.

Acababan de llegar al camino del río y la negra se detuvo.

—Ya hemos llegado al final del barrio —anunció—. He de volver a casa.

—¿Por qué no me acompaña hasta el otro extremo del camino?

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo a su marido.

—Bubber no vendrá a buscarme. Se lo aseguro. Soy la última persona a quien él quisiera ver.

—Es posible, pero le tengo miedo.

—Bien, como quiera.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La negra emprendió apresuradamente el regreso a su barriada. Anna la fue siguiendo con la mirada hasta que desapareció. Luego se echó a llorar. Sentada al borde del camino pasó un buen rato sollozando. El ronquido de un motor la sacó de su abstracción. Alzó la cabeza y vio un aeroplano que volaba hacia el Golfo. Estuvo contemplándolo, ensimismada, hasta que se perdió de vista. Luego se puso en pie y prosiguió la marcha.

Capítulo XX

Hawes y Slim descendían en su automóvil por una carretera de segundo orden, buscando el coche abandonado del que les había hablado el mexicano. Ya hacía diez minutos que se hallaban en un campo abierto. Hawes conocía perfectamente aquel camino, ya que lo había recorrido frecuentemente en ambas direcciones, cuando su padre poseía la granja. Aún recordaba aquella carretera cuando no era más que una senda polvorienta. Recordaba también cuando la empedraron y, finalmente, cuando fue asfaltada.

Slim llevaba el volante y Hawes iba sentado a su lado, con la cabeza apoyada en la parte superior del asiento.

Pensaba en la anciana perturbada, recluida en una de las celdas de la cárcel, y recordó la primera vez que aquella mujer había hecho acto de presencia en Harrison. Entonces era una muchacha joven, agraciada, agresiva y segura de sí misma. Ahora pasaba sus últimos días encerrada en un calabozo, único medio para que sus semejantes la dejaran en paz.

Se adentraron en lo que en otro tiempo había sido la granja de su padre. Hawes pegó el rostro a la ventanilla para contemplar los terrenos que hacía unos años se hallaban cubiertos con cultivos de maíz y de algodón. A mucha distancia de la carretera se distinguían las luces de las casucas de los aparceros que ahora residían en aquel lugar.

Volvió a su memoria el recuerdo del súbito fallecimiento de su padre, en plena calle, a las doce de un bochornoso día de agosto, cuando se disponía a realizar un encargo de H. C. Bentley. Hasta el final de su existencia el buen hombre había tratado desesperadamente de ganar algún dinero para recuperar, aunque sólo fuera una parte, las tierras que se había visto obligado a malvender. Cerrando los ojos, podía ver todavía a su padre, rodeado de amigos, en la esquina de una de las calles de Harrison, precisamente donde estaba la droguería. Ahora, tanto su padre como sus amigos habían muerto.

Se llevó las manos al rosto y Slim le preguntó:

—¿Se le ha metido algo en un ojo, jefe?

—Seguramente —respondió Hawes.

Pero no era cierto. Nada le había entrado en los ojos. Tenía ganas de llorar y se había cubierto la cara con las manos para resistir la tentación. En los últimos meses, cada vez que pensaba en sus padres o en su infancia sentía unos deseos terribles de llorar, cosa que le aterraba. Apenas si podía recordar la última vez que había llorado y ahora, desde hacía medio año, cualquier cosa le llenaba los ojos de lágrimas. En cierta ocasión, mientras contemplaba a su hijo dormido, tuvo que abandonar a toda prisa la alcoba para no romper en sollozos.

Hallaron el coche abandonado junto a la carretera, a poco más de un cuarto de milla de la residencia del cazador mexicano. Los dos hombres examinaron detenidamente el vehículo. Era un «Plymouth» del año 1950. No tenía ninguna avería y el tanque conservaba más de la mitad de su carga normal de gasolina.

El vehículo había sido despojado de toda identificación, excepto las placas de matrícula. Slim anotó su número y estableció contacto por radio con Red, para que éste tratara de averiguar si se había presentado denuncia de robo por parte del propietario del automóvil. Por la matrícula podía asegurarse que el coche había sido registrado en algún lugar del oeste de Texas.

Regresaron a su automóvil y Slim maniobró para dar media vuelta.

—¿A dónde vamos, jefe? —inquirió.

—A casa de Stub.

—De acuerdo.

Volvieron por el mismo camino que habían seguido a la ida, a través de los arrozales y plantaciones de algodón, hasta que pasaron nuevamente por la granja que había pertenecido al padre de Hawes. Dos mil acres de tierra divididos en parcelas de cincuenta, setenta y cinco y cien acres.

Rodaron por los arrabales de Harrison, atravesando una sección de la barriada negra, dejaron atrás un par de manzanas de casas blancas y la Oficina de Correos. Al llegar al semáforo, torcieron a la derecha y descendieron por la carretera, dejando atrás las estaciones de servicio «Magnolia», «Gulf»,

«Texaco» y «Humble». Finalmente cruzaron el paso a nivel, junto al cual había un parador.

—Podríamos tomar una taza de café —propuso Hawes.

—De acuerdo.

Slim desvió el coche de la carretera y se adentró en los terrenos cubiertos de finos guijarros que circundaban el parador.

—¿Entramos o prefiere que le traiga el café aquí? —preguntó.

—Será mejor que entremos.

Slim se dispuso a apearse del coche.

—Un momento —dijo Hawes.

El agente miró a su jefe, extrañado.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Ahí está Leroy Smith, uno de los amigos de Damon, y me repugna encontrarme con él esta noche.

Slim vio a través de la ventanilla a Leroy, que acababa de salir del parador hurgándose los dientes con un fósforo. Subió a su automóvil, lo puso en marcha y se alejó del lugar.

—¿Tomamos café? —preguntó Slim.

—No. Quiero saber a dónde va ese cerdo... El y Damon se han pasado el día contando a todos los que han querido escucharles lo que harían si uno de ellos fuese el sheriff y a Bubber Reeves se le ocurriera volver.

—Ya lo sé. Yo mismo se lo oí contar a última hora de la tarde, en el café. Aseguraron que lo matarían.

Regresaron a la carretera, cruzaron de nuevo la vía del ferrocarril y emprendieron la persecución del coche de Leroy.

Pocos minutos más tarde, Slim frenó bruscamente:

—Leroy se ha detenido frente a la casa de Edwin Stewart —anunció.

—Sí. Ya lo he visto.

—¿Damos la vuelta a la manzana o pasamos de largo?

—Vamos a pasar de largo.

Pasaron muy despacio frente a la casa de los Stewart, donde había estacionados once automóviles, la mayoría de cuyos propietarios eran conocidos de Hawes.

—Por lo visto tienen guateque esta noche —comentó Slim.

—Eso creo. Se han reunido con la excusa de proteger a Edwin y a su esposa de Bubber Reeves.

—¿A dónde vamos ahora, jefe?

—A casa de Stub.

Slim dio la vuelta a la esquina y enfiló nuevamente la carretera.

—Nos quedamos sin café —dijo.

—¡Qué le vamos a hacer!

Ya estaban nuevamente en la carretera, en la parte que salía de Harrison para adentrarse en el campo.

Hawes contempló a través de la ventanilla las estaciones de servicio y los automóviles alineados a ambos lados de la carretera, y recordó las casas que se alzaban allí hacía veinte años. Y no sólo las casas, sino también las personas que en ellas habían vivido y que ahora estaban enterradas en el pequeño cementerio, mientras sus hijos se hallaban diseminados por todos los rincones del planeta. Hacía veinticinco años, antes de que se pavimentaran las carreteras, aquélla había sido la calle de los ricos. Cuando venía con su padre y se adentraba en aquella avenida, bordeada de árboles viejos y frondosos, y veía a la gente disfrutando de la sombra en sus jardines y vigilando el juego de sus hijos, pensaba que nada podía alterar aquella paz, que nada podía suceder a aquella gente ni a aquellas casas. Pero todo había cambiado: las casas habían sido demolidas y los árboles talados. La quietud y la serenidad habían desaparecido dejando paso al ruido y a la confusión, al polvo y a la fealdad.

Slim detuvo el coche.

—¿Qué camino tenemos que seguir ahora? —preguntó.

Hawes salió bruscamente de su abstracción.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—¿Qué camino tenemos que seguir para llegar a casa de Stub?

—Este que baja. Vive a medio kilómetro de aquel bosque que se ve allá.

—¿Llega este camino hasta allí?

—No me acuerdo.

—Entonces, echaré una ojeada.

Slim bajó del coche, provisto de una linterna y se adentró en la maleza. Al cabo de un rato regresó para anunciar:

—No hay carretera, jefe. La parte transitable se detiene aquí mismo; el resto no es más que una senda polvorienta.

—Bien. Eso quiere decir que tendremos que ir andando. En marcha.

Capítulo XXI

La juerga se hallaba en su apogeo en casa de Edwin Stewart cuando repiqueteó el timbre del teléfono. Edwin se dispuso a coger el auricular, pero Elizabeth se le adelantó.

—¡Diga! ¿Es usted amigo o enemigo? ¿Cómo...? ¡Ah, sí!

Puso la mano sobre el micrófono y agregó:

—Es para ti, Edwin.

—¿Quién me llama a estas horas?

—Probablemente es Bubber Reeves —replicó Elizabeth, soltando una risotada.

—Eso no tiene maldita la gracia —masculló Edwin.

Trató de arrebatarle el aparato, pero ella lo impidió:

—Que no se te ocurra forcejear conmigo para quitármelo, cerdo —le dijo—. Pídemelo con buenas formas.

—Estás bebida, Elizabeth. Dame el teléfono.

—¿Quién está bebida, estúpido?

—Dame el teléfono.

—Quítamelo.

Edwin se lo arrebató y le dio un empujón.

—¡Bestia! ¡Más que bestia!

Sin preocuparse por las protestas de su cónyuge, Edwin Stewart cogió el teléfono y murmuró:

—¡Dígame!

Estuvo escuchando durante algunos segundos y todos pudieron observar que palidecía intensamente, como si la sangre se hubiera volatilizado de su rostro. Colgó el aparato muy lentamente, sin despedirse de su interlocutor, y Elizabeth se apresuró a preguntar:

—¿Quién era?

—No importa. Coge un pijama y el cepillo de dientes. Nos vamos ahora mismo a Houston.

—Yo no voy a ninguna parte. Además, he reconocido la voz del que llamaba. Era Stub McDer...

Edwin tapó la boca de su mujer con una mano.

—¡Cállate! —le dijo autoritariamente.

Continuó tapándole la boca con la mano. Ella estaba realmente borracha y no se debatió con mucha energía. En la sala

de juego alguien puso en marcha el tocadiscos. Damon abrió la puerta y vino hacia ellos. Edwin soltó a su mujer al ver a Damon.

—Stub McDermont acaba de telefonear a Edwin —dijo Elizabeth—. Estoy segura de que le ha dicho que Bubber está aquí. Ahora quiere que coja un pijama y el cepillo de dientes para marcharnos a Houston. No es más que un cobarde indecente.

Edwin le asestó una terrible bofetada y, sin pronunciar una palabra, abandonó la casa.

Capítulo XXII

Hawes y Slim se hallaban en el calvero que rodeaba la cabaña de Stub cuando oyeron los pasos de Anna que se adentraba en el patio. Se pegaron entonces a la pared de la choza y esperaron a que la recién llegada alcanzara el porche antes de revelar su presencia.

—¡Anna! —llamó Hawes, sin alzar la voz.

Ella lanzó una exclamación ahogada y se quedó inmóvil, mirándolos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó finalmente.

—Venimos en busca de Stub. ¿Dónde está? —inquirió Hawes.

—No lo sé.

—¿De verdad que no?

—Se lo aseguro.

—¿Está enterada de que Bubber se escapó de la penitenciaría?

—Sí.

—¿Lo ha visto?

—No.

—¿Tampoco sabe dónde está?

—No.

—¿Ni quién le ayudó a fugarse?

—Tampoco.

Los dos policías la estuvieron contemplando en silencio durante unos minutos. Finalmente Hawes dijo:

—Quédese aquí, en su casa, y no se mueva hasta que volvamos. ¿Entendido?

—Sí.

—Si viniera Stub, dígale que quiero hablar con él.

—Así se lo diré.

Los dos hombres abandonaron el patio, mientras ella penetraba en la cabaña y encendía la lámpara de petróleo. Hawes dijo a su ayudante, al llegar a la linde del calvero.

—Quédese aquí de guardia durante media hora, Slim. Yo iré a casa de los Reeves, me acercaré luego a ver si Rip ha recibido más noticias y volveré.

—De acuerdo, jefe.

—Será mejor que me espere dentro de la cabaña, haciendo compañía a Anna.

—¿Puedo volver al coche para recoger el tabaco y las cerillas?

—Está bien. Vaya.

Slim echó a andar por la senda polvorienta, en dirección al lugar donde habían dejado el automóvil, mientras Hawes, al borde del calvero, encendía un cigarrillo. De pronto, desde los matorrales situados al otro lado del patio llegó un pequeño ruido. Tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y se puso a la escucha. El pequeño ruido volvió a repetirse y el sheriff se apresuró a refugiarse detrás del tronco de un árbol, desenfundó el revólver y esperó con todos los músculos en tensión. Le temblaban las manos y sintió deseos de llamar a Slim, pero no lo hizo ante el temor de que le fallara la voz. Volvió a oír ruido entre los matorrales y entonces chilló:

—¿Quién anda ahí?

No recibió respuesta y permaneció inmóvil en su puesto de observación.

El ruido se repitió de nuevo y Hawes volvió a gritar:

—¿Quién hay ahí?

Continuó el silencio. Hawes permaneció a la escucha. Por fin, no pudiendo soportar más la tensión, masculló:

—Salga de su escondrijo, quienquiera que sea, o disparo.

No hubo respuesta. De pronto volvió a sonar el ruido, mucho más cercano, como si alguien o algo se acercara a él a través de los matorrales. Hawes no lo pensó más; quitó el seguro del revólver y comenzó a disparar a ciegas, frenéticamente.

Anna rompió a gritar, dentro de la cabaña, al llegar a sus oídos los estampidos de los disparos. Fuera lo que fuese, cesó de moverse lo que había detrás del matorral. Hawes había vaciado el tambor del revólver y continuaba inmóvil, empuñándolo, demasiado cansado para recargarlo.

Slim llegó corriendo hasta el calvero.

—¿Le ha ocurrido algo, jefe? —preguntó.

—No... Nada... Estoy bien. Oí un ruido extraño detrás de esos matorrales, disparé y... creo que hice blanco.

Anna se asomó a la puerta de su cabaña.

Slim se guareció detrás de un árbol, oprimió el botón de su linterna y la enfocó hacia el lugar indicado por Hawes. Al cabo de un rato desenfundó su revólver y echó a andar en dirección al matorral sospechoso. Regresó casi inmediatamente, con el revólver en la funda, conteniendo una sonrisa.

—¿Qué era? —inquirió Hawes, sin poder dominar su ansiedad.

—Un perro —contestó Slim.

—¿Un perro?

—Sí, jefe, un perro viejo, de color blanco con manchas negras.

Anna gritó desde la puerta de su cabaña:

—¿Qué era eso, señor Hawes?

—Nada, Anna. Un perro. No se preocupe.

—¿Era blanco, con manchas negras?

—Sí.

—Entonces era el de Stub.

Anna volvió a meterse en la cabaña y cerró la puerta.

—Volvamos a casa, Slim —dijo Hawes a su agente—. No me encuentro bien.

—Como usted mande, jefe.

Remprendieron el regreso por la senda. Slim iba en cabeza y Hawes andaba tras él, empuñando todavía el revólver descargado.

Capítulo XXIII

Después de hablar por teléfono con Edwin Stewart, Stub volvió a su coche; pero cuando estuvo sentado al volante, pensó que sería mejor ir andando a casa de los Reeves y se apeó, recorriendo las cinco manzanas que le separaban de su punto de destino todo lo aprisa que le fue posible. Cuando dobló la esquina de la calle, vio a Rip en la plazoleta situada frente a la casa de los Reeves. De buena gana habría vuelto grupas y habría llamado a la señora Reeves por teléfono, pero ya lo había intentado dos veces sin obtener respuesta. Y, sin embargo, estaba persuadido de que había alguien en la casa, a pesar de que todas las luces estaban apagadas. Se dijo que si Rip le impedía visitarla cuando llamara a la casa, la señora Reeves comprendería que había hecho cuanto estaba en su mano para darle el mensaje de su hijo, y así se lo diría a éste cuando lo viera. Decidido, pues, echó a andar calle abajo hasta llegar a la casa, subió la escalinata y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el señor Reeves, al abrir.

—Soy Stub McDermont y deseo hablar con su esposa.

—¿No le da vergüenza venir a mi casa, después de haberse enredado con la esposa de mi hijo?

—Dejemos eso ahora, señor Reeves. Llame a su esposa y dígale que tenga cuidado. Hawes ha mandado vigilar la casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he visto a uno de los agentes del sheriff al otro lado de la calle. Está escondido detrás de aquella pecana.

—¿Y a qué viene esa vigilancia, si nosotros no hemos hecho nada malo?

—No he dicho que lo hicieran, pero el caso es que está allí.

El señor Reeves cerró la puerta y se dirigió a la cocina. Su esposa estaba allí, sentada ante una mesa, con la cabeza apoyada en el tablero.

—Stub McDermont quiere hablar contigo.

—Pero yo no quiero hablar con él, ni siquiera verlo. Puedes decírselo así mismo.

El señor Reeves regresó a la puerta de entrada, la abrió e informó a Stub de la decisión de su esposa.

—Dígale que le traigo un mensaje de Bubber —dijo Stub secamente—. Eso la hará cambiar de opinión.

El señor Reeves volvió a cerrar la puerta, dejando fuera a Stub, quien trató de observar, mirando por encima del hombro, lo que estaba haciendo Rip, pero no pudo verlo porque seguía escondido detrás del árbol.

Esta vez acudió la señora Reeves en persona.

—Bubber quiere verla inmediatamente —anunció Stub, sin más preámbulos—. La espera en el lugar donde solía jugar cuando era niño. Usted sabrá donde está eso.

—¿Habló usted con él? —preguntó la señora Reeves.

—No.

—¿Quién le dio el recado entonces?

—Eso no puedo revelarlo, señora.

Tras pronunciar estas palabras, Stub dio media vuelta y se marchó. La señora Reeves estuvo observándolo mientras bajaba la escalinata y se adentraba en la plazuela. Luego salió a la galería y tomó asiento en una gandula. Su marido se asomó a la puerta, y se acercó para sentarse a su lado.

—Bubber está aquí —anunció ella en voz baja.

—¡Dios mío! ¿Por qué habrá venido? —exclamó el señor Reeves—. ¿Por qué habrá venido?

—No lo sé —contestó su esposa, poniéndose de pie y echando a andar hacia la escalinata.

—¿A dónde vas? —preguntó el señor Reeves.

—A ver a Hawes.

No había hecho más que pisar la acera cuando Rip la llamó, abandonando su puesto de observación para cruzar la calle.

—El sheriff le prohibió que abandonara la casa, señora.

—Quiero hablar con él.

—En tal caso, le llamaré para que venga.

—Es que he de hablar con él inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Me permite que use su teléfono?

—Desde luego. Entre. Y dígale que venga cuanto antes.

El señor Reeves se acercó a su esposa y le preguntó en un susurro:

—¿Está bien Bubber?

—No lo sé. Lo único que me ha dicho es que ha vuelto y que me espera.

En aquel momento salió Rip para anunciar:

—No encuentro el teléfono.

Se levantó el señor Reeves y penetró en la casa, seguido de Rip, encendió la luz del living y le mostró el aparato telefónico, que descansaba sobre una mesilla. Luego, mientras Rip telefoneaba, el señor Reeves volvió junto a su esposa.

Rip tenía veintisiete años, era delgado y musculoso, sombrío y astuto. Vestía traje caqui y calzaba unas botas de caña corta. Llevaba un año al servicio del sheriff, le gustaba su trabajo y se había convertido en poco tiempo en un buen agente. Se había propuesto llegar a ocupar el puesto de Hawes algún día, para lo cual no descartaba la posibilidad de derrotarle en las próximas elecciones, si al término de su mandato no se retiraba por su propia voluntad.

Rip contaba con muchos amigos entre los habitantes de Harrison, sobre todo aquéllos que criticaban a Hawes, tachándolo de ser demasiado benigno con los negros y con los mexicanos. Cuando se hallaba libre de servicio, Rip pasaba horas y horas explicando a sus amigos cómo se proponía actuar el día que lograra ser nombrado sheriff.

A Rip no le agradaba Hawes y sabía positivamente que él tampoco gozaba de la simpatía de su jefe. No habían disputado más que en una ocasión, cuando un negro mató a un blanco en «El Pampas». El negro había resultado herido en la riña, en la que su oponente había sido el primero en disparar. Lo metieron en la cárcel y los asiduos de la taberna se excitaron y quisieron linchar al negro. Hawes ordenó a sus agentes que protegieran al detenido, cosa a la que se opuso Rip, alegando que era inútil arriesgar la piel para salvar a un negro que, de todos modos, sería condenado a muerte. El sheriff ordenó a Rip que obedeciera sus órdenes sin rechistar y hasta le amenazó con meterle un balazo en el cuerpo si volvía a discutirlas. Rip no tuvo más remedio que someterse, e incluso condujo el automóvil en el que transportaron al prisionero, tras sacarlo de noche por la puerta posterior de la cárcel, hasta un hospital situado a noventa millas de distancia. Al día siguien-

te, Rip presentó su dimisión, pero Hawes le rogó que se quedara y aceptó.

Una de las personas que con más ahínco apoyaban la candidatura de Rip para sheriff era Hawks Damon. Este había sido agente honorario con el sheriff anterior y odiaba a Hawes, porque cuando se hizo cargo del puesto se negó a confirmarle en el cargo honorífico. Estaba convencido de que si Rip lograba el puesto que apetecía, él volvería a ser agente honorario.

Hacía apenas una hora que Hawks había telefoneado a Rip a la comisaría invitándole a que fuese a casa de Edwin Stewart cuando quedara libre de servicio, pero Rip no se atrevió a aceptar. Le halagaban las atenciones de que le hacían objeto personas tan relevantes como Hawks y Edwin, pero se sentía incómodo entre ellos, sus amigos y sus esposas. Todos procedían de las familias más antiguas y ricas de Harrison y vestían y se comportaban de una forma a la que Rip no estaba habituado. En cierta ocasión había asistido a un guateque, donde fue el único que iba sin pareja. Las mujeres se burlaron de él y lo pusieron en ridículo. Minnie, la esposa de Hawks, lo sacó a bailar y se pegaba tanto a él que llegó a ponerle nervioso.

Se había trasladado a Harrison dos años antes de que lo nombraran agente (antes había trabajado en los campos petrolíferos de Daly) y si hubiese visto a Bubber Reeves no lo habría reconocido. Aquella noche sentía verdadera ansiedad por distinguirse siendo el primero en dar con el fugitivo. Hawes había asegurado a sus hombres que posiblemente pasarían dos o tres días antes de que le llegara una denuncia o encontraran una pista digna de consideración. Rip sabía que un hombre como Bubber que había vivido en aquella ciudad tanto tiempo, forzosamente tendría amigos que lo protegieran o enemigos que lo temieran; unos y otros lo esconderían y facilitarían su fuga. Se hacía cábalas sobre el modo como hubiera resuelto el caso de haber sido sheriff, y aguardaba anhelante la oportunidad de realizar algo espectacular en la captura de Bubber para impresionar a sus futuros electores.

Rip consiguió comunicar con Red y decirle que enviara a Hawes a casa de los Reeves tan pronto como se pudiera poner en contacto con él. Colgó el auricular y salió a la galería.

—¿Quieren que apague otra vez la luz? —preguntó.

El señor Reeves se dispuso a levantarse de la gandula, pero Rip se lo impidió.

No se moleste. Ahora ya sé dónde está el interruptor. Si no la he apagado ha sido porque no sabía si ustedes querían mantenerla encendida o apagada.

Entró presurosamente en el living, accionó el interruptor y volvió a salir.

—¿Logró hablar con su jefe? —inquirió la señora Reeves.

—No. No estaba en la oficina, pero le dejé recado a un compañero para que viniera aquí cuanto antes.

Rip oyó a lo lejos la música de un tocadiscos o de un aparato de radio. Sin duda, alguien se estaba divirtiendo y pensó que probablemente se trataba del guateque en casa de los Stewart.

La señora Reeves descendió los peldaños de la escalinata y echó a andar acera abajo.

—¿A dónde va usted? —le preguntó Rip, lanzándose tras ella.

—A ninguna parte. Voy a pasearme por aquí, de un lado para otro. Estoy muy nerviosa.

Rip se sentó en uno de los escalones, sin perderla de vista. Poco más tarde, el señor Reeves bajó también a la acera y ofreció el brazo a su mujer, acompañándola en sus cortos paseos.

Capítulo XXIV

La señorita Mattie volvió al dormitorio de su madre y se colocó junto a su lecho.

—No sigas haciéndote la dormida, mamá —dijo—. Sé perfectamente que estás despierta.

Su madre continuó con los ojos cerrados, sin dar muestras de haberla oído. La señorita Mattie tomó asiento en una butaca, al otro extremo de la habitación, y masculló:

—Puedo ser tan testaruda como tú, mamá. Me quedaré aquí y continuaré preguntándote cada media hora, hasta que me des una respuesta.

—¿Qué deseas saber? —preguntó la anciana, abriendo los ojos.

—Si me puedes dar ocho mil dólares para comprar la casa de los Reeves.

—No.

—Mamá. Te suplico...

—He dicho que no. Ni ocho mil ni quinientos. ¿Qué haríamos dos viejas como nosotras en una casa?

—Dos viejas como nosotras pueden vivir perfectamente en una casa cuando disponen de dinero para comprarla. Yo tengo mi orgullo y además, ya estoy harta de vivir en hoteles.

—Mi respuesta sigue siendo no.

La señorita Mattie continuó sentada durante un rato. De pronto se puso en pie y echó a andar hacia la puerta de la habitación.

—¿A dónde vas? —le preguntó su madre.

—A llevar tu respuesta a la señora Reeves.

—No irás a ninguna parte a esta hora de la noche. Ya se lo dirás por la mañana.

—Voy a ir ahora mis...

—Si te atreves a poner un pie en la calle, empezaré a gritar hasta que despierte a todos los habitantes de la ciudad.

La señorita Mattie cesó de discutir. Volvió a la butaca y tomó asiento de nuevo.

Capítulo XXV

Stub estacionó su coche en la cuneta de la carretera, se apeó y comenzó a reflexionar sobre lo que había de hacer. Volvió al coche, recogió una pistola que había dejado en el asiento posterior y se la metió en el cinto del pantalón. Se había hecho el propósito de dormir en el bosque aquella noche. Echó una mirada hacia la parte inferior de la senda, en dirección a su cabaña y advirtió que la luz estaba encendida, lo que le indujo a pensar que Anna ya se encontraba allí. Por un momento se sintió tentado a volver a la cabaña y decir a Anna que se había enterado del regreso de Bubber por Fat Boy, pero inmediatamente desistió. Sabía que Anna se estaría bebiendo el whisky que él mismo le había dado y que se echaría a llorar como una tonta en cuanto se enterara de lo de su marido.

Se sobresaltó al escuchar el ulular de una lechuza, posada en una de las ramas del árbol que había junto a él. El ulular de la lechuza, del búho y del autillo, al decir de los negros, constituía un fúnebre presagio, Stub recogió un guijarro y lo lanzó contra el ave, a pesar de que no era supersticioso. En cualquiera otra ocasión la habría abatido de un balazo, pero aquella noche no estaba dispuesto a apretar el gatillo de su pistola, si podía evitarlo.

Decidió llevarse una botella de whisky por si tenía frío durante la noche. Volvió al coche, tomó una botella plana de litro, se echó un trago al coleto, se guardó la botella en el bolsillo posterior del pantalón y se adentró en el bosque.

Capítulo XXVI

La señora Henderson subió la escalera que conducía a su dormitorio. Se puso el camisón y la bata y se sentó junto a la ventana, para contemplar la calle. Tenía el hábito de permanecer allí, durante largo rato, en inútil espera, antes de hincarse de rodillas y pronunciar las últimas oraciones de la noche.

Desde su ventana podía ver la casa de los Reeves. Se preguntó si se habrían acostado ya y si Bubber habría sido capturado y estaría ya encerrado en la cárcel. Recordó su paseo junto a la señora Reeves, y se preguntó si la señora Reeves estaría ahora rezando en la oscuridad de su hogar. Pensó también que ya debería estar de hinojos junto a su lecho, pidiendo misericordia a Dios por los esposos Reeves y por Bubber, a pesar de lo cual no se decidió a abandonar la ventana.

Oyó un ruido en la planta baja y estuvo escuchando durante algunos instantes. Al fin pensó que debía tratarse del crujido de una de las planchas de madera, como consecuencia del calor. La casa parecía llena de ruidos extraños durante la noche. A veces la despertaban de su sueño profundo y solía sentarse en la cama, aguzando el oído, en espera de percibir el ruido característico de unos pasos de hombre. Todavía no había perdido la esperanza de que su marido volviera algún día, razón por la cual nunca cerraba con llave la puerta de entrada. Tenía la íntima convicción de que, cuando su marido regresara de noche, abriría silenciosamente la puerta que daba a la calle y subiría entonces, uno a uno, los escalones que conducían a su dormitorio.

Desvió la atención de la ventana y fijó la mirada en el papel que decoraba la alcoba, sucio y mugriento, en la alfombra desgastada por el uso y en el lavabo, sobre el cual se apoyaba la fotografía de su marido. Se acercó a la foto y contempló una vez más el rostro del desaparecido. Hacía ya más de cuarenta años que había sido obtenida la fotografía.

La señora Henderson abrió un cajón de la cómoda y se dispuso a sacar de él una fotografía suya casi de la misma época que la de su marido, pero experimentó bruscamente una sensación dolorosa en un costado y se apresuró a cerrar el cajón.

Volvió a la ventana y miró hacia la calle. Vio que un hombre bajaba por la acera en dirección a su casa y el corazón comenzó a brincarle en el pecho, pero su esperanza se desvaneció al reconocer al paseante, un vecino que regresaba de su trabajo nocturno. Apagó la luz, dobló la parte superior de la cubierta y sábana de la chirriante cama de hierro y se acostó. Estaba ya a punto de quedarse dormida cuando recordó que no había rezado sus oraciones. Trató de bajarse de la cama, pero no le fue posible y permaneció en la oscuridad, escuchando, aguardando contra toda esperanza que llegara a sus oídos el ruido de unos pasos de hombre que franquearan el umbral y emprendieran el ascenso de la escalera.

Edwin Stewart había tomado asiento en uno de los porches laterales. El tocadiscos estaba funcionando nuevamente en el interior de su casa, lo que le indujo a suponer que la juerga iba a durar ya toda la noche.

Ya había decidido olvidar su amor propio, volver al teléfono y revelar a Hawes la noticia que le había confiado Stub, cuando vio a Damon salir de la casa y venir hacia él.

—Vuelve con nosotros, muchacho —le dijo—. Lo estamos pasando en grande.

—Iré dentro de un rato. Necesito que me dé el aire.

—No sabes lo que te estás perdiendo chico.

—Seguid divirtiéndoos. Yo no estoy para guateques.

—¿De verdad fue Stub quien te telefoneó?

—Sí —asintió Edwin de mala gana.

—¿Qué quería?

—Anunciarme que Bubber Reeves está aquí.

—¿Nada más?

—Nada más.

Los dos hombres quedaron silenciosos durante algunos instantes. Damon masculló en voz baja:

—Si tuviéramos un auténtico sheriff, ese individuo no habría sido capaz de volver a poner los pies en esta ciudad.

—¿Tú crees que Hawes sabe ya que Bubber está aquí? —preguntó Edwin.

—¿Cómo diablos voy a saber si está enterado o no?

—¿Crees conveniente que se lo diga?

—No. Que lo averigüe por sí mismo. Es el sheriff más estúpido que he conocido en mi vida.

—¿Por qué le odias? —inquirió Edwin.

—¿Es que a ti te resulta simpático? —preguntó a su vez Damon.

—Nunca se me había ocurrido analizar mis sentimientos con relación a Hawes hasta esta noche, y puedo asegurarte que ahora distan mucho de ser amistosos. Pero, ¿tú por qué le odias?

—Porque no sirve para nada. Permite que negros y mexicanos campen por sus respetos. No hay más que un buen policía entre todo ese hatajo de inútiles: Rip. Ese no teme a nadie.

—Eso creo yo también.

—Le votaremos para sheriff en las próximas elecciones. Ya he hablado sobre el asunto con algunos de mis amigos. Todos queremos que Rip sea el nuevo sheriff.

Aulló un perro a lo lejos.

—Bubber Reeves no osaría venir aquí si el sheriff fuese Rip —aseguró Damon—. Ahora está montando guardia frente a la casa de los Reeves y apostaría cualquier cosa a que Hawes está escondido debajo de su cama, temblando como un perro.

—¿Por qué hablas así? Ya te he dicho que Hawes no me es simpático, pero no le creo cobarde...

—Pues yo sí, chico.

—Está bien.

Edwin estaba deseando que Damon regresara a la sala, con los invitados, y le dejara en paz.

—He bebido lo suficiente para enfrentarme ahora mismo con Hawes y decirle en sus propias narices que es un cobarde. Tú vendrás con nosotros.

—No.

—Sí vendrás.

—He dicho que no.

—Bien. Entonces iré a ver a Rip y le diré lo que pienso de su jefe. A él le gusta que le hable mal de Hawes. Desde luego posee la inteligencia de un mosquito y la ignorancia de un pastor, pero no tiene nada de cobarde. Ni los negros ni los mexicanos se atreverían a mover un dedo en su presencia.

Damon se puso finalmente en pie y agregó:

—¿No te decides a venir conmigo para hablar con Rip?

—No. Te esperaré aquí.

—De acuerdo, muchacho.

Damon descendió la escalinata, salió al patio y, seguido por la mirada de Edwin, inició el descenso de la calle. Edwin volvió entonces a su casa, con el propósito de beber un trago y reflexionar sobre la conveniencia de telefonear a Hawes.

La juerga estaba llegando a su punto culminante. Estelle Newway había perdido el conocimiento y estaba tendida en el sofá de mimbre de la sala de juego. R. J. Lee se había puesto a jugar a los dados con Elizabeth. Edwin rogó al cielo que ni su padre ni su abuelo llegaran a enterarse jamás de lo que ocurría en su casa. Se sirvió un whisky con soda y volvió a la galería. De pronto oyó los pasos de alguien que se acercaba, volvió la cabeza y vio a Minnie, la esposa de Damon. Estaba tremendamente borracha y se tambaleaba como una palmera zarandeada por un tornado.

—¿Qué quieres, Minnie? —le preguntó.

—¿Dónde está Hawks? —inquirió ella, a su vez.

—Lo ignoro. Me dijo que iba a dar un paseo.

—Entonces, chico, vigila a Elizabeth. No tardará en sentir ganas de dar un paseo también.

—¿Por qué no vuelves a la casa, Minnie?

—Estoy borracha.

—No necesitas jurarlo.

—¿Tú no estás borracho?

—No. Este va a ser mi primer trago.

—Hawks trata de convertirme en una alcohólica. El cree que no me he dado cuenta, pero yo no me chupo el dedo. Por la mañana, en cuanto me levanto, lo primero que me dice es que me tome un whisky... Sí, Edwin, quiere hacer de mí una alcohólica. Asegura que necesito beber para combatir mi estado permanente de depresión nerviosa.

Se interrumpió un instante, para añadir:

—¿Qué ocurrió con la enredadera que había aquí?

—Se secó y tuvimos que cortarla, pero de eso hace ya casi cinco años.

—Todo cuanto me gusta lo cortan. La enredadera, el cinamomo. Sé perfectamente lo que me hace falta, Edwin, y no es precisamente beber. Ni alcohol ni agua. Mi marido es un miserable, Edwin. Lo odio con todas mis fuerzas. Lo que él desea es matarme, sea como sea.

—Vamos, Minnie.

—Lo digo en serio. Quiere matarme. Acércate más, Edwin.

—¿Para qué? ¿Qué es lo que pretendes?

Ven y siéntate a mi lado. Voy a revelarte un gran secreto.

Edwin se sentía incómodo, pero obedeció a Minnie y tomó asiento a su lado.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—De un secreto, ya te lo he dicho... De un secreto a voces, de algo que todo el mundo sabe, menos tú.

—¿De veras? ¿Y qué es?

—Que Elizabeth y mi marido se entienden...

—Eso no puede ser verdad, Minnie. Damon es mi amigo y Elizabeth es amiga tuya.

—Te repito que están liados. Todos lo saben y te compadecen. Pearlie Sandow me dijo que su marido había tratado de decírtelo, pero que ella no lo dejó. Asegura que casi todos los habitantes de Harrison los han visto salir juntos de varios hoteles de Houston y que en cierta ocasión los sorprendieron haciendo guarrerías en la carretera de River, en el coche de Elizabeth...

Edwin Stewart comenzó a sollozar, silenciosamente al principio y con mayor intensidad después, hasta que todo el cuerpo se le estremeció convulsivamente.

—¿Te divorciarás de Elizabeth? —preguntó Minnie—. Yo no pienso conceder el divorcio a Hawks, ni dejaré tampoco que me convierta en una alcohólica.

Hizo una pausa y agregó:

—¿Se puede saber por qué estás llorando?

Edwin se puso en pie y abandonó la galería. Minnie se quedó mirándolo mientras bajaba la acera y subía al coche verde de Elizabeth.

—¿Te propones matar a mi marido? —le gritó.

Edwin no contestó. Puso en marcha el automóvil y se alejó a toda velocidad.

Capítulo XXVIII

La señorita Mattie continuaba sentada en la butaca del dormitorio de su madre. Había estado asomada a la ventana del hotel que daba a la plaza del Palacio de Justicia y, de vez en cuando, dirigía a su madre una mirada de soslayo. La anciana tenía los ojos cerrados, pero la señorita Mattie decidió aguardar cinco minutos más, para asegurarse de que se había quedado dormida, antes de marchar a casa de los Reeves.

En aquel momento contemplaba desde la ventana los semáforos de las esquinas. Veía también los anuncios luminosos de los almacenes, que permanecían encendidos durante toda la noche. Mientras se hallaba asomada a la ventana comenzó a pensar en el pasado, en su infancia, en su padre y en su hermano, muerto en la Primera Guerra Mundial.

De pronto oyó a su madre que se removía en la cama.

—¡Hija!

—¿Qué quieres, mamá?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Estoy aquí, sentada junto a la ventana.

—Pues ya deberías de estar acostada.

—Tienes razón, pero no tengo sueño, mamá.

—¿Qué hora es?

—No lo sé.

—Por la ventana podrás ver la hora en el reloj del Palacio de Justicia.

—Ya lo he intentado, pero se ha apagado la luz del reloj y no se ve nada.

—Yo diría que he oído dar las once.

La señorita Mattie no contestó.

—¿No oíste dar las once, hija?

—Sí, mamá.

—¿Acaso piensas quedarte ahí toda la noche?

La señorita Mattie no respondió.

—A ti te pasa algo, hija.

—No, mamá.

—¿Estás enfurruñada todavía por lo de la casa?

—No, mamá. Estaba pensando en Joel y en papá, en aquel

tiempo, tan lejano ya, de mi infancia... Y también cuando fuimos todos a Nueva Orleáns para oír cantar a Chauncey Olcott. ¿Recuerdas qué voz tan maravillosa tenía? Me acordaba también de cuando estuvimos en la Opera y salió una muchacha muy joven, cogió un teléfono y se puso a cantar: «¡Oiga, Central, póngame con el Cielo!» ¿Te acuerdas?

—No.

—Pues yo sí. Me acuerdo como si hubiese sido ayer. Todos los espectadores aplaudieron a rabiar.

La anciana no hizo el menor comentario y la señorita Mattie volvió a asomarse a la ventana.

—¡Ahí va el vigilante! —anunció.

Luego abandonó la butaca y salió de la habitación.

—¿Te vas a acostar? —le preguntó su madre.

—Naturalmente.

Pasó a su habitación y se sentó ante el tocador. Sobre el tablero del mueble había una revista de cine y la señorita Mattie se puso a hojearla distraídamente.

—¿Te estás desnudando, hija? —gritó la anciana.

—Sí, mamá.

—Pues date prisa y apaga la luz. Me está molestando.

—Lo siento, mamá.

La señorita Mattie apagó la luz, pero no hizo el menor movimiento para desvestirse, sino que permaneció inmóvil, escuchando atentamente la respiración de su madre.

Capítulo XXIX

Hawes había estado reflexionando profundamente mientras regresaba en el coche con Slim. Volvía a verse en las cercanías de la barraca de Stub, escuchando aquel ruido indefinible y disparando a ciegas su revólver. Había perdido la cabeza y se sentía preocupado. Ultimamente había comenzado a sentir remordimientos por los hombres que había matado, pero todavía le preocupaba más las muertes que pudiera verse obligado a llevar a cabo en el futuro. Nunca le había concedido gran importancia al hecho de matar a un semejante ni a la responsabilidad inherente a su cargo, hasta que hacía dos años fue a Hidalgo County, a visitar a un amigo que también era sheriff. Este se había dado a la bebida y su único tema de conversación era el número de colegas que se habían convertido en piltrafas humanas a causa de la tensión continua en que habían estado viviendo en el ejercicio de su cargo. Reveló a Hawes que pensaba presentar la dimisión en cuanto venciera el plazo fijado para su nombramiento y que su propia esposa estaba también deseando que dejara aquella vida.

Hawes nunca había podido olvidar aquellas palabras de su colega y fue precisamente entonces cuando comenzó a preguntarse qué podría hacer el día en que cesara como sheriff.

Ultimamente reflexionaba con frecuencia cómo sería su vida si volvía a cultivar la tierra como cuando era joven, y dudaba de que a sus cuarenta y seis años pudiera adaptarse a las duras faenas agrícolas.

—¡Jefe! —llamó Slim, sacándole de sus pensamientos.

—¿Qué hay?

—¿Volvemos a la comisaría?

—Naturalmente.

Alcanzaron la carretera.

—Ahora puede pisar a fondo el acelerador, Slim.

—De acuerdo, jefe.

No había hecho más que apretar el pedal cuando se oyó la voz de Red en la radio del coche, anunciando que la señora Reeves quería hablar cuanto antes con el sheriff.

—¿Qué diablos querrá esa mujer? —exclamó Slim.

—Cualquiera sabe —replicó Hawes.

—¿Vamos primero a la comisaría?

—No, no. Antes atenderemos esa llamada.

El sheriff temía ir a casa de los Reeves. En realidad sentía verdadero pánico por todo cuanto había de hacer y los deberes que había de cumplir en aquellos días. Se asombraba de que en sólo dos años hubiera caído en un estado de depresión tan profundo. Una vez más trató de bucear en el pasado, tratando de hallar el incidente que haría pasarle noches enteras en vela, pensando y cavilando. Y entonces comprendió que no se trataba de un incidente ni de diez ni de cien, sino de la acumulación de quince años de contemplar rostros fatigados y desesperados, de castigar a sabiendas de que no existía la menor probabilidad de reforma, de haberse constituido en un símbolo de terror y de odio para la mayoría de sus conciudadanos. Esto, sobre todo, le hacía aborrecer su puesto, ya que lo había aceptado con el decidido propósito de obrar lo mejor que pudiera y supiera. Necesitaba agradar y ser querido, y al principio las frases de gratitud de sus amigos le compensaron de los temores y del odio de los castigados. Pero a medida que fue pasando el tiempo, sus obras se convirtieron en cosa corriente, y sus amigos consideraron su bravura y eficiencia como algo consustancial con su cargo. No le quedó entonces más que el temor y el odio en su mente y en su conciencia. Por otra parte, en su afán de ser justo, había ofendido a muchos de los que le habían sido incondicionales en los primeros años, y le habían vuelto la espalda, tal como había hecho Edwin aquella misma noche.

Echó una ojeada a su reloj y comprobó que eran ya casi las once. Dentro de pocos segundos tendría que apearse del coche para hablar con la señora Reeves, cosa que le desagradaba enormemente. Lo que le habría gustado de verdad habría sido hundir las manos hasta el codo en la tierra húmeda, lejos de toda aquella gente y de sus problemas, trabajar en el campo con buen o mal tiempo, tostarse y congelar todos aquellos recuerdos de odios, temores y amarguras, extirpándolos poco a poco de su cerebro, de su corazón y de su alma. Le habría gustado volver a ser niño otra vez y seguir a su padre por las

largas hileras de algodoneros, conversar con los peones negros y sentirse amado y protegido.

Pero la realidad era muy otra. No tardaría en tener que apearse del coche y enfrentarse con la señora Reeves. Luego habría de permanecer toda la noche fuera de su casa, en la oscuridad, y fingir que no tenía miedo. Siempre le había desagradado la hipocresía y de buena gana se habría plantado en medio de la calle, parando coches y peatones para decirles dos cosas: que tenía miedo de matar y miedo de que lo mataran. Y una vez que lo hubiera confesado así, públicamente, entregarles el revólver y la placa, coger a su mujer y a su hijo y marcharse de allí para siempre.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que seguía empuñando el revólver descargado. Estaba recargándolo cuando Slim detuvo el coche frente a la mansión de los Reeves.

Capítulo XXX

Los esposos Reeves aguardaban erguidos, al otro lado del patio, cuando el coche de la policía se detuvo ante su puerta. Vieron a Hawes y a Slim bajar del coche y dirigirse hacia el lugar donde se hallaba Rip. Los tres hombres iniciaron un conciliábulo en voz baja.

El señor Reeves, perdiendo la paciencia, echó a andar hacia el grupo.

—Mi esposa desea hablarle a solas, sheriff —dijo.

—Está bien —contestó Hawes.

Y siguió al señor Reeves hasta el otro lado del patio. La señora Reeves saludó al sheriff con una inclinación de cabeza. Estaba luchando con todas sus fuerzas para no perder la calma.

—Quería decirle, señor Hawes, que lamento muchísimo haberme excitado hasta el punto de haberle dicho todas aquellas cosas. Siempre me ocurre lo mismo. No sé qué me pasa, aunque me doy cuenta de que no me beneficia en absoluto.

Hawes se sentía confuso por aquella inesperada presentación de excusas y empezó a palparse los bolsillos, hasta que logró encontrar un cigarrillo suelto, al que se apresuró a prender fuego. Con la cerilla todavía encendida entre los dedos, murmuró:

—No tiene por qué excusarse, señora.

La señora Reeves se enjugó la frente con su pañuelo y miró a su marido, quien le indicó por señas que continuara hablando.

—Sé que Bubber dijo, cuando usted lo detuvo, que volvería para matarle. Fue una estupidez hablar así.

Hawes miró sorprendido a su interlocutora ante semejante afirmación y se preguntó por qué lo habría hecho.

—Pero no debe usted tomarlo en serio, sheriff. Entonces estaba loco de ira y no sabía lo que decía.

—Mire, señora...

—No, por favor, no me interrumpa. Déjeme terminar. Yo soy la primera en admitir que mi hijo no es un santo. Ha cometido numerosos delitos, pero nunca ha matado a nadie.

Pero ahora temo que, si viene aquí y le acosan, la desesperación le obligue a apretar el gatillo. Y es eso lo que hay que evitar. Sus manos están todavía limpias de sangre; hay que procurar que se mantengan así.

—Permítame, señora...

—No quiero que le maten, sheriff —prosiguió la señora Reeves, sin mirar a Hawes ni a su marido, expresándose como si discutiera consigo misma y tratara de persuadirse—. No quiero que le maten. Nadie sabe lo que puede llegar a ser si continúa vivo. Siempre cabe la posibilidad de que siente la cabeza y se convierta en una persona honorable. No sería el primero y quiero que usted le ayude a que tenga esa oportunidad. Eso es todo lo que pido.

—Ya le he dicho y repetido, señora Reeves...

—Perdóneme que le interrumpa, sheriff, pero esto nada tiene que ver con el dinero.

El señor Reeves puso una mano sobre el hombro de su mujer y murmuró:

—Por favor. No sigas divagando y dile de una vez para qué le has hecho venir.

Ella apartó la mirada de su marido, clavó los ojos en el sheriff y luego bajó la cabeza.

—¿Prefieres que se lo diga yo? —sugirió el señor Reeves.

—Si no te importa...

La señora Reeves se alejó unos pasos de los dos hombres.

—Señor Hawes —balbució el señor Reeves—, Bubber ha vuelto.

El sheriff miró pensativamente a su interlocutor. Reflexionaba sobre lo que antes le había dicho la señora Reeves y trataba de comprender el motivo que se ocultaba tras sus palabras. Dirigió una mirada de soslayo a la señora Reeves y observó que retorcía nerviosamente el pañuelo que tenía en las manos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó finalmente el señor Hawes.

—El hecho es que lo sabemos.

—Pero, ¿quién se lo dijo?

—¿Qué más da?

—¿Sabe dónde está?

—Es posible.

—¿Por qué me lo han revelado? —inquirió Hawes, percatándose de que su interlocutor poseía una endiablada habilidad para regatear.

—Porque hemos pensado que podríamos ayudarle a volver a la penitenciaría, sin que molestara a nadie —respondió pausadamente el señor Reeves.

—¿De veras? ¿Cómo?

El señor Reeves miró a su esposa, quien vino hacia él y se colocó a su lado.

—Yendo a hablar con él —replicó ella.

El señor Reeves se apresuró a añadir:

—Habríamos ido ya, pero su agente no nos dejó.

—De acuerdo —decidió el sheriff—. Suban a mi coche y les llevaré a donde esté.

—De ninguna manera, sheriff —rehusó el señor Reeves—. No creo conveniente que asista usted a la entrevista. Será mejor que vuelva a la comisaría con sus hombres. Nosotros iremos a hablar con Bubber y trataremos de persuadirle para que nos acompañe y se entregue sin oponer resistencia. Ha vuelto pensando que su mujer, su madre o yo le ocultaríamos y le ayudaríamos a seguir huyendo, pero cuando sepa que ninguno estamos dispuestos a hacer tal cosa, no tendrá más remedio que entregarse pacíficamente.

Hawes había tirado su cigarrillo al suelo y lo estaba aplastando con el pie. Su rostro era totalmente inexpresivo. Se hurgó los bolsillos en busca de otro cigarrillo y, al no encontrar ninguno, hubo de recurrir al señor Reeves.

—¿Quiere invitarme a fumar, por favor?

—Con mucho gusto.

Hawes tomó un cigarrillo del paquete que se apresuró a ofrecerle su interlocutor y lo encendió. Sostuvo entonces la cerilla encendida con una mano, mientras sostenía el paquete con la otra para que el señor Reeves extrajera otro cigarrillo, al que también prendió fuego, apagando luego el fósforo de un soplo.

—Pienso decirle —confesó entonces el señor Reeves—, que si nos acompaña a la comisaría para entregarse a usted,

emplearemos el dinero que nos dan por la casa para depositar una fianza y conseguir su libertad provisional...

Hawes dio unos pasos, alejándose de los Reeves.

—¿Qué le ocurre, sheriff? —inquirió el señor Reeves, nervioso.

—Nada, pero necesito unos instantes para reflexionar.

—¿Nos permitirá intentarlo, señor Hawes? —suplicó la señora Reeves—. Le diré que no le queda otro remedio que entregarse y que, si se niega, iremos a decirle a usted dónde está escondido para que lo atrape.

—¿Cuánto tiempo creen necesario para convencerlo? —preguntó Hawes.

Los Reeves se consultaron con la mirada.

—Un par de horas será suficiente. —declaró ella.

—Déjenme que reflexione.

El señor Reeves asintió con un gesto y el sheriff se retiró a varios metros de distancia.

—Tengo miedo —declaró la señora Reeves a su marido.

—¿De qué? —preguntó él, con los ojos fijos en la lumbre de su cigarrillo.

—No lo sé. Jamás me había ocurrido nada igual. Tengo el presentimiento de que va a ocurrir algo horrible esta noche. No sé si nos habremos equivocado al obrar así, pero estoy convencida de que es lo único que podemos hacer.

—Desde luego.

—Le azoté cruelmente, cuando me lo exigieron —murmuró la señora Reeves, reflexionando en voz alta—. Procuré avergonzarlo, poniéndole mis propias ropas y escondiendo las suyas, para que no pudiera salir de casa. Nunca le di dinero, a menos que se lo hubiera ganado trabajando... ¿En qué me equivoqué?

—Lo ignoro. No te mortifiques. Lo que sucede y lo que pueda suceder no es culpa tuya.

—Tengo que averiguar en qué me equivoqué, y lo haré mientras me queden fuerzas. Entonces intentaré hacerle cambiar y lo salvaré, porque lo quiero. ¿Te enteras? Lo quiero, como todo el mundo ama a sus hijos. A pesar de todo lo malo que ha hecho y que pueda seguir haciendo, lo quiero...

Rompió a llorar desconsoladamente. Hawes se había acercado al matrimonio, mientras hablaba la señora Reeves y ni ella ni su esposo se habían dado cuenta de la presencia del sheriff, que apoyó suavemente una mano en el hombro del señor Reeves. Este se apresuró entonces a tranquilizar a su esposa.

—Cálmate, por favor. El señor Hawes está aquí.

La señora Reeves se secó las lágrimas con el pañuelo y miró expectante al sheriff.

—He decidido arriesgarme —declaró éste finalmente—. ¿Cuánto tiempo dijeron que necesitaban para persuadirlo?

—Un par de horas.

—Les concedo hora y media. Creo que tendrán bastante.

—De acuerdo —aceptó ella.

—Me llevaré a mis hombres a la comisaría y les esperaré allí.

—Está bien —respondió el señor Reeves.

—Jamás olvidaré esto, sheriff.

—¡Bah! No tiene importancia, señora. Lo importante es que logren su propósito y que el chico se entregue buenamente. Confío en que lo consigan. Díganle...

—¿Qué hemos de decirle? —inquirió el señor Reeves, al observar la vacilación del sheriff.

—Nada... Váyanse y dense prisa. Les espero en la comisaría a la una y media. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Hasta luego, señor Hawes.

El señor Reeves cogió del brazo a su esposa y abandonaron el patio, en dirección a su desvencijado automóvil. Hawes permaneció inmóvil, contemplándolos pensativamente, mientras los dos esposos subían al asiento delantero. Momentos después se perdían de vista en la lejanía.

Capítulo XXXI

La señora Henderson oyó dar las once en el reloj de la sala. Miró a su alrededor en la estancia a oscuras y se sintió súbitamente asustada. Desde que su marido la abandonara, hacía ya muchos años, jamás había experimentado tal sensación. Muchas veces se había sentido sola y afligida, pero jamás asustada.

En toda la casa reinaba el silencio. Sentada en el lecho, aguzando el oído, la señora Henderson se esforzaba en percibir cualquier sonido que rompiera la quietud y el silencio de su hogar, pero no logró oír más que su propia respiración. Sola y a oscuras, aquello tenía algo extraño y aciago. Trató de razonar consigo misma, de persuadirse de que aquel temor repentino carecía de sentido, pero el miedo, en lugar de disminuir, aumentó en intensidad. Tenía las manos húmedas y viscosas y le temblaba todo el cuerpo. No tardó en convencerse de que era capaz de percibir la presencia de alguien escondido en la casa. Se dijo que aquello sólo podía ser producto de su propia imaginación, mas no logró desembarazarse de tan desagradable sensación. Saltó de la cama y miró debajo de ésta, luego el interior del armario empotrado en la pared y finalmente permaneció inmóvil en el centro de la alcoba, esforzándose en detectar cualquier sonido que viniera del exterior. No pudo oír nada; sin embargo, estaba casi segura de que había alguien vigilándola, tal vez observando sus movimientos por el agujero de la cerradura. De buena gana habría salido huyendo de la casa, pero le dio miedo abrir la puerta. «Si pudiera rezar —pensó—, me desaparecería esta sensación de terror.»

La idea de rezar pareció calmarla y su respiración adquirió un ritmo casi normal. Luego comenzó a escuchar los sonidos habituales de la noche, el crujido de las planchas de madera y el casi imperceptible rumor de la carrera de un ratón por el ático.

Se asomó a la ventana y pudo comprobar que había luz en una casa situada tres puertas más abajo, lo que la indujo a pensar que la oirían en caso de verse obligada a pedir socorro. Esta seguridad la confortó, tranquilizándola aún más. Se aproximó sigilosamente a la puerta, la abrió y salió al amplio y oscuro pasillo. Miró a ambos lados, no vio nada y entonces subió a registrar las dos habitaciones del piso superior, que carecían de muebles. Hacía varios meses que no había estado allí, y los suelos aparecían llenos de polvo y de humedad.

Convencida de que sus temores habían sido infundados, bajó por la escalera hasta el vestíbulo. El viento había abierto la puerta de entrada; la cerró y pasó a la sala, de ésta al comedor y luego a la cocina, echando el cerrojo a la puerta vidriera que la comunicaba con el patio interior. «¿Por qué habré echado el cerrojo? —se preguntó—. La puerta de entrada no está cerrada con llave y puede entrar el que quiera.»

A pesar de estas reflexiones no descorrió el cerrojo. Volvió al comedor, atravesó la sala y subió nuevamente la escalera. El miedo la había abandonado definitivamente y una vez más se sentía segura y tranquila en su vieja casona. Entró en su dormitorio y se metió de nuevo en la cama, dando gracias a Dios por haberla desembarazado de su injustificado terror.

Una vez que los Reeves se hubieran alejado en su coche, Rip y Slim se aproximaron a su jefe.

—¿A dónde han ido? —preguntó Rip.

—Saben que Bubber ha vuelto y conocen el lugar en que se esconde. La señora Reeves me ha rogado que la permita hablar con su hijo para convencerle de que se entregue sin resistencia.

Hawes hizo una pausa, miró de frente a sus dos subordinados, y agregó:

—Les he dicho que los esperaré en la comisaría dentro de una hora.

—¡Por Dios, jefe! ¿Cómo es posible? —exclamó Rip.

—Tengo el presentimiento de que la señora Reeves sabrá persuadirlo.

—Yo también —asintió Slim.

Rip miró a los dos hombres como si acabaran de dar muestras de enajenación mental.

—¿Se da usted cuenta de lo que acaba de hacer, jefe? —masculló indignado.

Hawes, en lugar de responderle, se volvió a Slim.

—Deme un cigarrillo, si tiene.

—Desde luego, jefe.

Hawes cogió un cigarrillo del paquete que le ofreció Slim, lo encendió parsimoniosamente y echó a andar hacia su automóvil.

—¡Vamos! —ordenó a sus hombres.

—¿Cómo es posible que confíe en ellos? —chilló Rip.

—¡Cállese!

—Usted sabe que esa vieja bruja ha ayudado a su hijo a escapar de nosotros, siempre que ha podido, y volverá a hacerlo en cuanto tenga ocasión.

—Yo no lo creo así —afirmó Hawes sin alzar la voz.

—¿Qué quiere decir con eso de que no lo cree así? —preguntó Rip con malos modos.

—Simplemente que no opino como usted. Por eso les he concedido la oportunidad que me pedían.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Rip.

—¡Basta! ¡No quiero hablar ni una palabra más sobre este asunto! —le cortó Hawes.

Y siguió andando hacia el coche. Slim emprendió la marcha tras su jefe.

—Es usted un estúpido —declaró Rip, sin moverse—. Un pobre estúpido. Y no estoy dispuesto a participar en su plan.

Hawes volvió sobre sus pasos y se enfrentó a Rip.

—No me vuelva a hablar así. Le he dado una orden —masculló.

—Si lo deja escapar no conseguirá ni tres votos en las próximas elecciones. ¿O es que se propone que lo destituyan?

—Eso no es asunto suyo. Vuelva con nosotros a la comisaría, Rip. Todavía soy yo quien manda. Obedezca.

—Me niego a obedecerle.

—No seas bobo, Rip —terció Slim—. Ven con nosotros.

—De ninguna manera. Prefiero dimitir. Si quieren hacer el ridículo allá ustedes, pero yo no... Yo habría obligado a esa bruja a que me dijera donde está escondido Bubber y entonces habría ido a buscarlo soltándole los perros.

—No quiero repetir la orden que le di, Rip. ¿Obedece o no?

—No. Ya estoy harto de meter en la cárcel a negros y mexicanos. Si seguía con este empleo asqueroso y mal pagado era porque esperaba que algún día se presentara algo que valiera la pena. Y precisamente ahora que se nos ofrecía esa oportunidad, usted la desaprovecha estúpidamente, dejando que Bubber se nos escape. No estoy dispuesto a que todo el pueblo se ría de mí como se reirá de ustedes.

Hawes arrojó el cigarrillo al suelo.

—Basta ya, Rip —masculló—. Acepto su dimisión. Vaya a la comisaría y deje allí sus cosas.

—De acuerdo —contestó Rip.

—Le prohíbo que diga a nadie esta noche lo que acaba de saber —añadió Hawes, rechinando los dientes.

—Está bien. No diré nada esta noche, pero mañana... ¡Bah! mañana no será necesario, porque la vieja ayudará a su

hijo a escapar. ¿Cómo voy a permitir que la gente crea que yo también estaba en el ajo?

Rip se alejó rápidamente calle abajo sin mirar atrás.

Hawes y Slim quedaron silenciosos durante algunos breves instantes. Cuando Rip se hubo perdido de vista, Slim murmuró:

—Tenga mucho cuidado con ése, jefe. Quiere ocupar su puesto.

—Ya lo sé.

—Y cuenta con gran número de amigos que votarán por él en las próximas elecciones.

—También lo sé.

—¿De veras?

—Naturalmente. No soy sordo. ¿No le gustaría a usted ser sheriff, Slim?

—¿A mí? No, de ninguna manera.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es que yo no soy como Rip... Ni siquiera sabría desenvolverme allá dentro, mientras que a Rip le gusta mandar. Además, no le tiene miedo a nada. Yo tampoco me considero cobarde, pero me gusta pensar las cosas dos veces antes de tomar una decisión, mientras que Rip obra casi al mismo tiempo que piensa. Creo que son muchos los hombres que actúan así, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere?

A que obran sin reflexionar, porque no le tienen miedo a nada.

—Sí, supongo que sí.

—Yo he conocido a algunos que obraban de ese modo cuando eran niños, pero a medida que fueron creciendo y se dieron cuenta de lo que les podía ocurrir si persistían en su irreflexión, se abstuvieron de actuar al dictado del primer impulso. Rip no es de ésos; él no le tiene miedo a nada.

—Yo quisiera una cosa, Slim, sólo una.

—¿Cuál, jefe?

—Bueno, he dicho una sola cosa, pero en realidad son dos cosas.

—¿Cuáles?

Hawes no contestó a la pregunta y echó a andar hacia el coche.

Subieron al automóvil y emprendieron la marcha, con Slim al volante. Cuando doblaron la esquina para enfilar la calle que conducía a la comisaría, Slim aminoró la marcha y sacó la cabeza por la ventanilla para recorrer la calle con la mirada de punta a punta.

—¿Qué busca? —le preguntó Hawes.

—¿No es ésta la dirección que tomó Rip?

—Sí, en efecto.

—¿Dónde se habrá metido para desaparecer tan pronto?

—Cualquiera sabe —replicó Hawes.

—El desconfía de los Reeves y yo desconfío de él —confesó Slim—. Vamos a dar una vuelta a ver si averiguamos dónde se ha metido.

—Eso es algo que me trae sin cuidado, Slim. Volvamos a la oficina.

—Como usted mande, jefe.

Slim maniobró para tomar la dirección indicada y el automóvil reanudó la marcha.

Segunda parte

LA CAZA

Capítulo XXXIII

Edwin siempre había vivido temeroso de su padre y de su abuelo. Había empleado la mayor parte de su tiempo y energías en tratar de adivinar las reacciones de uno y otro por sus contadas iniciativas. En cierta ocasión había intentado explicar este temor a Elizabeth, pero su mujer había mostrado tan poco interés que prefirió no molestarse en contárselo. Ella aseguraba que jamás había tenido miedo de nada en la vida, cosa que él aceptó sin dudar. Pues él sí tenía miedo, se dijo. Lo había tenido durante toda su existencia; miedo a cometer un error en el Banco y a las escenas en público con Elizabeth. Y ahora tenía un nuevo motivo de preocupación: la horrible historia que le había relatado una mujer rencorosa y borracha, una historia que no sabía si creer o rechazar. Tampoco sabía a quien recurrir para verificarla.

Continuó dando vueltas con el coche alrededor de los dos bloques residenciales, sin rumbo fijo. Le habría gustado salir a campo abierto, hacia el Golfo, pero entonces hubiera tenido que viajar totalmente solo y temía también encontrarse a Bubber. El fugitivo podía estar escondido en cualquier punto del espeso bosque que rodeaba la ciudad, amparado en las tinieblas de la noche, y sentía verdadero horror ante la posibilidad de encontrárselo.

¡Qué estúpida era Minnie! ¿Habría creído realmente que le importaba un comino que Elizabeth se acostara con otro? Pues se equivocaba de medio a medio. Le habría gustado matar a Damon, pero no por eso, sino porque le odiaba, le odiaba por su autosuficiencia, por su fatuidad y jactancia.

Le volvió el dolor de cabeza. Rebuscó de nuevo en el compartimiento del coche y encontró otra aspirina. Se la echó a la boca y la desmenuzó con los dientes. Luego detuvo el automóvil y se dejó caer sobre el volante, llorando en silencio.

—Sí me importa —murmuró entre sollozos—. Ya lo creo que me importa. Y no permitiré que eso continúe. Mataré a Damon por acostarse con mi mujer.

Interrumpió bruscamente sus amargas reflexiones al oír una voz de hombre que le llamaba:

—¡Edwin! ¡Edwin!

Alzó la cabeza y reconoció a H. T. Mavis, que tenía la cara pegada al cristal de la ventanilla.

Edwin trató de contenerse, pero no le fue posible. Nuevamente comenzó a sollozar de un modo histérico, al mismo tiempo que murmuraba entre dientes:

—¡Maldito Damon! ¡Maldito Damon!

H. T. Mavis abrió la portezuela del coche y cogió suavemente a Edwin por un brazo.

—Más vale que te apees, muchacho... No debes conducir en ese estado.

Edwin no se movió y continuó llorando. Se hurgó los bolsillos buscando el pañuelo, lo encontró y, tras sonarse la nariz, se cubrió con él el rostro.

—Me hallaba en el porche tratando de tomar una decisión sobre cierto asunto —declaró Mavis—, cuando vi que tu coche se detenía aquí y permanecía parado sin que nadie se apeara. Supuse que ocurría algo extraño y vine a cerciorarme.

—Pronto estaré bien, amigo —aseguró Edwin.

—¿Qué te sucedió?

—Pues que bebí un poco más de la cuenta y como no estoy acostumbrado...

—A mí también me sienta como un veneno —confesó Mavis—. Y, como sabes, a mi hermano lo aniquiló... Un pobre chico que jamás habría hecho daño a una mosca. Sin embargo, le dio por la bebida y eso lo llevó a la tumba.

Edwin se enjugó los ojos y volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, desde luego —asintió Edwin.

Hizo una breve pausa y preguntó:

—¿Y tu mujer?

—Se ha acostado ya. ¿Por qué?

—¿Podría sentarme un rato en tu galería?

—¡Claro que sí!

Edwin salió del coche y acompañó a su amigo hasta el porche. Mavis se apresuró a sacar dos sillas y ambos se sentaron, quedando silenciosos durante largo rato.

—¿Ha estado Damon en tu casa? —preguntó de pronto Mavis.

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me telefoneó unos diez minutos antes de que tú llegaras, para comunicarme que Bubber Reeves está aquí, en Harrison. También me dijo que tanto tú como Hawes lo sabéis, pero que Hawes no pensaba mover un dedo para capturarlo porque es un cobarde. Añadió que le acompañaba Rip y que éste le había revelado que el sheriff ha permitido que la señora Reeves se reuniera con su hijo y que había retirado a sus hombres, concentrándolos en la comisaría, durante una hora. Damon cree que la señora Reeves empleará ese tiempo para huir con su hijo lo más lejos posible de aquí o, por lo menos, para ayudarle a que lo haga. Asegura que eso es precisamente lo que Hawes desea. Finalmente dijo que iba a reunir a sus amigos y a los de Hawes para que todos sepan cómo se comporta nuestro sheriff.

—¿Que le contestaste? —preguntó Edwin, observando que su interlocutor se interrumpía.

—Le dije que estaba borracho y que era incapaz de saber lo que estaba haciendo. Me colgó el teléfono, sin pronunciar una palabra más, y yo me senté aquí a reflexionar sobre la conveniencia de poner a Hawes en antecedentes de los propósitos de Damon. Fue entonces cuando vi detenerse tu coche... Tú sabes que yo le debo mucho a Hawes. ¡Se portó tan bien con mi hermano! Cuando el infeliz se emborrachaba, se ponía intratable y sólo Hawes era capaz entonces de...

—¿Me dirás la verdad, si te hago una pregunta? —inquirió Edwin bruscamente, interrumpiendo la explicación de su interlocutor.

—Lo procuraré por lo menos.

—¿Tú sabes si es verdad que Damon se entiende con mi mujer?

Mavis dirigió una mirada inexpresiva a su interlocutor.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo finalmente.

—Porque quiero saberlo.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Minnie me lo dijo hace un rato y aseguró que todo el

pueblo lo sabe excepto yo, como sucede casi siempre en estos casos.

Mavis siguió mirando a su amigo, sin que se alterara un solo músculo de su rostro.

—No lo sé y aunque lo supiera no te lo diría. Nunca me ha gustado inmiscuirme en las cosas de los demás.

Edwin sacó el pañuelo y volvió a enjugarse los ojos, guardándoselo en el bolsillo, bajo la atenta mirada de Mavis.

—Damon me ha dicho que en tu casa se han reunido varios hombres armados —murmuró, a fin de romper el agobiante silencio...

—Es cierto... Habrá una docena, aproximadamente.

—¿Están borrachos?

—Han estado bebiendo, pero ignoro si se habrán excedido.

—Tal vez lo mejor fuera tratar de persuadirlos para que vuelvan a sus casas. Yo mismo me encargaré de eso.

Mavis continuó reflexionando durante algunos instantes. Finalmente añadió:

—Después de hablar con ellos, seguramente iré a advertir a Hawes de lo que pasa. Creo que le conviene saber lo que se está fraguando a sus espaldas.

Miró a Edwin a los ojos, estudió su rostro durante unos segundos y le puso la mano en el brazo.

—¿Quieres acompañarme? —le invitó.

—No —fue la seca respuesta.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Lo ignoro.

—¿Te quedarás aquí hasta que yo vuelva?

—Bueno.

Mavis salió de la galería, descendió la escalinata, bajó por la acera que dividía la plazoleta, subió a su coche y se marchó. Edwin lo estuvo contemplando pensativamente hasta que desapareció.

Luego volvió a llorar desconsoladamente, pensando en lo que le había dicho Minnie. En su pecho hervían la rabia y el dolor. Abandonó la galería, con el decidido propósito de ir en busca de Damon y decirle que dejara de una vez en paz a su mujer, persuadido de que Minnie le había dicho la verdad.

Estaba a punto de llegar a la acera cuando vio detenerse casi frente a él el coche de Damon. Iba acompañado de Rip. Damon se apeó del coche, bajo la mirada vigilante de Edwin y echó a andar hacia él.

—¿Dónde diablos te habías metido, muchacho? —le preguntó—. ¿Acaso no sabes lo que ocurre? ¿Dónde está Mavis?

—Escúchame, Damon —dijo Edwin, rechinando los dientes.

—¿Dónde está Mavis? —repitió Damon, pasando ante él sin prestarle la menor atención, en dirección a la casa.

Edwin lo agarró por un brazo y masculló:

—Oyeme bien, Damon.

—¡Suéltame! —exclamó Damon—. ¿Qué diablos te pasa? ¿Te has vuelto loco?

Edwin le echó las manos al cuello y le dijo, jadeando:

—Te voy a matar, Damon... Te voy a matar...

—¡Estáte quieto, imbécil!

Damon se libró de su agresor de un empellón y echó a andar hacia su coche, pero todavía no lo había alcanzado cuando Edwin volvió a lanzarse sobre él, asiéndolo por el cuello y gritando:

—¡Te voy a matar, canalla!

Damon se apoyó en el coche para recuperar el equilibrio, luego se deshizo de Edwin con relativa facilidad y cuando éste intentó repetir el ataque le asestó un formidable puntapié en el estómago haciéndolo caer al suelo. Antes de que pudiera levantarse, prosiguió dándole puntapiés y puñetazos, sin que Rip se decidiera a intervenir. La pelea duró apenas cinco minutos. Edwin quedó tendido en la acera, inmóvil y con el rostro cubierto de sangre. Damon contempló al infeliz durante unos segundos; luego le asestó un último puntapié, subió al coche, junto a Rip, lo puso en marcha y se alejó.

Capítulo XXXIV

Stub acababa de dar fin a la botella de whisky que se había llevado al bosque. El alcohol lo había tranquilizado un tanto, pero no había podido dormir. Se había pasado todo el tiempo dando vueltas sobre la tierra húmeda y fría, sin conseguir pegar un ojo. Oyó el ronquido del motor de un aeroplano que volaba hacia el Golfo y miró al cielo a través de los árboles, tratando de distinguir sus luces de posición, pero no lo consiguió. Luego se incorporó y echó a andar en dirección a su cabaña.

Había recorrido ya casi medio kilómetro cuando se detuvo a contemplar su cabaña, solitaria y desolada. Se disponía a reanudar la marcha cuando, al fijar la vista en el suelo, descubrió el cadáver de su perro a un par de pasos. Se arrodilló entonces junto a él y lo cogió en brazos con una delicadeza infinita, volviéndolo a dejar en el suelo después de comprobar la causa de su muerte. Luego se preguntó mentalmente quién y por qué lo habría matado. Abandonó los matorrales, entró en la parte posterior de la cabaña, donde guardaba las herramientas, y salió provisto de una pala. Cavó una fosa para el pobre animal, lo enterró y, concluida su triste tarea, volvió a dejar la pala en el almacén.

Durante un buen rato permaneció inmóvil, pensativo, diciéndose que si tuviera gasolina en el coche o dinero para adquirirla se iría a Houston a emborracharse.

Finalmente se asomó a la ventana de la cabaña y vio a Anna dormida, con la cabeza apoyada en la mesa. Junto a ella había una botella de whisky vacía.

Decidió dar un largo paseo por el bosque, con la intención de cansarse lo bastante para dormir cuando regresara a la cabaña. Se detuvo un instante frente al lugar donde había enterrado al perro y se preguntó una vez más quién lo habría matado y si Anna lo sabría.

—Quienquiera que haya sido —masculló entre dientes—, me las pagará.

Se alejó de la tumba del perro y, lentamente, se adentró de nuevo en el bosque.

Capítulo XXXV

Las luces de las dos habitaciones del hotel que ocupaban la señorita Mattie y su madre estaban apagadas. La hija roncaba sonoramente en su butaca. Se había quedado dormida, esperando a que lo hiciera su madre. La despertaron sus propios ronquidos y abrió los ojos sobresaltada. Sigilosamente se acercó a la habitación de al lado y aplicó el oído a la puerta, escuchando con agrado la respiración regular y acompasada de su madre.

«¿Qué hora será ya?», se preguntó.

Pulsó el interruptor de la lámpara de su habitación y consultó el reloj que guardaba en el cajón del tocador. Eran exactamente las doce y media de la noche, demasiado tarde para ir a visitar a la señora Reeves, que ya estaría durmiendo. Volvió a guardar el reloj en el cajón, que cerró sin hacer el menor ruido. Luego se asomó a la ventana de su habitación, pero no transitaba un alma por la callejuela que había en la parte posterior del hotel, donde reinaba una oscuridad poco menos que impenetrable.

Pensó que debía desnudarse y meterse en la cama, pero no tenía sueño y sí deseos de fisgar, por lo que abrió cautelosamente la puerta de la habitación de su madre y se acercó, andando de puntillas, a la ventana. Allí tomó asiento en la butaca, fijó la vista en la plaza y comenzó a rememorar todos los cambios que se habían operado en la ciudad desde que ella era una niña.

No era la primera vez que en sus noches de insomnio se sentaba allí para recordar la plaza en sus diversas fases de crecimiento y desarrollo. Con suma facilidad se remontaba a la época anterior al incendio, cuando casi todos los edificios de Harrison estaban construidos de madera y uno de cada tres era una sala de juego o un «saloon». Ninguna mujer estaba segura en la calle, a menos que la acompañara un hombre. Era entonces una mocosuela, y la noche en que ardió la plaza se hallaba de visita en una ciudad situada a treinta millas de distancia de Harrison. Su madre la había despertado para que se asomara a la galería de su amiga y, a pesar de la distancia,

daba la impresión de que todo el firmamento estaba en llamas. Calladas, pasaron la mayor parte de aquella noche sentadas en el porche, contemplando el resplandor del incendio lejano. Dos días más tarde, cuando volvieron a casa, pudieron comprobar que más de la mitad de los almacenes habían ardido hasta los cimientos. Todavía se ignoraba la causa del incendio, aunque ya entonces circulaba el rumor de que habían sido las mujeres de los maridos que frecuentaban las salas de juego y las tabernas las que habían prendido fuego a dichos establecimientos.

Su padre había perdido mucho dinero en aquella ocasión, pues poseía un enorme almacén de lencería que había sido totalmente consumido por el fuego.

La señorita Mattie vio con los ojos de la imaginación a aquel grupo de esposas enfurecidas, deslizándose furtivamente para prender fuego a las tabernas y salas de juego, o pagándole a un negro para que éste lo hiciera.

—Así es como suelen hacerse las cosas aquí —se dijo—. En silencio, furtivamente, durante la noche... Es posible que ahora mismo esté ocurriendo algo que yo no puedo ni siquiera imaginar.

Apretó el rostro contra el vidrio de la ventana, tratando de escudriñar en las tinieblas nocturnas lo que estaba sucediendo en aquel mismo instante en los cerebros y en los corazones de los habitantes de la ciudad. Trató de recordar a toda la gente que había conocido, hombres y mujeres, y de imaginar lo que estaban haciendo en aquel momento.

Rememoró luego la noche en que su propia casa había ardido y su padre la había sacado en brazos, rodeado de llamas por todas partes. Recordó a su padre muerto, poco antes de que taparan definitivamente el féretro y lo cubrieran de tierra, y pensó entonces en la muerte y en lo que ocurriría el día en que su madre falleciera y ella quedara sola. Finalmente, el curso de sus recuerdos se orientó hacia el reloj que tan celosamente guardaba en el cajón de su tocador desde hacía muchos años y que sólo sacaba en noches como aquélla, cuando se hallaba completamente sola. Pensó con nostalgia en el muchacho que se lo había regalado hacía ya la friolera de treinta y cinco

años, preguntándose qué habría sido de él, con quién se habría casado y cómo serían sus hijos.

De nuevo volvió a sentir aquel rencor sordo contra su madre, a quien consideraba culpable de no haberse casado. Se acercó al lecho donde aquélla dormía y la apostrofó con el pensamiento: «Muérete, mamá... Muérete y déjame libre de una vez.»

Se asustó de semejante pensamiento y experimentó un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral, dejándola casi paralizada. Pensó entonces en que su madre, por intransigente que se mostrara con ella en muchas ocasiones, era lo único que le quedaba en el mundo. Entonces susurró:

—Por Dios, mamá... No te mueras, te lo suplico... No lo decía en serio.

Dio un respingo al mirar a su madre y recibir la impresión repentina de que había dejado de respirar. Le cogió entonces una mano y rompió a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá!

La anciana abrió los ojos y preguntó:

—¿Qué te ocurre, hija?

—¡No te mueras, mamá! ¡No me dejes! —clamó, asiendo la mano de su madre como una niña traviesa que solicitara perdón.

—¿Que no qué? —gritó la anciana con impaciencia.

—Que no te mueras, mamá... Que no me dejes sola.

—Pero, ¿qué dices? No tengo la menor intención de morirme.

—Me siento tan sola, mamá... No me dejes, por Dios —imploró la señorita Mattie.

—¿Qué estupidez es ésa? Anda, vuelve a la cama.

—Pero, mamá...

—Te he dicho que vuelvas a la cama.

—Está bien, mamá.

La señorita Mattie soltó la mano de su madre, cruzó la habitación y cerró la puerta, cuidando de no hacer ruido. Luego apagó la lámpara de lectura, sacó del armario su camisón de dormir y, pausadamente, comenzó a desnudarse. Luego se puso el camisón y se metió en la cama, cubriéndose la cabeza

con la sábana. «Así estaré el día que me muera —pensó—, callada e inmóvil.»

—¿Te has acostado ya, hija? —le preguntó su madre desde la habitación inmediata.

—Sí, mamá.

Cerró los ojos y entonces se acordó de la señora Reeves y de la casa en venta. Se destapó entonces la cabeza y comenzó a sollozar como una chiquilla.

Capítulo XXXVI

Cuando H. T. Mavis dejó a Edwin sentado en la galería frontal de su propio domicilio, condujo muy lentamente su coche hacia la casa de su amigo, mientras reflexionaba sobre lo que había de decir a los hombres allí reunidos. Finalmente estacionó el coche y echó a andar acera arriba.

Mavis había llevado siempre una vida muy simple. Se levantaba a las seis de la mañana, desayunaba, leía el periódico, se iba al campo en el coche a recorrer sus granjas y a las nueve ya estaba en su despacho de la ciudad. Allí trabajaba de firme hasta las seis de la tarde, tomándose únicamente media hora para el almuerzo. Luego, a menos que tuviera algún asunto especial como la entrevista con la señora Reeves, solía volver a casa. Cenaba en compañía de su esposa, se quedaba dormido invariablemente en la butaca donde se acomodaba después de cenar y su esposa lo despertaba a las ocho y media o a las nueve menos cuarto. A las nueve ya estaba normalmente metido en la cama y durmiendo.

La llamada telefónica de Damon le había sorprendido acostado, pero lo que le había dicho su comunicante sobre Hawes le había impresionado tanto que no había logrado conciliar el sueño. Se había levantado, y después de vestirse había salido a la galería a reflexionar sobre lo que convenía hacer. Fue entonces cuando vio detenerse el automóvil de Edwin, optó por averiguar lo que le ocurría y lo sorprendió llorando.

Mavis era quince años mayor que Hawes. Había conocido a éste y a su padre desde muy pequeño, pero nunca había intimado con Hawes hasta que fue nombrado sheriff y hubo de requerir sus servicios con harta frecuencia a causa de su hermano. Hawes lo convenció de que no le molestaba en absoluto que lo llamara a cualquier hora del día o de la noche, como si hubiese sido un médico, razón por la cual Mavis se sentía extraordinariamente reconocido, hasta el límite de su capacidad de gratitud.

Cierta noche había estado hablando con su esposa, poco antes de la muerte de su hermano, sobre lo que podría hacer por Hawes para demostrarle su afecto, habiendo decidido

finalmente, en contra de la opinión de su cónyuge, que un regalo habría sido insultante para el sheriff. Desde entonces, sin embargo, había asegurado a Hawes en numerosas ocasiones que le concedería de buen grado cualquier cosa que le pidiera.

Jamás había pasado por su mente la idea de que Hawes pudiera sentirse descontento con su cargo, y si éste se lo hubiera confesado habría procurado persuadirlo de que continuara al frente de la comisaría. Y es que Mavis se jactaba de ser un hombre práctico y, como tal, habría estimado estúpido, por parte de Hawes, dada su edad, dejar un puesto que le proporcionaba un ingreso fijo, por escaso que éste fuera, para meterse en asuntos problemáticos.

En realidad, a pesar de todo su dinero, que era mucho, Mavis vivía con bastante menos de lo que ganaba Hawes. Su mujer, desde que el único hijo de ambos había contraído matrimonio, marchándose fuera de la ciudad, cuidaba de la casa, cocinaba lo poco que comían y hasta lavaba y planchaba sus camisas. Se habría horripilado si se le hubiese ocurrido imaginar que el tipo de favor que Hawes podía pedirle era el préstamo de cierta cantidad de dinero o el usufructo de una parcela de tierra virgen, propiedad de Mavis, para establecerse en ella como ranchero o granjero. Estaba convencido de que él mismo era un hombre de medios limitados, constreñido a vigilar y a guardar hasta el último centavo y que había conseguido lo que poseía gracias a su extremada frugalidad (a pesar de que había heredado una gran cantidad de dinero de su padre y en la actualidad poseía casi la mitad de las casas de alquiler de la ciudad, así como veinticinco fincas rústicas con una extensión de casi veinte mil acres). Tal vez fuese porque adivinaba instintivamente que Hawes se proponía pedirle esta clase de favor por lo que en las dos semanas últimas había procurado, cuando el sheriff se hallaba junto a él, hablar lo menos posible.

Cuando Mavis llegó al hogar de los Stewart encontró a Leroy Smith hablando, en voz baja y muy seriamente, con Lem Breedlove y Archie Cloud, en la escalinata que conducía a la galería. Archie y Lem acababan de llegar en sus automóviles; ambos habían sido despertados de su sueño por las llamadas telefónicas de Damon.

—No logro comprenderte, Leroy —le estaba diciendo Archie—. Corres demasiado.

—¿En qué sentido corro demasiado? —preguntó Leroy.

—Comencemos por el principio, amigo. ¿Qué diablos haces aquí?

D. D. Winston salió en aquel momento de la casa y se acercó tambaleándose. Estaba completamente borracho.

—¡Vaya juerga, muchachos! —exclamó.

—Vuelve allá dentro —le dijo Leroy con sequedad—. Estamos hablando de cosas serias y tú has bebido demasiado para intervenir en la conversación.

Pero Winston no le hizo caso. Tomó asiento en uno de los escalones, apoyó la cabeza en el de arriba y se echó a dormir.

—¿Qué me estabas preguntando? —inquirió Leroy, dirigiéndose a Archie.

Frente a la casa se detuvieron otros dos automóviles, de los que se apearon Henry Parks y Sam Nonat, que echaron a andar hacia el grupo reunido en la galería. Ambos tenían el aspecto de haber sido sacados bruscamente de un profundo sueño.

—La pregunta que te hice —decía Archie en aquel momento— era simplemente... ¿qué diablos estáis haciendo todos aquí?

—Nos hemos reunido —contestó Leroy—, como amigos de los Stewart, para proteger a Edwin y a su esposa contra Bubber Reeves quien, como sabes, los amenazó cuando lo detuvieron la última vez. Edwin había solicitado un agente a Hawes pero éste se lo negó.

—¿Dónde está Damon? —inquirió Henry Parks—. Nos prometió que nos esperaría aquí.

—Salió en el coche con Rip —contestó Leroy—, pero no tardará en volver.

—De modo que lo que vosotros decís es que Hawes se ha dejado sobornar, aceptando dinero de la señora Reeves para asegurar la fuga de su hijo. ¿Es eso lo que crees, Leroy?

—No lo creo; lo sé positivamente —afirmó el aludido.

Todos los hombres se apiñaron alrededor de Leroy para escuchar mejor sus razonamientos.

Mavis paseó la mirada en torno y decidió aguardar un rato antes de expresar su opinión. Tres hombres más se unieron al grupo.

Leroy era un buen orador y le resultó sencillísimo colorear todo de manera que ofreciera un pésimo aspecto para el sheriff. Cuando hubo dado fin a su larga perorata, Mavis pudo comprobar que todos se hallaban desfavorablemente dispuestos contra Hawes. Sin embargo, Mavis se decidió a presentar batalla. Había allí tres hombres que le debían mucho dinero, por lo que, llegado el momento, bailarían sin rechistar al compás de lo que él tocara.

Llegaron otros dos hombres y Leroy volvió a repetir para ellos sus argumentos contra Hawes. Cuando la cosa ya parecía perdida para el sheriff, Mavis se aprestó a la lucha, colocándose junto a Leroy, al que interrumpió en su monólogo, para decir que él no estaba acostumbrado a intervenir en reuniones de aquella clase, pero que Hawes era su amigo y se consideraba obligado a defenderlo en su ausencia. Estuvo hablando durante cinco minutos, con bastante elocuencia, dando una larga relación de los servicios prestados por Hawes durante los siete años y medio que ocupaba el cargo de sheriff. Cuando terminó, los reunidos comenzaron a discutir el tema entre sí.

Mavis hizo seña a los tres hombres que le debían dinero para que se colocaran a su lado y los tres permanecieron mudos, escuchando los argumentos de los demás, en espera de la ocasión de poner en práctica su plan.

Capítulo XXXVII

Ruby había salido a la oficina para preguntar a Red si conocía el paradero de su marido. El agente le había comunicado la llamada de Rip, añadiendo que el sheriff debía estar ya en casa de los Reeves.

—¿Quiere tomar un poco de café, Red? —ofreció entonces Ruby.

Red contestó afirmativamente y Ruby volvió a la cocina para preparárselo.

Antes de entrar en la cocina puso la radio, escuchó unos instantes el boletín de noticias y, al darse cuenta de que había dejado el bolso en la mesita situada junto a la ventana, lo cogió, y extrajo de él la libreta de ahorro para comprobar el saldo de que disponían. Luego volvió a guardar la libreta en el bolso y empezó a contar con los dedos los días que faltaban hasta que cobrara su marido.

Se puso a pensar entonces en lo que necesitarían si salían de viaje con los Mavis, como habían proyectado. En aquel instante entró sigilosamente en la habitación su hijo y se detuvo junto a la puerta, mirando a su madre. Ruby no lo oyó entrar y el pequeño se frotó los ojos con los puños para ahuyentar el sueño. Sus pequeñas piernas estaban materialmente cubiertas de picaduras de mosquitos.

—Mamá —llamó finalmente, con la voz enronquecida por el sueño.

Ruby dio medio vuelta, sorprendida.

—¿Qué haces aquí, corazón?

—Acabo de despertarme.

—Te han estado molestando los mosquitos, ¿verdad?

—Un poco.

El niño comenzó a rascarse la pierna derecha.

—No hagas eso, corazón. Se te podrían infectar las picaduras. ¿Te duelen?

—Sí, mamá.

—Entonces ve al cuarto de baño y ponte un poco de pomada.

El niño se quedó mirando a su madre, mientras bostezaba

y se desperezaba. Tenía nueve años, grandes orejas, cráneo puntiagudo y resultaba pequeño para su edad.

—¿No has oído lo que te he dicho, cariño? —preguntó Ruby.

—Claro que sí, mamá. Iré en seguida. ¿Dónde está papá?

—Ha salido.

—Olvidó darme las buenas noches.

—Estarías durmiendo.

—¿A dónde ha ido?

—A hacer una visita. Volverá pronto.

—¿Cuándo?

—Pronto. Ven aquí.

El niño se acercó a su madre y se subió a sus rodillas. Ella lo abrazó tiernamente y ambos permanecieron silenciosos durante algunos minutos, escuchando la música de la radio. Ruby apartó con mano cariñosa el mechón de cabellos que caía sobre los ojos de su hijo y anunció:

—Mañana te llevaré a la barbería.

—El niño no hizo comentario alguno. Escuchaba arrobado la radio.

—Ese que canta es Red Nordell —dijo de pronto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ruby admirada.

—No es la primera vez que lo oigo.

Se interrumpió la música y el locutor anunció que el disco que acababan de escuchar era una grabación de Red Nordell.

—¿Lo ves? —exclamó el niño.

—Sí, hijo.

—¿Cuándo me compraréis un caballo mamá?

—Cuando papá reúna dinero suficiente.

—Papá me dijo que antes los comisarios y sus agentes hacían los servicios a caballo en lugar de un coche como ahora.

—Así era, en efecto.

—Pues me gustaría que continuaran igual. Papá me dijo que entonces había un enorme establo en el llano.

—No hables más, corazón. Cierra los ojos y procura dormir.

—Sí, mamá.

—¿Te duelen todavía las picaduras de los mosquitos?

—No... Ya no.

El niño cerró los ojos y Ruby se inclinó para darle un beso en la frente. El niño volvió a abrir los ojos y preguntó a su madre:

—¿Es verdad que nos iremos a vivir a una granja?

—¿Quién te ha dicho eso, mi vida?

—No me acuerdo, pero me gustaría mucho. Yo quiero ser vaquero.

—Está bien. Duérmete.

En la radio estaban dando canciones de cow-boys. El niño comenzó a mover las piernas, siguiendo con ellas el ritmo de la música.

—Estáte quieto, hijo —le dijo su madre—. Pareces hecho de rabos de lagartijas.

—Yo sé cantar eso.

—Sí, claro que sí, pero ahora lo que tienes que hacer es dormir.

El niño volvió a cerrar los ojos y su delgado cuerpecito fue relajándose poco a poco entre los brazos de Ruby. Cuando se dio cuenta de que se había dormido de nuevo, le acarició dulcemente la cabeza. Luego se levantó con infinitas precauciones y lo llevó hasta su dormitorio, andando de puntillas.

Cuando hubo acostado al niño, regresó al living, abrió el bolso y extrajo de él la libreta de ahorro. Había un saldo de seiscientos treinta y cinco dólares. Quince años de matrimonio y de trabajo incesante, escatimando en todo para ahorrar, sólo les había permitido reunir una cantidad irrisoria.

Ruby se puso a pensar en los conciudadanos de la misma edad que su marido y trató de adivinar los saldos de sus cuentas de ahorro o bancarias. Reflexionó sobre los diversos modos con que aquéllos habían hecho dinero: plantaciones de algodón, arrozales, lavanderías, prospecciones petrolíferas, ganado, lencerías... Recordó que, aunque algunos de ellos habían conseguido enriquecerse, eran centenares los que se habían arruinado con idénticos negocios.

Frecuentemente había hablado de estas cosas con su marido, exponiéndole que lo que ellos poseían lo habían ido acu-

mulando poco a poco y con mucho esfuerzo, pero de una manera regular.

El reloj del Palacio de Justicia desgranó lentamente doce campanadas. Ruby cerró la libreta, diciéndose que tal vez fuese mejor para todos abandonar de una vez la comisaría, sin importarle el lugar adonde se dirigieran ni lo que hubieran de hacer en el futuro.

Llamaron a la puerta y Ruby se apresuró a abrir. Era Red, que le preguntó si había olvidado ya su ofrecimiento de una taza de café.

Capítulo XXXVIII

El plan de Mavis consistía en ir a la comisaría en unión de Lem Breedlove y de Archie Cloud para hablar personalmente con Hawes y conocer su versión de lo ocurrido. Tras discutir durante media hora, sus amigos habían aceptado su proyecto y ahora se dirigían los tres a la comisaría. Los demás, habían aceptado la idea de esperar frente a la casa de los Stewart hasta recibir sus noticias. Archie Cloud llevaba el volante.

Mavis confiaba en que Hawes tendría buenas razones para obrar como lo hacía, y estaba seguro de que sabría apreciar su propia conducta.

Lem rogó a Mavis que le alargara el encendedor del coche. Este accedió a la petición y contempló el rostro de su amigo a la luz mortecina del encendedor. Bubber le había robado un coche a Lem en cierta ocasión y Mavis sabía que éste no tragaba a ninguno de los componentes de la familia Reeves, por lo que Hawes habría prestado un gran servicio a la ciudad haciendo que todos ellos se marcharan a otro lugar.

Lem y Archie habían accedido a quedarse en la antesala del despacho de la comisaría mientras Mavis hablaba con Hawes en sus habitaciones particulares y le explicaba el motivo de su visita. La idea de Mavis era que el sheriff expusiera a los tres la verdadera razón de su extraña conducta, para trasladarla a los que habían quedado esperando en casa de los Stewart.

Cuando el coche se detuvo frente a la comisaría, Mavis fue el primero en apearse, seguido de sus dos amigos. Red fue la primera persona que encontraron.

—Es muy importante que vea inmediatamente a su jefe —anunció Mavis.

—No está aquí ahora, pero no tardará en llegar.

En aquel instante salió Ruby de sus habitaciones particulares, portadora de una humeante taza de café para Red, y saludó efusivamente a los recién llegados.

—Hemos venido a hablar con su esposo —dijo Mavis.

—Si me quieren dejar el recado…

—No. Se trata de una cosa oficial.

—En tal caso será mejor que lo esperen en casa. Pasen.

—Pasaré yo —dijo Mavis—. Lem y Archie aguardarán aquí.

—¿Les sirvo una taza de café?

Archie y Lem rehusaron el ofrecimiento, pero Mavis se apresuró a aceptar.

Capítulo XXXIX

Bubber Reeves dirigió la mirada al firmamento. Había reaparecido la luna, inundándolo todo con su pálida luz plateada.

Un perro aulló en la lejanía y Bubber se estremeció, recordando que cuando era niño se asustaba al despertar en la noche y oír el aullido de un perro, pues le habían dicho que era un fúnebre presagio, el anuncio de que alguien había muerto o estaba a punto de morir.

Se acordó, por asociación de ideas, del día en que falleció su hermana. El tenía entonces ocho años; ella cinco. La profesora de la escuela aseguró a Bubber que la muerte de su hermana era un castigo del cielo, por ser él tan perverso.

Toda su vida se le había reprochado su maldad. Sus maestros decían que había nacido malo y que no había modo de enderezarlo. El había tratado desesperadamente de modificar su carácter, absteniéndose de hacer novillos, de robar, de pelearse, de prender fuego a graneros, casas y coches, de emborracharse, de pagar con cheques falsos y de avergonzar a sus padres con la memoria de su difunta hermana, fallecida a los cinco años a causa de su perversidad.

Volvió a aullar el perro y Bubber sintió una sacudida eléctrica. Acababa de recordar quién era el muerto responsable de aquellos aullidos. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Hundió la cabeza en la tierra arenosa.

—¡Mamá, por favor, ven y ayúdame! —balbució entre sollozos.

Recordó a sus compañeros de prisión. Las luces estaban apagadas. En aquellos momentos la noticia de su fuga se habría transmitido de unos a otros penados en ahogados susurros. Vino a su memoria el rostro de Tommy. Este le había aconsejado que no tratara de fugarse; él mismo lo había intentado, siendo capturado nueve días más tarde en un cañaveral de Louisiana, con ayuda de sabuesos que lo habrían destrozado a mordiscos, de no haber llegado a tiempo los guardianes de la prisión, que lo molieron a golpes y lo condujeron de nuevo a la penitenciaría, cargado de cadenas. Pero él,

Bubber, había sido más listo. El había conseguido despistar a sus perseguidores y continuaba disfrutando de libertad.

—¡Oh, mamá! ¡Ayúdame, por Dios! —volvió a murmurar.

Al quedarse inmóvil y callado, llegó a sus oídos la música de un tocadiscos, situado tal vez en las afueras de Harrison, y recordó las cinco cervecerías alineadas en la misma calle polvorienta que corría paralela a las vías del ferrocarril. Negros y negras estarían ahora allí, bebiendo y divirtiéndose, y una vez más deseó con toda su alma haber nacido negro. De haberlo sido, se decía, no le habrían acosado, encarcelado, golpeado y atormentado, como lo habían hecho por ser un blanco malvado. Hawes no encarcelaba a los negros por emborracharse, reñir esgrimiendo cuchillos o robar. Hawes había permitido que otros hombres blancos restituyeran el dinero que habían robado, haciéndose responsable de su conducta futura y manteniéndolos en libertad. Hawes no era más que un cochino protector de negros, un canalla, un hijo de...

Se sentía demasiado cansado para seguir pensando. Permaneció inmóvil, tendido entre la hierba y la arena, logrando a duras penas mantenerse despierto, hasta que oyó pronunciar su nombre en voz muy baja. La primera vez creyó que era una ilusión de sus sentidos, pero luego se repitió la llamada y Bubber, alzando la cabeza, pudo ver a su madre a la orilla del río, junto a uno de los pilares del viejo puente.

Trató de llamarla, pero la voz se le ahogó en la garganta. Entonces comenzó a arrastrarse, como una serpiente, hasta alcanzar los matorrales, dondo logró ponerse en pie. Siguió avanzando hacia ella, tambaleándose como un borracho.

Recordó en aquel momento que su madre había cumplido años hacía tres días y se preguntó si estaría muy vieja. El mismo iba a hacer los treinta y dos dentro de seis semanas.

Al fin se reunieron madre e hijo y quedaron mirándose en silencio. Bubber se dio cuenta entonces de que su madre estaba llorando.

—Por favor, mamá —balbució—, no llores.

Ella secó las lágrimas con el pañuelo y preguntó:

—¿Cómo estás, Bubber?

—Muy bien, mamá. Algo cansado, porque he estado corriendo casi todo el día. Lo que tengo es hambre. ¿Me has traído algo de comer?

—No he podido, Bubber. Me faltó tiempo.

—Pues no he probado bocado desde las primeras horas de la mañana y aun entonces estaba tan nervioso que tampoco pude comer gran cosa.

Ella lo asió por un brazo, como si temiera que Bubber echara a correr y la dejara sola.

—¿Por qué lo has hecho, hijo? ¿Por qué te has fugado? —le preguntó.

—Tenía que hacerlo. No podía aguantar más —contestó Bubber—. No debiste decirme que te proponías gestionar mi libertad, si no era verdad. He pasado todo un año esperando a que me soltaran.

—Me disponía a hacerlo, hijo. Tú sabes perfectamente que no tenemos nada más que la casa y no me atrevía a pedir a tu padre que me dejara venderla. Por eso te escribí, aconsejándote que tuvieras paciencia, hasta que llegara la ocasión.

—Pues yo no pude aguardar más, mamá... Es la peor penitenciaría de todo el Estado. Allí no se come más que porquería y teníamos que trabajar como negros. Afortunadamente me nombraron capataz de un grupo de forzados y aproveché la primera oportunidad que se me presentó.

Ella retiró la mano con la que asía el brazo. Tenía la boca firme; sólo los dedos que retorcían el pañuelo traicionaban su ansiedad y nerviosismo.

—No debiste hacerlo, Bubber —repitió.

El, perdida la calma, replicó irritado y alzando la voz:

—No me digas lo que tenía que haber hecho... Tú no has estado nunca allí.

Trató de dominar la cólera que le invadía y agregó, con los ojos clavados en el suelo y la misma actitud sumisa que solía adoptar cuando era niño:

—No quiero volver allá, mamá. Deseo salir del Estado y sé que lo conseguiré con tu ayuda.

Continuó con la cabeza baja, aguardando la respuesta de su madre. Ella acogió la petición serenamente; tan sólo los dedos que retorcían el pañuelo traicionaban su emoción.

—Te equivocas, Bubber. Esta vez no te ayudaré —contestó.

Bubber recibió la inesperada negativa con los ojos clavados en el suelo, humillada la cabeza, adusto el ceño, exhausto.

—Te repito que estoy harto, mamá —balbució—. Mírame. Si vuelvo allí me matarán. Quiero decir que no podría resistir el trabajo sin descanso, bajo un sol de fuego, durante nueve o diez horas. Déjame el coche y podré huir hasta Mississipi o Louisiana.

La señora Reeves, todavía tranquila, logró con enorme esfuerzo articular las palabras y musitar:

—Insisto en que esta vez no, Bubber.

El alzó entonces la cabeza, la miró a los ojos y le dijo con voz apasionada:

—Entonces, mamá, mátame tú misma... Coge un revólver o una escopeta y vuélame la tapa de los sesos. Te aseguro que es como si estuviera muerto ya. No me quedan fuerzas para seguir viviendo. Han quebrantado toda la maldad que pudiera haber quedado en mí; te lo aseguro. Lo único a que aspiro es a huir de aquí, cuanto más lejos mejor...

—Y yo quiero que te entregues, Bubber.

—No, no lo haré, mamá.

—Escúchame, aunque sea la última vez, hijo mío. Lo tengo arreglado todo para vender la casa mañana mismo. Me darán cinco mil dólares por ella y los depositaré acto seguido como fianza para que te dejen en libertad provisional. Luego puedes irte a descansar lejos de aquí y espero que lo ocurrido te sirva de lección y te conviertas de una vez para siempre en un hombre de provecho.

—No es posible, mamá.

Ella le miró, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír y exclamó:

—¡Lárgate de aquí, entonces! ¡Aléjate de mi vista! Ahora mismo iré a buscar al sheriff y le revelaré donde estás. Hemos hecho un convenio pero tú no puedes apreciar la magnanimidad de ese hombre, porque eres un canalla. Le diré que suelte los perros, para que te cacen como la fiera salvaje que eres. Prefiero verte colgado en la plaza del Palacio de Justicia a

que permanezcas escondido durante el resto de tu vida como una alimaña...

Bubber, tratando desesperadamente de conservar la calma, interrumpió a su madre:

—Por favor. Estoy intentando decirte...

—No quiero escucharte.

—Tienes que hacerlo, mamá. Si me atrapan esta vez iré a la silla eléctrica. De nada valdrían esos cinco mil dólares.

—No seas estúpido, hijo.

—Te repito que no es el regreso a la penitenciaría lo que me asusta. Es que me condenarían a muerte.

Ella comenzó a retroceder hacia el río, como si no quisiera comprender, como si temiera estar adivinando ya lo que su hijo se disponía a revelarle. Su calma había desaparecido totalmente. Su rostro se contraía de modo espasmódico.

Bubber añadió, casi escupiendo las palabras:

—Tuve que matar a un hombre para llegar hasta aquí, mamá.

Hizo una pausa y repitió:

—Tuve que matar a un hombre.

La mujer comprendió al fin y quedó anonadada, llorando de un modo casi infantil y murmurando entre dientes:

—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡Pobre hijo mío!

Bubber, sin atreverse a mirarla, continuó diciendo:

—Tuve que hacerlo para venir a verte.

La señora Reeves exclamó entre sollozos:

—Soy demasiado vieja para resistir esto... ¡Ojalá te hubieras muerto!

—Mamá, te lo suplico —dijo Bubber, cogiendo una mano a su madre, visiblemente cohibido—. Tienes que ayudarme. Tú eres la única persona en quien confío. Te juro que ni siquiera sé por qué lo hice. Estaba cansado y terriblemente asustado. Llevaba varias horas corriendo y vi acercarse un automóvil por la carretera. Hice señas a su conductor y detuvo el coche, permitiéndome sentarme a su lado. Le rogué que me cediera el automóvil para seguir huyendo y él se negó. Empezamos a discutir, reñimos y, en el calor de la disputa, cogí una llave inglesa y le di un golpe en la cabeza

con todas mis fuerzas. No tenía intención de matarlo, mamá... Te lo aseguro.

Quedaron silenciosos durante algunos segundos. Parecían exhaustos, totalmente agotados y no se atrevían a mirarse.

Bubber, con los ojos clavados en la arena, murmuró:

—De veras que no quería matarlo. Todo cuanto he hecho hasta ahora lo hice a sabiendas, sin ignorar que quebrantaba la ley, pero esta vez no. Lo llevé a la cuneta, le despojé de sus ropas y me las puse. Luego subí al coche y me vine hasta aquí. No tardarán mucho en encontrar el cadáver y el coche, que tuve que abandonar...

Los sollozos no le dejaron continuar. Su madre seguía frente a él, observándolo fijamente, con el rostro relajado y tranquilo.

Los dedos con que sostenía el pañuelo habían cesado de temblar.

—Lo siento por ti, Bubber —dijo finalmente—. No me queda otra alternativa que avisar al sheriff. De ésta no podrás escapar, hijo mío. Más vale que te entregues.

—No puedo, mamá.

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—No dejaré que me juzguen aquí. Todos me conocen y me odian. ¿Qué justicia cabe esperar de ellos, sabiendo que soy un asesino? ¿Sabes lo que me esperaría? Me parece estar ya oyendo sus cuchicheos en la sala del tribunal. Sus miradas, sus puyas, sus sonrisitas me sacarían de quicio. Probablemente saltaría del banquillo y los mataría a todos. No, mamá. No me entregaré. No quiero ir a la silla eléctrica.

—Estoy segura de que no ocurrirá tal cosa. Si te entregas voluntariamente no te matarán. Hablaré con Hawes para impedirlo. Yo sabré enfrentarme con toda esa gente y me tendrás a tu lado en todo momento. Te defenderá el mejor abogado que pueda encontrar.

—¿Es que no comprendes lo que disfrutaría ese condenado sheriff, si le diera ocasión de retorcerme el pescuezo? Tú no lo conoces bien, mamá. No me entregaré a él.

—Tienes que hacerlo, hijo. Voy a avisarle.

Bubber soltó bruscamente la mano de su madre y comenzó a retroceder hacia el malecón, al mismo tiempo que gritaba lleno de ira:

—Está bien... Haz lo que quieras... Te odio y te maldeciré hasta el último día de mi existencia. Me abandonas a mi suerte, pero lograré escapar. Ya lo verás, Anna me ayudará.

—No lo hará, Bubber. Perderás el tiempo estúpidamente. Quédate aquí. Te lo ruego.

El continuó andando de espaldas en dirección al terraplén, gritando:

—¡Claro que me ayudará! Ya lo verás.

La señora Reeves echó a correr por la arena. No estaba habituada a andar mucho y menos a correr por aquella clase de terrenos y sufrió dos caídas casi consecutivas. Cuando se incorporó por segunda vez, Bubber ya había llegado al malecón.

—¡Espera, hijo! —chilló suplicante.

Bubber se detuvo de repente y la miró, con las pupilas relucientes de esperanza.

—A ella le tiene sin cuidado que tú vivas o mueras —siguió diciendo la señora Reeves—. Se lió con ese cerdo de Stub McDermont a los pocos días de tu prisión y vive con él...

—¡Mientes!

—Te estoy diciendo la verdad, Bubber. Vuelve aquí.

Bubber continuó observándola mientras ella avanzaba fatigosamente por la arena. Cuando su madre alcanzó el malecón, él echó a correr por el camino de guijarros que conducía a la ciudad.

Ella comenzó a gritar entonces:

—¡No vayas por ahí, hijo mío! ¡Te atraparán!

Sin hacerle caso, Bubber prosiguió su carrera. Llegó al camino que bordeaba la vieja escuela y la plantación de algodón y se desvió por él.

Hacía apenas una hora se consideraba incapaz de realizar el menor movimiento; sin embargo, ahora corría como si tuviera alas en los pies. Se detuvo un momento al llegar a la plantación y se sintió tentado por un instante a buscar cobijo entre las balas de algodón, pero entonces recordó que allí

montaba guardia permanente un vigilante nocturno y siguió corriendo, con los ojos cerrados, escuchando el choque rítmico de las suelas de sus zapatos contra los adoquines del pavimento.

Cuando volvió a abrir los ojos advirtió que acababa de abandonar la carretera de Houston junto a un lugar donde se almacenaban coches usados. Llegó hasta la hierba y se dejó caer tras un seto, respirando afanosamente. Le pareció oír a lo lejos voces de hombres y se incorporó rápidamente, reanudando la carrera. Ahora corría por las calles, entre edificios de excelente construcción, procurando pisar sobre el césped para amortiguar el sonido de sus pasos.

Vio un coche que bajaba por la calle y se ocultó tras otro seto, pero sin detenerse, en cuclillas y jadeando. Pasó el coche con desesperante lentitud y cuando Bubber se irguió se dio cuenta de que no podía seguir corriendo. Entonces se dejó caer pesadamente de bruces sobre el césped y hundió el rostro en la hierba cubierta de rocío. Al cabo de un rato alzó la cabeza y contempló el edificio, al otro lado de la calle, en cuyo patio frontal crecían varios cinamomos. Sólo entonces comprendió donde estaba. Se hallaba en el patio de la señora Henderson, en la misma calle donde él había vivido siempre; la casa de sus padres se encontraba apenas a una manzana de distancia.

Se arrastró como un reptil sobre la hierba fría, empapada de rocío, a lo largo del seto y entre un grupo de higueras, hasta el patio trasero, donde estaba la escalera semiderruida que conducía a la galería posterior de la casa.

Trató de abrir la puerta vidriera, pero comprobó que estaba cerrada por dentro. La forzó con el cuchillo que le había dado Fat Boy y, tras atravesar la galería, penetró cautelosamente en la cocina.

Lo primero que atrajo su atención fue la nevera; la abrió silenciosamente y descubrió una jarra de mantequilla y un trozo de pan de maíz. Inmediatamente cogió el pan y lo mordió vorazmente. Se disponía a coger la jarra de mantequilla, cuando oyó los pasos de la señora Henderson que bajaba la escalera.

Quedó inmóvil, con la jarra en la mano, mientras ella exclamaba:

—¡Al fin has vuelto, cariño! ¡Al fin has vuelto!

La señora Henderson llegó a la cocina y Bubber soltó la jarra, que cayó al suelo, y le tapó la boca con una mano, atrayéndola hacia sí con la otra.

Vio reflejarse el terror en los ojos cansados y tristes de la anciana, mientras la aferraba entre sus brazos.

—¿Me promete no gritar si la suelto? —preguntó entre dientes.

Ella movió la cabeza de arriba abajo, indicando su asentimiento y Bubber la soltó. A pesar de la oscuridad, ella lo reconoció.

—¡Bubber Reeves! —exclamó con su voz cascada.

—Eso es, señora Henderson.

—¡Válgame Dios! Te confundí con mi marido. Pensé que, al fin, se había decidido a volver a casa. ¿Qué haces aquí, hijo mío?

—Tengo hambre.

—La policía te busca. ¿Qué has hecho esta vez para amargar la vida de tu pobre madre?

—Tengo hambre —repitió Bubber.

—Pues no dispongo de gran cosa... Ese pan de maíz, la jarra de mantequilla que has roto y un plato de fríjoles.

La señora Henderson abrió la nevera y extrajo de ella el plato de fríjoles, que se hallaban congelados en grasa de tocino. Bubber se aprestó a devorarlos con hambre canina, mientras su anfitriona le decía con maternal acento:

—Más vale que te entregues, hijo mío, para cumplir la penitencia a la que te has hecho acreedor por tus muchos pecados. Yo rezaré por ti.

—De ninguna manera, señora Henderson —replicó Bubber, atenazándola bruscamente por las muñecas.

Luego añadió:

—No se asuste. La voy a atar, pero únicamente para que no me denuncie. No quiero hacerle daño.

Bubber la soltó un instante para buscar una servilleta en el cajón de la mesa y la señora Henderson trató de escapar,

chillando desesperadamente. Bubber le dio un golpe en el rostro, con la mano abierta, y la anciana cayó al suelo y se quedó inmóvil. El fugitivo la contempló un instante, luego salió de la casa por el patio posterior, saltó al adyacente, corrió con la cabeza baja hasta que llegó a un seto y allí, al erguirse, vio un coche estacionado en la calle.

Reptando sobre los codos y rodillas a lo largo del seto alcanzó finalmente el automóvil, miró a uno y otro lado de la calle, se cercioró de que no venía nadie y entonces abrió rápidamente la portezuela del vehículo.

Edwin Stewart estaba tendido en el asiento delantero, con el rostro ensangrentado. Bubber sacó el cuchillo y apoyó la punta en la garganta del herido, que estaba inconsciente, sacudiéndolo nervioso con la mano izquierda. Cuando se convenció de que no podía hacerle reaccionar, lo sacó del coche y lo dejó sobre la hierba. Edwin abrió entonces los ojos y Bubber se inclinó sobre él, apoyándole nuevamente la punta del cuchillo en el cuello.

—Me voy a llevar su coche —susurró—. Quédese aquí, sin moverse, hasta que yo me haya marchado.

—No me mates —suplicó Edwin aterrado—. Te daré lo que me pidas, pero no me mates.

Bubber se guardó el cuchillo, subió al coche y lo puso en marcha. Se dirigió en línea recta hacia las afueras, con las luces apagadas, a fin de que Edwin no pudiera indicar a sus perseguidores la dirección que había tomado. Cruzó el paso a nivel del ferrocarril de Santa Fe, dejó atrás la escuela nueva y el parque de atracciones, y prosiguió avanzando a gran velocidad sin encender los faros. Le fue imposible descubrir la vaca que le cerraba el paso hasta que vio que estaba a punto de atropellarla. Frenó entonces tan bruscamente, en su afán de evitar la colisión con el estúpido animal, que el coche dio tres vueltas de campana al caer por el terraplén que bordeaba la carretera. Bubber, totalmente ileso, cortó el contacto, saltó del coche y echó a correr de nuevo, esta vez a campo traviesa, hasta que llegó a los matorrales que bordeaban la choza de Stub.

Se detuvo entonces y giró en redondo para dirigir una mirada a la ciudad. Sólo distinguió unas cuantas luces en la lejanía. Finalmente echó a andar hacia la cabaña: «Que vengan a buscarme aquí. No correré más.»

A través de la ventana vio a Anna dormida, con la cabeza apoyada en la mesa. Franqueó la puerta, se acercó sigilosamente a su mujer, le tapó la boca con una mano y la sacudió enérgicamente. Ella abrió entonces los ojos y le miró. No ofreció resistencia alguna; se limitó a contemplar el rostro demacrado del fugitivo, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Me prometes no gritar si te quito la mano de la boca? —masculló Bubber.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Bubber retiró la mano.

—¿Has venido a matarme? —susurró Anna.

—¿Dónde está Stub? —preguntó Bubber.

Un negro surgió inopinadamente de entre los matorrales y se acercó a la cabaña, llamando a la puerta con los nudillos.

Bubber dio un brinco y se apostó en un rincón de la habitación.

—Haz que se marche inmediatamente, si no quieres que te cosa a puñaladas —dijo a su mujer.

—¿Quién es? —preguntó Anna en voz alta.

—Quisiera hablar con el señor Stub —contestó el negro.

—No está aquí.

Hubo una larga pausa. Sin duda el visitante reflexionaba sobre lo que debía hacer.

—¡Mándalo a freír espárragos! —ordenó Bubber.

—¿Qué es lo que desea? —inquirió Anna.

—Soy Nash, señora, uno de sus clientes.

—Pues lo siento. No puedo atenderle. Vuelva cuando él esté aquí.

—Está bien, señora. ¿Sabe usted cuándo volverá?

—Lo más pronto, mañana por la mañana.

—Hasta mañana, pues. Buenas noches.

—Buenas noches.

El negro dio media vuelta y echó a andar hacia el calvero. Bubber se asomó a la ventana y lo vio adentrarse en el bosque. Entonces se volvió, cogiendo a Anna por un brazo.

—¿Dónde está Stub? —mascullo.

—No lo sé. Estuvo aquí no hace mucho, pero se marchó sin decirme una palabra.

—¿Volverá esta noche?

—Supongo que sí, pero no puedo asegurarlo. ¿Has venido a matarme?

—Tú y Stub me ayudaréis a huir. Si no lo hacéis te mataré. Permaneceré escondido aquí hasta que él vuelva. Luego tendrá que proporcionarme un coche.

—Está bien, Bubber.

—¿En dónde me puedo esconder?

—En ese armario del fondo —dijo ella, señalando hacia las cortinas de percal.

—Ten en cuenta que no te perderé de vista ni un solo momento.

—Puedes estar tranquilo.

Bubber separó las cortinas y se metió en el armario, acurrucándose en su interior. Le habría gustado descabezar un sueño, pero no se atrevía. Sentado sobre las piernas, continuó vigilando los movimientos de su mujer por la abertura de las cortinas, al mismo tiempo que se decía: «No correré más. Que vengan a capturarme aquí.»

Capítulo XL

La señora Reeves se sentía tan cansada que incluso pensar le resultaba costoso, pero comprendía que era preciso tomar una decisión. Hawes la esperaba en la comisaría y confiaba en que se presentaría allí con su hijo, dentro del plazo convenido. Su marido aguardaba en el coche, un cuarto de milla más abajo del lugar en que ella se hallaba, para conducirlos a la ciudad.

Por un momento acarició la idea de dirigirse a la cabaña de Stub McDermont y esperar allí a Bubber, en un último intento para convencerle de que debía entregarse sin ofrecer resistencia, pero la cuesta que había de subir para llegar a la cabaña era demasiado abrupta para ella y optó por desistir. Por otra parte, había prometido a su marido no hacer nada más por salvar a Bubber si fallaba esta vez en su propósito. El fracaso había sido verdaderamente rotundo y la causa no era otra que la circunstancia de que Bubber había matado a un hombre.

Llorando desconsoladamente, la señora Reeves se descalzó para extraer la arena de sus zapatos, volvió a ponérselos e inició, con perezosa lentitud, el descenso del camino pedregoso que conducía a la carretera.

Iba tan absorta en las reflexiones que no advirtió que su marido había venido a su encuentro, impaciente por su tardanza.

—Hay que darse prisa, mujer. Se nos acaba el tiempo. ¿Diste con él?

—Sí, pero no volverá. Se ha marchado.

—¿A dónde ha ido ese loco?

—A la cabaña de Stub; piensa que Anna le ayudará a huir.
Le revelé lo que hay entre Anna y Stub, pero no quiso creerme.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

—Pues hay que hacer algo. Recuerda que prometimos al sheriff...

La señora Reeves volvió a estallar en amargos sollozos y su

marido, tras contemplarla unos instantes extrañado, le rodeó el cuello con un brazo y murmuró:

—Vamos, vamos, mujer... Tranquilízate. Sé como te sientes, pero no es para desesperarse.

—Sí lo es... Bubber ha matado a un hombre.

—¿Qué...?

—Asesinó al dueño del coche en que vino hasta aquí.

La señora Reeves se secó las lágrimas con el pañuelo y murmuró:

—¿Me acompañas a la comisaría? Hemos de cumplir lo prometido.

—¿Le dirás a Hawes que Bubber es un homicida?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Una vez acomodados en su viejo automóvil, el señor Reeves murmuró:

—Estoy pensando que mejor hubiera sido no haber vivido lo suficiente para llegar a esta noche. ¿Por qué hizo eso nuestro hijo? ¿Qué demonio le impulsó a matar a un semejante?

—El asegura que no pudo evitarlo. Dice que trató de persuadir al otro para que le cediera su automóvil, a fin de seguir huyendo. El conductor rehusó, se enzarzaron en una pelea y... Pero vámonos ya; no quiero seguir hablando de una cosa tan horrible.

Minutos más tarde visitaban el edificio de la comisaría. Antes de doblar la esquina, el señor Reeves detuvo el coche.

—Tendremos que dar todo cuanto poseemos para evitar que Bubber vaya a la silla eléctrica, aunque pasará en el penal el resto de su vida... ¿Habrá bastante con cinco mil dólares?

—No sigamos hablando de eso ahora, cariño. Vamos a ver al sheriff y terminemos de una vez. Estoy muy cansada, terriblemente cansada.

El señor Reeves volvió a poner el coche en marcha y recorrieron en silencio los pocos metros que les separaban de la comisaría.

Capítulo XLI

—Mavis está con su esposa en casa, jefe —anunció Slim a Hawes, en la misma puerta de la comisaría—. Quiere hablar con usted.

—¿De qué?

—Lo ignoro.

—¿Hace mucho que está aquí?

—Ya estaba cuando yo llegué.

Hawes penetró en la antesala de su oficina y vio a Lem Breedlove y a Archie Cloud, sentados en sillas de alto respaldo. Le intrigó su presencia en aquel lugar y a hora tan intempestiva, pero había algo en la expresión de sus rostros que le impulsó a dejar insatisfecha su curiosidad por el momento.

—¡Buenas noches, muchachos! —saludó, al pasar frente a ellos.

Los dos hombres correspondieron al saludo con un movimiento de cabeza, pero sin pronunciar una palabra.

Al abrir la puerta que daba al living, Hawes vio a Mavis sentado en el diván, callado y grave. Ruby abandonó su butaca y vino hacia él nerviosa y preocupada. Ella le besó y le preguntó si estaba cansado.

—Sí, un poco —respondió Hawes.

Luego se dirigió a Mavis, le estrechó la mano y tomó asiento frente a él, rechazando la taza de café que Ruby le ofreció. Esta volvió a acomodarse en su butaca y murmuró:

—Ahora puede decir a mi marido lo que acaba de contarme, señor Mavis.

—Lo haré con mucho gusto, señora.

Seguidamente refirió cuanto sabía sobre los acontecimientos que se estaban produciendo en la ciudad, a espaldas de Hawes. No le ocultó nada, ni siquiera las acusaciones que ponían en entredicho su honor y probidad. Le reveló que Rip le había traicionado, descubriendo a Damon el convenio que había concertado con la señora Reeves, así como la reacción de Damon, reuniendo a todos los hombres que quisieran acudir a su llamada para ponerlos en antecedentes de lo ocurrido

y convencerlos de que ellos mismos debían hacerse cargo de la justicia.

Añadió que él había conseguido que se abstuvieran de tomar medida alguna al respecto, hasta conocer la versión del interesado principal, ya que para poder emitir un juicio hay que escuchar siempre los argumentos de ambas partes. Por eso había venido, acompañado de Lem Breedlove y de Archie Cloud en calidad de testigos orales.

Hawes escuchaba lo que le estaba diciendo Mavis con la sensación de que iba a desvanecerse de un momento a otro.

«Tengo que resistir como sea —se dijo—. Lo conseguiré si logro concentrarme en lo que está contando. Mientras escuche sus palabras no pensaré más que en lo que dice.»

Sin embargo, cuando se repitió el desfallecimiento, se vio obligado a sujetarse al brazo de la butaca para no caer al suelo.

—Confío en que no tendrá inconveniente en hablar con los muchachos —proseguía Mavis— y explicarles su versión del caso para tranquilizarlos. No es que los considere capaces de hacer nada, por lo menos en lo que atañe a Bubber, salvo en el caso de que éste obrara de modo que les hiciera perder el control, pero estoy seguro de que le pueden hacer a usted mucho daño, si no les proporciona una explicación lógica de lo sucedido. Y ha de hacerlo lo antes posible, sheriff.

—De acuerdo —asintió Hawes.

—Estaba seguro de que accedería a hablar a los muchachos —prosiguió Mavis—. Aunque resulte superfluo decirlo, yo no he venido a satisfacer mi curiosidad. Siempre he tenido una confianza ilimitada en su honor, en su honradez y en su capacidad. En cierta ocasión, cuando mi difunto hermano le daba tantos quebraderos de cabeza, le dije a mi mujer que tenía el propósito de hacerle a usted un regalo para expresarle mi agradecimiento, una bagatela... Un reloj de oro con sus iniciales y una inscripción conmemorativa o algo así, pero Emily objetó que usted habría podido tomarlo a mal y rehusarlo diciendo que se había limitado a cumplir con su deber, como lo había hecho siempre y como lo hará en el futuro. Sé que merece la oportunidad de defenderse contra las calumnias y las insidias de una partida de borrachos...

—¿Están borrachos Lem y Archie? —le interrogó Hawes.

—No, ellos no. Llegaron bastante después de la juerga.

—¿Dónde está Damon? ¿Por qué no ha venido él?

—Esa es una buena pregunta —admitió Mavis—. No lo sé. Probablemente estará durmiendo la mona en alguna parte. Leroy le había sustituido cuando llegué a casa de los Stewart. Observé que se había erigido en jefe de la partida.

—¿Por qué no trajo a Leroy entonces?

—Se lo propuse, pero no quiso. Posiblemente porque le dio vergüenza. ¿Llamo a Lem y a Archie para que les hable?

—Como quiera.

—¿Me puedo quedar, cariño? —inquirió Ruby.

—Si no te importa...

Hawes sufrió en aquel instante su tercer desfallecimiento y Ruby debió advertirlo, porque se apresuró a correr a su lado, le cogió una mano y la retuvo entre las suyas durante algunos segundos. Hawes sintió que el rostro se le inundaba de sudor y sacó el pañuelo para enjugárselo.

Mavis había ido hasta la puerta para llamar a Lem y a Archie; los dos hombres parecían cohibidos cuando entraron en el living y vieron que Ruby estaba allí. Ella los invitó a sentarse, les preguntó de nuevo si deseaban una taza de café y ambos contestaron negativamente.

Con las manos apoyadas en una mesa, Mavis comenzó su pequeño discurso, diciendo que se iba a entrar en el asunto que les había llevado a ver al sheriff, sin más preámbulos, puesto que Hawes estaba muy cansado y todavía le quedaba mucho por hacer aquella noche. Sintetizó en pocas palabras lo que anteriormente había referido al sheriff y, tras preguntar a Lem y a Archie si estaban de acuerdo con lo fundamental de lo expuesto —a lo que ambos dieron su asentimiento— se volvió a Hawes y agregó:

—Ahora tiene la palabra nuestro sheriff.

Hawes volvió a sentir el rostro inundado de sudor y otra vez se vio obligado a hacer uso del pañuelo. Dejó vagar la mirada por la estancia y contempló las caras graves e inexpresivas de Lem y Archie, la faz ancha y plácida de Mavis y la fi-

sonomía, llena de preocupación, de Ruby, a quien miró a los ojos un instante.

Luego, bajando la cabeza, dio comienzo a su versión de lo ocurrido, empezando con la visita de Edwin Stewart y prosiguiendo con la de la señora Reeves, sin ocultar la oferta de cinco mil dólares que ésta le había hecho. No refirió, sin embargo, su propia visita a la cabaña de Stub, la muerte a balazos del perro y sus frecuentes desvanecimientos.

A continuación les habló de su visita a los Reeves, de la proposición que éstos le habían hecho y de su aceptación, motivo de su disputa con Rip y de la dimisión de su agente. Finalmente explicó a su reducido auditorio que, en su profesión, había de recurrirse de vez en cuando a la ayuda de la psicología, así como el cálculo de probabilidades, asegurando que, a su modo de ver, los Reeves habían cambiado bastante en los últimos años y parecían sinceros cuando se prestaron a convencer a su hijo para que se entregara sin ofrecer resistencia.

—Por otra parte —terminó diciendo—, mi convenio con los Reeves significaba únicamente demorar una hora y media la detención de Bubber. En el peor de los casos, si Rip acertara en su conjetura sobre los propósitos del matrimonio Reeves de secundar la fuga de su hijo, no podrían ir muy lejos en ese tiempo.

—Pues yo lo considero más que suficiente para atravesar la mitad del Estado —masculló Lem, dirigiéndose a Archie.

Hawes clavó en ellos la mirada y pudo comprobar que no los había convencido con sus palabras. Trató de volver a explicarlo todo y, de repente, tuvo la desagradable sensación de hundirse en un abismo sin fondo.

—¿Te encuentras bien, cariño? —oyó preguntar a Ruby cuando abrió los ojos.

—¿Qué me ha sucedido?

—No sé. Estabas hablando y, de pronto, caíste de bruces al suelo. Creo que deberías meterte en la cama inmediatamente. Avisaré al doctor para que te reconozca. Slim puede sustituirte.

Hawes paseó la mirada por los rostros de los tres hombres que rodeaban el diván donde le habían acostado. Esperaba que alguno de ellos se hiciera eco de las palabras de su esposa, pero no fue así.

—No, Ruby —contestó—. Pronto estaré bien y podré cuidarme personalmente de todo.

—Estaba segura de que ésa sería tu respuesta —dijo su esposa sonriendo—. Ya había adelantado a estos caballeros que no accederías a meterte en la cama en estas circunstancias.

—Mientras descansa esperaremos fuera —propuso Mavis.

Los tres hombres abandonaron el living y fueron a acomodarse en la oficina del sheriff. «Son como tres buitres —pensó Hawes, viéndolos salir—. Quieren asegurarse de que no trataré de escapar.»

—¿Qué hora es, Ruby? —preguntó en voz alta.

—Ya ha dado la una. La señora Reeves deberá estar aquí antes de media hora.

Hawes reclinó la cabeza en el cojín y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos advirtió que Mavis se hallaba de pie frente a él.

—Perdóneme, sheriff —murmuró—. Olvidé preguntarle a qué hora espera que los Reeves se presenten aquí.

—A la una y media.

—Gracias.

—Señor Mavis —murmuró Hawes, cuando el otro se disponía a salir de la habitación.

—Dígame, sheriff.

—He estado dándole vueltas a la cabeza, preguntándome qué pensarían Archie, Lem y los demás si los reuniera aquí para revelarles...

—¿Para revelarles qué, Hawes?

—Que tengo el propósito de dimitir.

Mavis clavó los ojos en el suelo y no contestó.

—Un hombre como yo deja de ser útil para un cargo como el mío —continuó diciendo Hawes— cuando empieza a fastidiarle todo cuanto hace. Matar o perecer, encarcelar gente... Cuando no se puede dormir por las noches a causa de eso no queda otro remedio que presentar la dimisión. Ya hace

tiempo que los nervios me vienen jugando malas pasadas; hoy ha empeorado la cosa. Hace apenas un par de horas, cuando estaba haciendo una ronda por las afueras, me asusté y comencé a disparar sin ton ni son hasta agotar el cargador. Maté un perro, pero lo mismo habría ocurrido si se hubiera tratado de un hombre. ¿Qué pensarían sus amigos si yo les asegurara que he perdido la confianza en mí mismo para capturar a Bubber Reeves o a cualquier otro? ¿Qué dirían, si les confesara que vi el cielo abierto cuando la señora Reeves se comprometió a persuadir a su hijo para que se entregara sin ofrecer resistencia?

Hawes hizo una pausa para mirar a su interlocutor, que continuaba con la cabeza agachada y los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué ocurriría si les dijera —prosiguió el sheriff— que quien se siente perseguido y acosado esta noche no es Bubber, sino yo? Sí, señor Mavis, me persigue el remordimiento por las personas que tuve que matar en el ejercicio de mi profesión y me acosa el temor de que me maten.

Mavis alzó la cabeza y clavó sus ojos en los del sheriff.

—¿De veras quiere saber lo que pensarían todos, si les hiciera semejante revelación? —inquirió.

—Naturalmente.

—Pues bien, mi opinión sincera es que todos, absolutamente todos, llegarían a la conclusión de que el cambio operado en usted, que siempre se distinguió por su excepcional bravura, era demasiado repentino para ser auténtico y estimarían que sólo el soborno podía justificar ese cambio en su carácter. Nadie lograría convencerlos de lo contrario.

—Así lo suponía yo también —murmuró Hawes, que volvió a reclinar la cabeza y cerró los ojos.

Mavis se acercó a él y le preguntó solícito:

—¿Se encuentra mejor?

—Sí. Esto pasará pronto. Ya lo verá.

El visitante llegó hasta la puerta, se detuvo un instante y regresó junto al sheriff para decirle:

—Siempre he sentido sincera simpatía por usted, Hawes, y ésa es precisamente la razón de que esta noche me haya puesto de su parte. Pero si no se decide a echarse al campo para

capturar a Bubber Reeves, nadie se atreverá en lo sucesivo a pronunciar una sola palabra en favor de usted.

Cuando Mavis se hubo marchado, Hawes volvió a cerrar los ojos y se puso a contar, tratando de no pensar en nada. Así logró caer en una especie de letargo del que le sacó Ruby al murmurar en su oído, al mismo tiempo que le sacudía suavemente:

—Despierta, cariño. Acaba de llegar la señora Reeves.

La señora Henderson abrió los ojos y pensó: «Todavía estoy viva. Creí que estaba ya muerta, pero me equivoqué. Tal vez esté gravemente herida.»

Se hallaba tendida en el suelo de la cocina y tenía miedo a moverse. Ignoraba el tiempo que llevaba allí y lo que en realidad le había sucedido. Recordaba que había tratado de gritar y que Bubber la había agarrado violentamente de un brazo. Nada más.

Le dolía la cara y, con la lengua, pudo advertir la acumulación de sangre seca en la comisura izquierda de los labios.

Finalmente decidió probar a levantarse y lo consiguió sin gran esfuerzo, aunque cuando echó a andar hacia la nevera se sentía algo mareada. Pero esta sensación desagradable no tardó en desaparecer y entonces se propuso acudir a los nuevos vecinos para que la socorrieran, ya que ella no tenía teléfono.

Una voz masculina contestó a su tercera llamada:

—¿Quién es?

—Soy la señora Henderson, su vecina de al lado —contestó—. Necesito ayuda.

Pudo ver a un hombre que la miraba por entre las cortinas que cubrían la puerta cristalera de entrada. La señora Henderson volvió a sentirse mareada, luego tuvo escalofríos, comenzó a temblar y, en el preciso instante en que su vecino abría la puerta, se desmayó.

Cuando recobró el sentido se encontró acostada en el sofá de la salita de estar. Las luces estaban encendidas y su vecino, su esposa y su hijo la contemplaban con gran atención.

—Pronto se encontrará bien —le dijo la vecina—. Hemos avisado al médico y no tardará en llegar.

—¿Cómo se llama usted, jovencita? —inquirió con voz cascada.

—Soy la señora Johnson.

—Encantada de conocerla. Yo soy la señora Henderson.

—Sí, ya lo sabía.

En aquel momento la señora Henderson recordó el verdadero motivo de aquella visita a hora tan intempestiva y suplicó:

—Por favor, señor Johnson. Llame al sheriff y dígale que Bubber...

—No se esfuerce, señora. Tranquilícese. El doctor nos advirtió que no debíamos permitirle hablar hasta que él llegara. ¿Por qué no prueba a dormir un poco?

La señora Henderson cerró los ojos. Volvía a invadirla aquella extraña sensación de vacío. Comprendió que acababa de recibir un buen consejo y se quedó callada.

—¿Qué decía del sheriff? —oyó que alguien preguntaba con voz lejana, casi imperceptible.

—Silencio, querida. Estaba delirando. No sabe lo que dice.

—Tengo entendido que está chiflada. Es una de esas religiosas fanáticas... Su marido no pudo aguantarla más y la abandonó. Me han dicho que se pasa la vida rezando.

Rezando. Rezando. Rezando. Estas fueron las últimas palabras que captaron los oídos de la señora Henderson, antes de hundirse en la inconsciencia.

Edwin Stewart contemplaba las estrellas que rutilaban en el firmamento. Tenía todo el cuerpo magullado y dolorido por la paliza que le había dado Damon. «Tengo que levantarme y marchar de aquí —se dijo—. Si viniera alguien y me encontrara, todos los habitantes del pueblo y, sobre todo, mi padre, mi abuelo y Elizabeth, se enterarían de que Damon me estuvo pegando hasta dejarme medio muerto.»

Vio un coche que bajaba por la calle y se propuso poner en juego todas las energías que le quedaban para arrastrarse hasta el patio de los Mavis, tan pronto como desapareciera el vehículo. «Ojalá me hubiera matado Bubber, hundiéndome el cuchillo en la garganta —reflexionó—. No habría gritado ni me habría defendido.»

Inmediatamente se avergonzó, al recordar que había estado suplicando al fugitivo para que le perdonara la vida.

En ese mismo instante oyó que el coche se detenía, sonó un portazo y luego un rumor de pasos que se acercaban. Los pasos se detuvieron junto a él y una voz muy familiar, la del doctor Neway, le llamó:

—¡Edwin!

—¡Hola! —se esforzó en contestar.

Al mismo tiempo se decía para sus adentros:

«¿Por qué diablos no sigues tu camino y te olvidas de que me has visto?»

El médico, tras una rápida ojeada al rostro tumefacto de Edwin, exclamó:

—¿Qué diablos te ha ocurrido, amigo? Me dirigía a casa de la señora Johnson y te he visto por verdadera casualidad.

Mientras hablaba, el doctor Neway palpaba con ágiles dedos el pecho y las costillas de Edwin, quien no pudo reprimir una exclamación de dolor.

—¿Te puedes mover? —preguntó el médico.

—No lo sé —respondió el herido, temiendo que preguntara quién le había puesto en aquel estado, ya que la verdad de lo ocurrido le habría puesto en ridículo para siempre, tanto a él como a toda su familia.

El doctor concentró toda su atención en la nuca de Edwin.

—¿Quién te hizo esto, hombre? —preguntó finalmente.

Edwin decidió mentir, para evitar que su padre, su abuelo y Elizabeth se enteraran de que Damon, no contento con acostarse con su mujer, le había propinado una tremenda paliza.

—Fue Bubber... Bubber Reeves —contestó sin pensarlo dos veces—. Yo estaba sentado al volante, esperando a que Mavis volviera a su casa y debí quedarme dormido, pues no advertí la presencia de Bubber hasta que éste me exigió con malos modos las llaves del coche. Me negué a dárselas y él me golpeó con la culata de su pistola. Ignoro lo que ocurriría después, porque me desvanecí, pero supongo que me sacaría del coche y me tiraría aquí.

—Pues, por lo visto, se ensañó pateándote , ya que tienes varias costillas rotas —declaró el doctor—. Avisaré a tu padre y al hospital para que manden inmediatamente una ambulancia.

El doctor Neway se irguió y echó a andar hacia la casa de Mavis.

«Si Damon y Rip guardan silencio —se dijo Edwin— mi padre y mi abuelo no sabrán jamás la verdad. En cuanto a Bubber, poco importa que lo niegue; nadie le creerá.»

Cerró los ojos y a sus oídos llegó el repiqueteo estridente del timbre de la puerta de los Mavis, cuando el doctor Neway pulsó el botón.

Capítulo XLIV

La madre de la señorita Mattie yacía en su lecho y escuchaba a su hija, que lloraba desconsoladamente en su propio dormitorio. Ya hacía media hora que la estaba oyendo y decidió poner fin a aquellos lamentos.

—¡Hija! —gritó.

No obtuvo ninguna respuesta, en vista de lo cual volvió a gritar con más fuerza:

—¡Deja de llorar y ven aquí inmediatamente!

La señorita Mattie interrumpió su llanto. Se oyó el crujido de la cama al levantarse y su madre la vio abrir la puerta de comunicación entre los dos dormitorios y aparecer bajo el marco, vestida con el camisón de dormir.

La señorita Mattie volvió a estallar en sollozos.

—¡Cállate, hija! ¡Por los clavos de Cristo, cállate! —exclamó la anciana.

—Ya lo he intentado, mamá, pero no puedo. Mañana por la tarde he de ir a una partida de bridge y sé que no podré hacerlo si tengo los ojos hinchados de tanto llorar.

—Es la primera noticia que tengo de esa partida de bridge. ¿Es que piensas dejarme sola otra vez?

—Pero, mamá... Hace ya tres semanas que te lo dije... Recuerdo perfectamente que...

—Ya hablaremos de eso mañana.

—Está bien, mamá.

La señorita Mattie se dispuso a volver a su habitación.

—¿Dormirás ahora y dejarás de llorar? —le gritó la anciana.

—Lo intentaré.

La anciana volvió a oír el crujido de la cama. Su hija se había acostado de nuevo. Pero no habían transcurrido ni cinco minutos cuando el mismo sonido la advirtió que se había vuelto a levantar.

—¡Hija, por todos los santos del cielo! ¿Es que piensas tenerme desvelada toda la noche? —exclamó furiosa.

La señorita Mattie regresó junto al lecho de su madre y le preguntó con voz quebrada por los sollozos:

—Ya que no le compramos la casa, ¿me darás algún dinero para entregárselo?

—¿A quién?

—A la señora Reeves. La estimo mucho y necesita desesperadamente ese dinero.

—¿Cuánto quieres?

—Cinco o diez dólares.

—Te daré cincuenta si te vas a dormir y me dejas en paz.

—Está bien, mamá. Que descanses.

La anciana la vio salir nuevamente de la habitación y oyó el sonido quejumbroso de la cama cuando su hija se acostó.

Entonces cerró los ojos y se propuso firmemente no volver a abrirlos hasta que hubieran dado las ocho de la mañana.

Capítulo XLV

Lem y Archie, en la antesala de la oficina del sheriff, observaban a Mavis que no cesaba de pasear de uno a otro lado del pasillo de cemento.

Ninguno de los dos había dado crédito a la historia de Hawes. Estaban convencidos de que había aceptado dinero o la promesa de recibirlo de la señora Reeves y de que su desmayo se debía exclusivamente a la impresión que le había producido verse descubierto. De buena gana habrían regresado a casa de Edwin Stewart para decir a los que allí esperaban su opinión, pero Mavis había insistido para que se quedaran.

—¿Para qué? —preguntó Lem.

—Sé perfectamente lo que están pensando y estoy seguro de que se equivocan —replicó Mavis—. Cuando venga la señora Reeves con su hijo...

—¿Cree usted de veras que vendrá con él? —le interrumpió Lem.

—Si no lo trae, vendrá sola, y entonces Hawes saldrá en persecución de Bubber con sus hombres y no volverá hasta que lo haya capturado.

Archie intervino entonces para decir:

—Pues yo me apuesto quinientos dólares a que la señora Reeves, si se decide a venir, lo hará sola. Representará una buena comedia para engañarnos y Hawes volverá a fingir otro ataque de esos para que sea Slim o Red quien se cuide de perseguir a Bubber, que a estas horas se estará riendo de nosotros a mandíbula batiente, camino de México o de Dios sabe dónde.

—Yo apuesto otros quinientos dólares a que te sobra toda la razón, Archie —dijo Lem—. Por otra parte, ya empiezo a cansarme de esperar a que suceda lo que sé que forzosamente ha de ocurrir. Tengo sueño, me siento fatigado y no estoy acostumbrado a permanecer sentado horas y horas. Iré a casa de Edwin y diré a los muchachos que se pueden marchar tranquilamente a dormir y dejar de preocuparse por Bubber Reeves que jamás tuvo la intención de acercarse por aquí, sino que actualmente se encuentra camino de México.

—¿No se atreve a apostar? —preguntó Archie a Mavis.

—No me gustan las apuestas —replicó el interpelado.

Archie y Lem se pusieron en pie y salieron de la comisaría, mientras Mavis se quedaba contemplando a Red, que estaba dormido, con la cabeza apoyada en su mesa de trabajo. Slim bajó del piso superior, tras obligar a guardar silencio a la anciana perturbada, recluida en una de las celdas, y salió a la calle.

Mavis tomó asiento en una de las sillas de alto respaldo, cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a descabezar un corto sueño. Ya estaba a punto de iniciar la primera serie de ronquidos, cuando llegaron los esposos Reeves.

Ambos parecían muy excitados. Red llamó a Hawes y Mavis vio abrirse la puerta de las habitaciones particulares del sheriff para dar paso a los recién llegados.

Pocos minutos después salió Hawes, al mismo tiempo que reaparecía Slim, seguido de Morgan, otro de los agentes de la comisaría. La señora Reeves, acompañada de su esposo, apareció en la puerta de comunicación y entonces Mavis le oyó decir:

—Tenga mucho cuidado, señor Hawes. Nos confesó que ya ha matado a un hombre.

Luego se echó a llorar. Su marido la cogió del brazo y la sacó de la comisaría.

Hawes y Slim también se dispusieron a salir, seguidos de Morgan. Mavis tuvo la intención de desearles buena suerte, pero no se atrevió. Se asomó a la puerta y desde allí vio a los esposos Reeves que iban calle arriba, muy juntos, y a Hawes y sus dos agentes que se disponían a subir a un coche patrullero.

En aquel preciso instante surgió Stub McDermont, que se acercó a Hawes y le dijo algo. El sheriff y sus agentes montaron rápidamente en su automóvil y se alejaron a toda velocidad.

Oyó a la señora Reeves llamar a Stub, después que Hawes se hubo marchado, y observó que Stub apresuraba el paso, calle abajo, sin hacerle caso. Los esposos Reeves echaron a correr tras él.

Mavis se dio cuenta entonces de que Ruby se había puesto a su lado y murmuraba:

—No se encuentra bien. No debería de haber salido...

En aquel momento, Mavis tuvo la impresión de que la esposa del sheriff se disponía a pedirle dinero. Fue una sensación repentina, indefinible e inexplicable, nacida en el subconsciente. Mavis, que se consideraba un hombre pobre —y rico al propio tiempo— por ser un hombre práctico, se dijo que jamás prestaría un solo centavo al amigo o enemigo que, a los cuarenta y cinco años, no ganara lo suficiente para mantener a su familia.

Con esta idea en la mente, se llevó el índice al ala del sombrero, dio las buenas noches a Ruby y se lanzó a la calle.

Capítulo XLVI

Mientras se alejaban de la casa de Mavis, Rip volvió la cabeza para dirigir una ojeada al cuerpo yacente e inmóvil de Edwin y masculló:

—¿Qué bicho le picaría a ése para atacarle de esa manera, señor Damon?

—No lo sé, muchacho.

—Claro que usted no se dejó sorprender y le devolvió cien por uno.

—Sí y hasta cabe la posibilidad de que le haya matado. Nunca me agradó que me pusieran las manos encima.

—¿No cree que deberíamos avisar a un médico para que lo atienda?

—De ningún modo. Que lo haga él mismo.

—¿Y si estuviera herido de gravedad?

—Eso me alegraría enormemente.

Pasaron frente a la casa de Edwin y advirtieron que la mitad de los coches habían desaparecido.

—¿A dónde habrán ido? —exclamó Rip.

—Lo ignoro.

Damon pisó el freno y se detuvo frente a uno de los automóviles.

—Este es el coche de Mavis —afirmó—. Probablemente vino a buscarme y estará diciendo a todos que Hawes es el mejor sheriff que jamás pudimos soñar.

—¡Bah! Están todos tan borrachos que no se enterarán de lo que diga —arguyó Rip.

Damon accionó la llave de contacto y se apeó.

—¿Va a entrar aquí, después de la paliza que ha dado al dueño de la casa? —exclamó Rip asombrado.

—¿Por qué no había de hacerlo?

—¿Qué diría su esposa, si ya se hubiera enterado de lo ocurrido?

—Lo más probable es que me obligara a volver allá y rematarlo. No puede soportar a Edwin.

Damon cerró violentamente la portezuela del coche y agregó:

—Venga conmigo, Rip. Quiero decir a Mavis, en su propia cara, lo que pienso de Hawes.

—Estoy arrepentido de lo que le he contado, señor Damon —murmuró Rip—. Me prometió que no diría nada a nadie y ya lo sabe casi toda la ciudad.

—Pero todos ignoran que fue usted quien me facilitó esa información. Por otra parte, mañana lo sabrá todo el mundo. Usted mismo lo dijo, ¿no?

—Desde luego.

—¿Cree usted que si Hawes supiera algo desfavorable de usted se lo callaría?

—Me importa un comino que lo hiciera o no, pero yo le di mi palabra...

—Mándemelo a mí —le interrumpió Damon—, si es que le tiene miedo...

—No le tengo miedo a él ni a nadie.

—Pues lo parece.

Damon se alejó del coche y, cuando hubo llegado a la acera de enfrente, se volvió para decir a Rip:

—¿Qué, viene o no?

—Está bien. Iré.

Rip se apeó del coche y echó a andar tras Damon. Cuando llevaban recorrido la mitad del camino encontraron a Minnie sentada en uno de los peldaños de la escalinata.

—¿Qué diablos haces aquí? —le preguntó Damon.

—Estoy borracha —contestó ella.

—Entonces vale más que vuelvas a casa.

—¿Vas tú también hacia allá?

—No.

—Pues yo tampoco.

Damon hizo un gesto de desagrado y comenzó a subir la escalinata, para lo cual hubo de pasar junto a su esposa.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—Quiero hablar con Mavis.

—Pues llegaste tarde, chico. Se marchó ya.

—¿A dónde fue?

—Lo ignoro. ¿Quién es ese vaquero tan guapo?

—Es Rip.

—Ya nos conocemos, señora Damon. Yo era agente del sheriff.

—¡Ah, sí!

Minnie volvió la cabeza y se dirigió a su marido, que se había detenido en el escalón superior:

—No queda ya más que Elizabeth, inconsciente en el sofá. Priscilla Neway le soltó una terrible bofetada por bailar de un modo indecente con su marido. Priscilla fue la primera en marcharse y detrás de ella se marcharon otras dos.

—¿Qué dijo Mavis a los muchachos?

—No lo sé, estaba demasiado borracha.

Damon asió del brazo a su mujer, tratando de ayudarla a ponerse en pie.

—¡Vamos a casa! —dijo.

Ella retiró el brazo y exclamó:

—¡Suéltame! No lograrás convertirme en una repugnante alcohólica. Es lo que te gustaría hacer, ¿eh? Pues no lo conseguirás. ¿Está claro?

Damon intentó cogerla nuevamente del brazo, pero ella le mordió ferozmente la muñeca. El lanzó una exclamación de dolor y a continuación pegó a su mujer una tremenda bofetada.

—No vuelvas a hacer eso otra vez, Minnie, si no quieres que te muela a golpes.

Se disponía a regresar al coche, seguido de Rip, cuando Minnie rompió a gritar:

—¡Ten cuidado con Edwin! Le dije que eres el amante de su mujer y salió de aquí como un loco, dispuesto a matarte en donde te encuentre.

Sin prestar atención a las palabras de su esposa, Damon subió al coche, lo puso en marcha y pisó a fondo el acelerador en cuanto Rip se hubo acomodado a su lado.

—¿A dónde piensa ir ahora? —inquirió el exagente.

—No sé. De buena gana iría a la comisaría, para decirle a Hawes en su propia cara lo que pienso de él.

—Para eso no cuente conmigo.

—¿Dónde quiere que le deje entonces?

—En mi casa. Estoy muy cansado.

Damon dio la vuelta a la manzana y enfiló la avenida que conducía al edificio donde Rip tenía una habitación alquilada.

—¿De verdad cree usted que Minnie le dijo a Edwin que usted se acuesta con su mujer?

—Sí. Y ésa es la explicación de que me atacara como un loco.

—¿Me permite que le haga una pregunta de carácter personal?

—Naturalmente. Hágala.

—¿Es cierto que se acuesta usted con la señora Stewart?

—Sí, pero no es para vanagloriarse. Casi todos los habitantes de Harrison han dormido con ella. ¿Usted no?

—No.

—Ya le tocará el turno.

—No lo creo. Es una mujer que no me gusta.

—A mí tampoco. Estoy harto de ella, pero cuando Elizabeth se encapricha de alguien resulta poco menos que imposible quitársela de encima.

Damon detuvo el coche frente a la casa en que vivía Rip, que se apresuró a apearse.

—Hasta mañana —saludó.

—Hasta mañana.

Rip echó a andar hacia su casa y Damon volvió a poner el coche en marcha, con ánimo de dirigirse a la comisaría. Apenas había recorrido media manzana cuando vio a Lem y a Archie que se cruzaron con su coche. Inmediatamente dio la vuelta y los siguió.

Capítulo XLVII

Stub había estado vagando por el bosque casi una hora y se disponía a regresar a su cabaña cuando vio a Bubber cruzar el calvero y penetrar en la choza.

Esperó al borde del calvero, hasta que se hizo el silencio en el interior de la cabaña y entonces dio la vuelta en torno a los matorrales y reptó hacia la parte posterior de la cabaña, con la idea de asomarse a la ventana lateral y descubrir qué se proponía Bubber hacer allí.

Ya estaba a punto de realizar tal propósito, cuando vio al negro surgir en el calvero y dirigirse a la cabaña. Entonces decidió volver al bosque, subir al coche que había dejado en la carretera y regresar a la ciudad.

Al llegar a la plaza Mayor vio a Hawes salir de la comisaría. Entonces aparcó su coche, cruzó la calle, se acercó al sheriff y le reveló el lugar que servía de refugio a Bubber. Hawes, sin darle las gracias, se volvió a sus agentes y les dijo:

—Vamos, muchachos.

Stub permaneció un instante en la acera, sin saber qué hacer. Cuando se disponía a regresar al punto donde había estacionado su automóvil, oyó que le llamaban. Volvió la cabeza y distinguió a los esposos Reeves, pero siguió andando a toda prisa, fingiendo que no había oído nada. La señora Reeves le gritó entonces autoritariamente:

—¡Venga aquí, Stub, si no quiere que le mate como a un perro!

Se paró en seco y esperó, sin volver la cabeza, a que los Reeves llegaran a su lado.

—¿Dónde está Bubber? —le espetó la señora Reeves.

—No lo sé.

—¡Miente! Se lo dijo a Hawes. Ahora tiene que hacer lo mismo con nosotros. Como se niegue y le ocurra algo a mi hijo, le juro que le mataré.

Stub miró a los ojos a su interlocutora y comprendió que la amenaza no era vana.

—Está escondido en mi casa —balbució.

Luego, sin esperar respuesta, echó a correr hacia su coche,

subió a él y se alejó de allí a toda velocidad. No tenía la menor idea sobre el lugar a donde iba a ir, pero de lo que sí estaba seguro era de que no regresaría a su cabaña. Se daba cuenta de que su vida en Harrison había terminado, ya que si Bubber lograba sobrevivir averiguaría tarde o temprano que él había puesto al sheriff sobre su pista. Si por el contrario, moría, la señora Reeves trataría a toda costa de vengarlo.

Bajaba ahora por el antiguo camino del río, pasado el viejo puente del ferrocarril, donde sabía que Bubber había estado escondido poco antes. Volvió a la carretera y vio pasar el desvencijado automóvil de los Reeves, lo que le indujo a pensar que se dirigirían a su cabaña.

Detuvo el coche a un lado del camino y se echó el sombrero sobre los ojos. Sentíase extraordinariamente cansado y se propuso descabezar un sueño dentro del coche.

Despertó sobresaltado por el ruido de la portezuela de su coche al abrirse violentamente. Se echó el sombrero atrás con la mano y vio a Leroy, acompañado de otros cuatro hombres, que le contemplaban fijamente.

—¿Dónde está Bubber? —inquirió Leroy.

—No lo sé.

—Damon asegura lo contrario.

—Eso fue a primera hora de la noche.

—¿Dónde estaba entonces?

—Allá abajo, junto al puente viejo del tren.

—Venga y suba a mi coche —ordenó Leroy.

—¿Para qué me quieren? —preguntó Stub, sin moverse.

—Eso no le importa. Salga de ahí y suba a mi coche.

—¿Para qué?

—¡Sáquenlo de ahí!

Cuatro hombres agarraron a Stub por brazos y piernas y le llevaron en volandas hasta el automóvil de Leroy, estacionado al otro lado de la carretera, donde le obligaron a ocupar el centro del asiento posterior. Dos de los acompañantes de Leroy se acomodaron uno a cada lado de Stub, haciéndolo los otros en el asiento delantero, junto al propietario del vehículo. Inmediatamente emprendieron la marcha hacia el semiderruido puente del ferrocarril.

—Más vale que Bubber siga allí —masculló Leroy.

—Yo no he asegurado que esté ahora —replicó Stub.

—Y yo repito que más vale que esté.

Pasó otro coche cargado de hombres y Leroy les gritó que le siguieran. Los dos coches, uno en pos del otro, prosiguieron la marcha hacia el puente.

—Ya no está allí —balbució Stub, con la voz trémula por el miedo.

Leroy frenó tan bruscamente que los hombres que iban a su lado hubieron de extender las manos instintivamente para no golpearse la cabeza contra el cristal del parabrisas.

—¿Dónde diablos está entonces? —bramó enfurecido.

—Escondido en mi cabaña.

—¡Maldita sea! ¡Deberíamos de arrancarte la piel a tiras, bastardo indecente!

El coche que venía detrás se detuvo y varios de sus ocupantes se apearon y acudieron corriendo para enterarse del motivo de la parada.

—Este hijo de perra nos había engañado —explicó Leroy.

—No es verdad; yo no les he mentido.

—¿Te has enterado de lo de Edwin Stewart? —inquirió uno de los recién llegados.

—No —contestó Leroy.

—El doctor Neway se lo encontró, medio muerto, cerca de la casa de Mavis. Bubber le dio una soberana paliza para robarle el coche.

Hawks Damon, que acababa de llegar en su automóvil, pudo oír las últimas palabras y preguntó con sorna:

—¿Quién es el autor de esa estúpida patraña?

—El doctor Neway. Aseguró que el propio Edwin se lo dijo.

—Edwin Stewart es un solemne embustero. Bubber Reeves ni siquiera lo tocó.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó Leroy asombrado.

—Por la sencilla razón de que fui yo quien le propinó la paliza.

Stub había quedado solo en el asiento posterior del coche

de Leroy y se deslizó sigilosamente por el lado contrario al que se hallaban reunidos los perseguidores de Bubber.

Nadie trató de detenerlo.

—¡Bueno! ¿Se puede saber qué narices estamos haciendo aquí? —exclamó bruscamente Leroy.

—¿A dónde hemos de ir? —preguntó soñoliento uno de los expedicionarios.

—A casa —respondió Damon.

—¿A casa? —repitió Leroy estupefacto.

—Naturalmente. Ya nada tenemos que hacer aquí... Hawes acaba de matar a Bubber Reeves.

Capítulo XLVIII

El matrimonio Reeves subió a su coche e inmediatamente se adentró por la carretera principal. El señor Reeves había sido siempre un conductor prudente y su esposa se dio cuenta de la prisa de su marido, al consultar el cuentaquilómetros.

La señora Reeves no sabía si realmente deseaba ir a la cabaña de Stub. Tampoco sabía lo que iba a hacer cuando estuviera allí. Consultó con la mirada a su marido, preguntándose si éste tendría algún plan oculto.

—¿Por qué vamos allí? —preguntó al fin.

—¿Es que no quieres ir?

—No sé qué decirte la verdad es que no se me había ocurrido.

—Pues es lo único que podemos hacer, cariño. Sabemos que se ha refugiado en la cabaña de Stub. Tal vez tú logres convencerlo para que salga de allí y se entregue.

—¿Crees que Hawes me permitirá hablar con él?

—Cuando se lo preguntes lo sabremos.

Poco más tarde llegaban junto al automóvil del sheriff, estacionado en la carretera. Había otro coche a un lado del primero. Los Reeves detuvieron el suyo y comprobaron que el segundo vehículo estaba ocupado por Archie Cloud y Lem Breedlove. Al verlos, el señor Reeves volvió a poner su coche en marcha y, tras recorrer aproximadamente una milla por la parte posterior de los matorrales, aparcó su coche y los dos esposos se apearon, cogiéndose del brazo. Cuando llegaron al borde del calvero, pudieron distinguir claramente la cabaña de Stub.

Reinaba un silencio sobrecogedor, hasta el punto de que la señora Reeves llegó a temer que su marido se hubiera equivocado. De pronto oyeron la voz inconfundible de Hawes que gritaba autoritariamente:

—¡Bubber! ¡Voy a darle una última oportunidad! ¡Salga de ahí!

La señora Reeves no podía ver a Hawes ni a sus agentes, pero supuso que estarían escondidos detrás de los árboles que

circundaban la cabaña, esperando a que su hijo se entregara voluntariamente.

El señor Reeves murmuró al oído de su esposa:

—Yo no puedo aguantar esto, querida. Me vuelvo al coche.

Capítulo XLIX

Cuando Damon avistó el coche de Archie Cloud y Lem Breedlove, les hizo señas para que se detuvieran. Estacionó su automóvil, se apeó y subió al otro, que emprendió acto seguido la marcha.

Lem refirió a su nuevo pasajero, sin omitir detalle alguno, todo lo ocurrido en las habitaciones particulares del sheriff.

El coche de Hawes pasó junto al suyo a toda velocidad y Damon indicó a Lem que pisara a fondo el acelerador para no perderlo de vista. Vieron que el coche patrullero se detenía en el cruce de la carretera con el camino de herradura que conducía a la cabaña de Stub y Lem aparcó el suyo a prudencial distancia, apagó las luces y todos se dispusieron a vigilar los movimientos del sheriff, que se apeó del coche, seguido de Slim y de Morgan, todos empuñando sus pistolas.

—Vamos detrás de ellos —propuso Damon.

—¿Para qué? —inquirió Lem.

—Quiero saber si ese tipo se gana el sueldo que le pagamos.

—¿Y si esa curiosidad nos cuesta el pellejo? —exclamó Archie.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me fío de la puntería de Hawes ni de la de sus muchachos.

—¿No decían ustedes que el sheriff se había dejado sobornar, comprometiéndose a no utilizar la pistola? —inquirió Damon con sorna.

—Pudimos equivocarnos —balbució Lem.

—Y de ser así, podría costarnos caro —apuntó Archie.

—Bien. No es necesario que vengan conmigo. Se pueden quedar aquí, si quieren.

Damon sacó su pistola, le quitó el seguro y echó a andar resueltamente hacia la maleza que rodeaba la cabaña.

—No puede negarse que es un valiente —comentó Lem—. Deberíamos votarle para remplazar a Hawes.

Anna no pudo aguantar por más tiempo la oscuridad y encendió la lámpara de acetileno, temiendo recibir de un momento a otro la orden malhumorada de Bubber para que la apagara.

Cuando lo hubo hecho, sin que el fugitivo protestara, pensó que se había dormido y se acercó al armario empotrado, entreabriendo las cortinas.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó Bubber.

—He terminado la botella de whisky —explicó Anna—. Iba a buscar otra. Stub me hizo prometerle que no me emborracharía esta noche, pero tengo los nervios destrozados y me convendría echar un trago.

Bubber bostezó, se puso en pie y salió del armario, en el que se apresuró a penetrar Anna. Esta rebuscó en todos los estantes pero se llevó la desagradable sorpresa de encontrarlos vacíos.

—Ese maldito Stub las sacó de aquí mientras yo estaba en la ciudad y las escondió en alguna otra parte —masculló irritada.

Anna echó de nuevo las cortinas y regresó junto a la mesa. Bubber se había tendido en el suelo, en un rincón de la choza, y la contemplaba con una aterradora fijeza, que la puso extraordinariamente nerviosa. «¿Se habrá vuelto loco?», se preguntó, estremeciéndose.

En voz alta agregó:

—Es posible que Stub tarde en volver, Bubber. A veces se queda toda la noche en el pueblo, jugando.

Bubber no hizo el menor comentario y continuó mirando a su mujer casi sin pestañear.

—¿Qué piensas hacer si Stub no vuelve? Aquí no te puedes quedar mucho tiempo. Si Hawes llega a averiguar que te has escondido en esta cabaña, vendrá con los perros...

—¡Cállate! Necesito descansar —le cortó Bubber, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Y por qué no te duermes, como cualquier persona normal?

Bubber continuó mirándola, sin mover un solo músculo.

—¿Qué hora debe ser? —exclamó Anna—. Amanecerá antes de que nos hayamos dado cuenta. Déjame que vaya a buscar a Stub.

—Tú te quedas aquí.

—Suponte que Stub decida no volver a casa.

—¡Cállate!

—Pues no me mires. Me sacas de quicio mirándome así.

Anna comenzó a lloriquear y Bubber la interpeló:

—¿Qué demonios te pasa ahora?

—Tengo hambre. No he probado bocado desde hace un montón de horas. Déjame que salga a ver si encuentro algo de comer.

—¡No!

—Entonces, márchate tú; te lo suplico.

—¡Cállate!

Bubber acababa de oír un ruido extraño afuera; era como si alguien hubiera tropezado con una lata vacía. Todos sus músculos se contrajeron.

—¿Qué ha sido eso?

—Probablemente un perro.

—No vuelvas a despegar los labios o te los rompo de una bofetada.

De pronto oyeron claramente la voz de Hawes que gritaba:

—¡Bubber!

Bubber se aplastó contra el suelo. Anna pudo observar que le temblaban las manos.

—¡Apaga la luz! —susurró.

Anna obedeció y a continuación se tapó la boca con las manos para no gritar.

—¿Qué es eso? —masculló Bubber.

La voz inconfundible de Hawes seguía llamando:

—¡Eh, Bubber! ¿Puede oírme?

—¡Dios mío! —exclamó Anna.

—Silencio.

—Es Hawes —dijo Anna, a pesar de la prohibición de su marido.

—¡Bubber! —tronó la voz del sheriff—. Tenemos rodeada la casa. Le concedo cinco minutos para que se entregue. ¿Me oye? Sólo cinco minutos. Pasado este tiempo, comenzaremos a disparar.

—¡Oh, Bubber! ¿Vas a dejar que me maten a mí también? —exclamó Anna aterrada—. ¿Quién cuidaría de nuestro pequeño si me mataran?

—¡Cállate de una vez, idiota! No te pasará nada.

Capítulo LI

Hawes, tras escuchar en silencio la revelación de la señora Reeves, le dio las gracias y salió al despacho. Vio a Mavis que continuaba esperando, pero no le dirigió la palabra, sino que llamó a sus agentes para que se dispusieran a salir.

Cuando la señora Reeves le dijo finalmente que su hijo había matado a un hombre, tomó el decidido propósito de capturarlo a cualquier precio.

El sheriff pensaba que el lugar que le habían indicado sería en realidad el último que el fugitivo eligiría como escondrijo, pero la llegada de Stub y su confirmación de que Bubber se había refugiado en su cabaña le convenció de su error. Inmediatamente ordenó a sus hombres que subieran al coche patrullero, se sentó al volante y enfiló la carretera a toda velocidad. El temido momento de su encuentro con Bubber Reeves estaba a punto de llegar.

Pero ya no sentía temor ni cansancio. Pensaba únicamente en la confección de un plan estratégico para asegurar la captura del evadido asesino.

Advirtió que les estaba siguiendo un coche y comprobó que aquél se detenía, al llegar al cruce, a corta distancia del suyo, con las luces apagadas. En cualquier otra ocasión les habría obligado a alejarse de allí, pero como imaginaba que aquel misterioso automóvil iría ocupado por Damon o alguno de sus acólitos, se encogió de hombros, empuñó la pistola y echó a andar por la angosta senda, mascullando entre dientes:

—Si quieren vigilarme, que lo hagan. Les demostraré cómo hay que hacer estas cosas.

Había hecho una breve pausa, antes de adentrarse en la senda, para bromear con sus agentes. Se encontraba perfectamente; hacía bastante tiempo que no se había sentido tan bien como ahora. Volvía a ser un hombre libre, totalmente exento de las preocupaciones que lo habían tenido atenazado.

Reveló a sus hombres lo que se había propuesto decir a Bubber cuando tuviesen la cabaña rodeada, y las posiciones que debían de ocupar. Luego descendió por la senda, seguido de sus dos hombres. Pensaba solucionar el caso sin derrama-

miento de sangre, pues tenía el convencimiento de que Bubber le escucharía, entregándose sin oponer resistencia.

Hallábase escondido, en plena oscuridad, cuando le invadió de nuevo la sensación de miedo. Era como si una fuerza exterior, invisible, desconocida e incontrolable, hubiera surgido inopinadamente de las tinieblas y lo envolviera como un sudario.

Ahora estaba totalmente aterrado. Habían convenido esperar un par de minutos antes de dar a conocer su presencia a Bubber. Hawes había aguardado treinta segundos más porque uno de sus hombres había tropezado con una lata vacía al ocupar su puesto.

Slim se acercó a su jefe para decirle:

—Está ahí dentro. Lo he visto tendido en el suelo y arrimado a la pared del fondo.

Hawes llamó varias veces al evadido, sin que éste contestara a sus intimaciones.

—Está bien, Slim. Dispare, pero sólo como aviso. Probablemente Anna también está dentro y no quisiera que sufriese daño alguno.

—De acuerdo, jefe.

Slim se arrastró como un piel roja para conseguir la posición más conveniente y Hawes oyó su disparo, al propio tiempo que en el interior de la cabaña Anna lanzaba un alarido de terror.

—¡Basta ya, Slim! —ordenó.

Un segundo después la voz de Bubber resonó ronca en el interior de la cabaña:

—¡No dispare más, hijo de perra! ¡Voy a salir para que me mate a mí solo!

Capítulo LII

La señora Reeves vio a Slim cuando se arrastraba en dirección al lugar que ocupaba Hawes.

Poco más tarde escuchó el disparo del agente y hubo de taparse la boca con la mano para no gritar.

Hallábase al borde de la maleza y se dijo que iban a matar a Bubber sin concederle la menor oportunidad.

—He de hablar con él —masculló—. Hawes tendrá que permitirme que hable con él una vez más, para convencerle de que debe entregarse.

Sin pensarlo dos veces cruzó el calvero y echó a correr hacia el sheriff.

—¡Señor Hawes! —gritó.

—¡Váyase inmediatamente de aquí! —oyó decir al sheriff, pero ella pareció no oír y continuó avanzando hacia él.

—¡Slim! ¡Sáquela de aquí!

El agente asió a la señora Reeves por un brazo y tiró de ella con energía, arrastrándola hasta los matorrales, al mismo tiempo que le tapaba la boca para que no gritara.

—Voy a salir —oyeron decir a Bubber.

—De acuerdo —respondió Hawes—. Escúcheme con atención. Si se comporta bien y se entrega pacíficamente yo me cuidaré de llevarle a la penitenciaría sin sufrir daño. ¿Me oye, Bubber? Yo le diré cuándo y cómo ha de hacerlo.

Bubber volvió a gritar:

—Tendrás que matarme aquí mismo, hijo de perra.

—¡No, Bubber, no! —chilló Anna.

—Estás acorralado, Bubber, y sabes perfectamente que no te queda más remedio que entregarte. Sal de espaldas y con las manos en alto.

La señora Reeves vio a su hijo salir de la cabaña, obedeciendo la intimación del sheriff. También le oyó decir con voz ronca:

—Ya me tienes aquí. Tira a matar de una vez.

Hawes echó a andar hacia la puerta de la cabaña, encañonando con su pistola al evadido, al mismo tiempo que decía:

—Anda de espaldas hacia acá, Bubber. No dispararé, a

menos que me obligues. Comparecerás ante un tribunal y se te hará un juicio justo. Ven hacia acá, Bubber, sin bajar las manos.

Bubber se negó a obedecer y permaneció en la puerta de la cabaña, con las manos levantadas, gritando:

—No quiero que me juzguen. Tendrá que matarme aquí mismo, Hawes. Quiero que me mate.

La señora Reeves aprovechó aquel momento de tensión para burlar la vigilancia de Slim y echó a correr hacia el lugar donde se hallaba el sheriff, gritando:

—¡Déjeme que hable con él! ¡Bubber, Bubber!

Slim salió corriendo tras ella, gritando a su vez:

—¡Cuidado, sheriff! ¡La vieja se ha escapado!

Hawes se dispuso a bloquear el paso a la señora Reeves, para que Slim pudiera alcanzarla, utilizando el brazo izquierdo para detenerla.

Bubber giró bruscamente sobre los talones y empezó a andar hacia el sheriff. Slim se dio cuenta de lo que ocurría.

—¡Cuidado!

Hawes se dio cuenta entonces de que Bubber venía hacia él con las manos bajas. Brotó de sus labios un chillido de terror y tras dar un violento empellón a la señora Reeves, que trataba desesperadamente de cogerle la pistola, apuntó con ella a Bubber y disparó.

Bubber cayó de bruces al primer balazo, pero Hawes continuó disparando, seis o siete veces, hasta agotar el cargador.

Capítulo LIII

Archie y Lem reemprendieron el ascenso de la senda cuando vieron a la señora Reeves soltarse de Slim y echar a correr hacia el calvero. Estaban a punto de llegar al lugar donde habían dejado su coche cuando oyeron el chillido de Hawes y el estampido del primer disparo.

Inmediatamente regresaron hasta el borde del calvero, donde se hallaba Damon. Desde allí pudieron ver a Bubber, de bruces en el suelo, muerto. Hawes estaba a menos de dos metros de distancia del cadáver y empuñaba todavía la pistola humeante y descargada.

Los dos amigos se adentraron en el calvero y pudieron escuchar la voz del sheriff, que exclamaba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Morgan ayudaba a la señora Reeves a incorporarse. Slim se acercó a Bubber, le dio media vuelta y lo puso de cara arriba. Tras convencerse de que estaba muerto, se despojó de su pañuelo rojo y lo colocó cuidadosamente sobre el rostro del cadáver. Luego se aproximó al sheriff, que continuaba inmóvil, como petrificado, y le dijo:

—Tendremos que llevarnos de aquí a la señora Reeves sin que lo vea. Lo cosió a balazos.

Hawes se acercó a la señora Reeves y murmuró:

—Lo siento mucho, señora. Créame.

Pero al comprobar que ella no le contestaba, presa de un ataque de histerismo que incluso le impedía llorar, agregó:

—Morgan la llevará a casa. Que su marido nos avise en la comisaría dónde quieren que dejemos el cadáver de Bubber.

Cuando la señora Reeves se hubo marchado acompañada del joven agente, Slim murmuró al oído de su jefe:

—Es curioso... Bubber estaba desarmado.

—¿Está usted seguro, Slim?

—Completamente, señor. No tenía más arma que un viejo cuchillo.

Hawes quedó silencioso durante algunos instantes. Finalmente dijo:

—Anna está en la cabaña. Vaya a ver si se encuentra bien.

Capítulo LIV

Cuando Slim abrió la puerta de la cabaña vio a Anna tendida en el suelo sollozando amargamente, con la cara hundida entre sus brazos. Todo el cuerpo temblaba con sus sollozos.

—Ya ha pasado todo, Anna —dijo, tocándole un hombro—. ¿Quiere que la lleve a alguna parte?

—No, gracias. Déjeme sola, se lo ruego.

Slim abandonó la cabaña, tras vacilar un momento, y regresó al lugar donde le aguardaba Hawes.

—Anna está asustada, pero se encuentra bien— anunció.

—¿Cuántas veces disparé contra este desgraciado? —preguntó el sheriff.

—Seis o siete. Lo derribó con el primer balazo, pero siguió disparando hasta agotar el cargador.

Slim encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a su jefe.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias.

—Por favor, jefe. No debe sentir remordimientos. Yo habría hecho lo mismo al verlo cargar contra mí como un búfalo enfurecido... ¿Qué le impulsaría a actuar de ese modo sin estar armado?

En aquel momento reapareció Morgan y Slim prosiguió diciendo:

—Ya tenemos el coche aquí. ¿Por qué no vuelve a la comisaría y envía a alguien para que se haga cargo del cadáver?

—Vaya usted con Morgan, Slim. Yo me quedaré aquí.

—Pero, usted está muy cansado, jefe. Le conviene...

—Sé perfectamente lo que me conviene. Váyase.

Slim se apresuró a obedecer.

Transcurrieron varios minutos en un silencio sepulcral. Anna abrió la puerta de la cabaña, salió y dio unos cuantos pasos en dirección al sheriff.

—¿Tiene un cigarrillo? —inquirió.

—Sí, tome.

Hawes sacó un paquete del bolsillo de la camisa y se lo ofreció a Anna. Luego encendió un fósforo y se lo acercó al cigarrillo.

—Slim acaba de informarme de algo horrible —masculló finalmente el sheriff.

Anna enarcó las cejas.

—Por lo visto, Bubber no estaba armado. Si yo lo hubiese sabido antes...

Anna dio media vuelta y regresó a la cabaña.

Hawes permaneció inmóvil, contemplando a Bubber, con el rostro todavía cubierto por el pañuelo de Slim. De pronto se echó a llorar.

Mientras daba lentas chupadas al cigarrillo, Anna pudo escuchar los sollozos del sheriff, inclinado ante el hombre a quien acababa de matar.

Tercera parte

LOS EXILIADOS

Capítulo LV

La madre de la señorita Mattie abrió los ojos, desvelada por la llamada del negrito que solía traerle todas las mañanas el café.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó.

—No lo sé, señora. Se marchó hace más de una hora. ¿Quiere que corra un poco las cortinas?

—¿A dónde fue?

—Lo ignoro. Tal vez sintiera ganas de curiosear. ¿Sabe usted que el sheriff mató anoche a Bubber Reeves?

Capítulo LVI

La señorita Mattie llegó corriendo hasta el patio de los Reeves y vio al señor Reeves sentado en uno de los peldaños del porche.

—Perdóneme que venga a molestarle tan temprano —se excusó—. No he podido pegar un ojo en toda la noche. Estaba deseando que amaneciera para venir y decir a su esposa que mi madre ha accedido a darme cincuenta dólares para ella. Sé que no es mucho pero…

—Señorita Mattie —la interrumpió el señor Reeves—. ¿Es posible que no se haya enterado todavía?

—¿De qué había de enterarme, señor Reeves?

—De que el sheriff mató anoche a nuestro hijo.

Las lágrimas arrasaron los ojos de la señorita Mattie, que sacó de su bolso un pañuelo bordado para enjugárselas.

—¡Válgame Dios! ¡Cuánto lo siento, señor Reeves! ¿Dónde está su esposa?

—Ahí dentro.

—¿Podría hablar con ella para tratar de consolarla?

—No, ahora no. Es mejor dejarla sola.

—Comprendo. Dígale, cuando lo estime conveniente, que he estado aquí, que lamento sinceramente lo ocurrido y que puede disponer de mí…

—Muchas gracias, señorita. Se lo diré.

Capítulo LVII

El señor Reeves permaneció en el porche largo rato después de haberse marchado la señorita Mattie. Sentíase muy cansado, casi exhausto, pero sabía que no podía permitirse ni un instante de reposo hasta que hubiese ultimado los detalles concernientes al entierro de su hijo.

Se levantó, entró en la casa, deambuló unos minutos por el living y finalmente penetró en la alcoba, donde su mujer, vestida aún, yacía sobre la cama, con los ojos cerrados y el rostro pálido como la cera.

—Comprendo que no estás para nada, querida —balbució—, pero tenemos que ocuparnos de…

—He estado pensando en eso precisamente —le cortó ella—. Quiero que lo traigan aquí esta noche. Lo enterraremos mañana.

—¿Dónde?

—Junto a su hermana. Y quiero que compres el mejor féretro que puedas encontrar.

—Para eso necesito dinero… ¿Crees que el señor Mavis seguirá interesado en comprar la casa?

—Naturalmente.

—Entonces iré a prepararlo todo y luego hablaré con el señor Mavis… ¡Ah! Ha estado aquí la señorita Mattie. Quería darte personalmente el pésame, pero no la he dejado entrar.

—Has hecho muy bien.

El señor Reeves se dispuso a abandonar la alcoba conyugal, pero se volvió al llegar a la puerta para preguntar:

—¿No crees que debería de quedarse alguien contigo durante mi ausencia?

—No. No necesito a nadie.

—Está bien. Volveré tan pronto como me sea posible.

Echó a andar hacia el living, pero oyó gritar a su esposa:

—¡Por Dios, no me dejes sola!

La señora Reeves hundió la cabeza en la almohada y comenzó a llorar amargamente. Su marido volvió a su lado, se dejó caer sobre la cama y trató en vano de consolarla.

Capítulo LVIII

Hawes hubo de esperar casi una hora la llegada de la ambulancia encargada de recoger el cadáver de Bubber. Cuando se lo llevaron, entró en la cabaña y preguntó a Anna si quería que la llevara a alguna parte.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Van a dar las cinco.

—Entonces iré con usted a Harrison.

—Vamos, pues. Dejé mi coche en la carretera.

Anna apagó la lámpara de acetileno y emprendieron la marcha por la senda abierta entre los matorrales.

—¿A dónde quiere ir exactamente? —preguntó Hawes, una vez que se hubieron acomodado en el automóvil.

—A la estación de autobuses.

—¿Cree que habrá alguno a esta hora?

—Tomaré el que sale a las nueve y media.

—¿Para dónde?

—Para «El Pampas».

—¿Es allí a dónde quiere ir?

—Sí.

—La acompañaré.

—No quiero que se moleste, señor Hawes.

—No es molestia, Anna. En media hora estamos allí.

Después de dejar a Anna en casa de su madre, Hawes inició el regreso a Harrison, deteniéndose un momento en un parador de la carretera para pedir una taza de café. Pagó a la camarera, tomó un sorbo y dejó el resto en la taza.

—¿Es malo el café? —preguntó la muchacha.

—No. Es que no quiero más.

Abandonó el parador, subió al coche y reanudó la marcha en dirección a Harrison. Ya era completamente de día cuando volvió a atravesar el puente sobre el río, lo que le hizo recordar a Bubber y luego, por asociación de ideas, a su propio hijo, que en aquel momento dormiría tranquilo en su camita, sin sospechar siquiera que su padre había matado a sangre fría a un hombre desarmado.

Despertó sobresaltado, pensando en el desconocido a quien Bubber había asesinado el día anterior para robarle el coche, y se encontró acostado en el diván del living de su propia casa. No sabía el tiempo que había estado durmiendo, pero se sentía todavía nervioso, inquieto y cansado. Sacó el reloj de bolsillo y comprobó que eran ya las ocho y media.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ruby, acudiendo solícita a su lado.

—Muy bien.

—¿Por qué no te desnudas y te metes en la cama?

—Aún tengo cosas que hacer, querida.

Fue al cuarto de baño, se mojó la cara con agua fría, se secó con la toalla y regresó al living donde recogió el sombrero.

—¿A dónde vas ahora? —inquirió Ruby extrañada.

—¿Encontraron el cadáver del individuo que Bubber dijo haber asesinado? —preguntó Hawes a su vez.

—Que yo sepa, no.

—¿Ha hecho Red alguna averiguación al respecto en la penitenciaría?

—Sí. También habló con tu colega, el sheriff de Lavado, ¿cómo se llama?

—Lathrop.

Hawes echó a andar hacia la puerta.

—¿Desayunaste antes de venir? —inquirió Ruby.

—No.

—Voy a prepararte algo en un momento.

—No, no te molestes. No podría comer nada.

—Prueba a hacerlo, cariño.

—Está bien. Lo intentaré.

Siguió avanzando hacia la puerta de comunicación de sus habitaciones particulares con la comisaría, pero antes de llegar a ella sufrió un nuevo acceso de llanto y tuvo que volver y sentarse en el diván. «Esto no puede continuar —pensó—. Tengo que sobreponerme, si no quiero volverme loco.»

Cuando Ruby regresó con la bandeja, Hawes lloraba todavía y, sin avergonzarse por ello, apoyó la cabeza en el hombro de su esposa y dio rienda suelta a sus lágrimas, como un chiquillo sinceramente arrepentido de una mala acción. Fi-

nalmente se secó los ojos con el pañuelo y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—¿Y tu desayuno, cariño?

—No tengo apetito.

En el despacho no encontró más que a Morgan, quien se apresuró a informarle:

—Slim y Red se han ido a dormir.

—Muy bien. Yo voy a salir, pero volveré dentro de una hora.

—Debería dormir un poco más, jefe —sugirió Morgan.

—Lo haré cuando vuelva.

En aquel preciso instante se recibió una llamada de Lathrop, anunciando que acababan de hallar el cadáver y sugiriendo que Hawes fuese a reunirse con él en la carretera, precisamente en el lugar donde se había efectuado el macabro hallazgo, para determinar si el asesinato se había cometido en el distrito de Lavado o en el de Harrison.

Hawes aceptó la idea y subió a su coche. Cuarenta minutos más tarde llegaba a la linde de Harrison, donde vio el automóvil de su colega y algo más allá a un grupo de hombres que rodeaban un cuerpo cubierto con una manta. Los hombres se apartaron al verlo llegar y Lathrop vino inmediatamente a su encuentro.

—Está en mi demarcación —anunció, al mismo tiempo que tendía la diestra a Hawes.

—Ya lo veo.

—No sabía exactamente donde estaba el cadáver cuando te avisé —agregó Lathrop.

—Es igual.

—Ya me han dicho que el evadido también resultó muerto.

—Así fue... ¿Conocías a este hombre?

—No.

Hawes levantó un poco la manta para echar una ojeada al cadáver. Comprobó que le era totalmente desconocido, pero tanto él como el sheriff de Lavado estaban firmemente convencidos de que se trataba del hombre asesinado por Bubber Reeves.

—Encontrarás el coche de este desgraciado unas cuantas

millas más abajo —dijo Hawes a su colega—. Como quiera que el crimen se perpetró en tu distrito, tendrás que hacerte cargo de todo.

—Naturalmente. Vuelve a casa y descansa, que buena falta te hace —respondió Lathrop.

Hawes subió a su coche y emprendió el regreso a Harrison.

—Ahora mismo iré a visitar a Mavis y le pediré que me ceda un trozo de terreno.

Había recorrido apenas una decena de millas cuando advirtió que se le cerraban los ojos. No tuvo más remedio que detener el coche a un lado de la carretera y se dispuso a dormir, apoyado en el volante. Cuando despertó era ya la una menos cuarto. Todavía se sentía cansado, pero reanudó la marcha hacia Harrison y estacionó el coche frente al edificio donde Mavis tenía su despacho.

Se apeó del coche, miró a uno y otro lado de la calle para cerciorarse de que nadie le veía, y penetró en la casa.

Salió de allí una hora después. Mavis se había negado a cederle el terreno. Su desilusión era tan grande que se quedó en el portal, preguntándose: «¿A dónde iré ahora? ¿Qué haré?»

Se dio cuenta de que iba a echarse a llorar otra vez y se dijo: «Tendré que subir al coche y alejarme de la ciudad, ocultándome donde nadie pueda verme.»

Pero estaba demasiado fatigado para poner en práctica su propósito y se sentó en el portal, sin dejar de llorar.

Cuando el señor Reeves fue a visitar a Mavis para tratar de la venta de su casa, encontró al sheriff sollozando a la entrada y lo convenció para que subiera a su propio coche, en el que le condujo a la comisaría.

Hawes lloraba todavía cuando su acompañante lo dejó junto a Ruby.

Capítulo LIX

Al día siguiente, a las cuatro y media, el cadáver de Bubber Reeves recibió sepultura en el cementerio de Harrison junto al de su hermana Evaline.

Asistieron a la ceremonia la señorita Mattie, el ministro metodista y su esposa, la señora Henderson —a pesar de la opinión de su médico— y los esposos Reeves. El ministro metodista leyó un pasaje del Nuevo Testamento y luego rogó a los reunidos que rezaran con él un padrenuestro.

A las siete y media de la mañana siguiente un camión de mudanzas se detuvo frente a la casa de los Reeves para llevarse el mobiliario.

La señora Reeves estuvo sentada en una butaca del jardín posterior mientras sacaban los muebles. Cuando se los llevaron, su marido fue a buscarla y, al atravesar la casa vacía, la pobre mujer, acongojada, comenzó a llorar desconsoladamente por primera vez en aquel día.

—Por favor, querida. Me prometiste que serías fuerte.

Ella se secó las lágrimas con el pañuelo y respondió:

—Tienes razón. No volveré a llorar más, aunque los días de vida que me queden no bastarán para lavar mi culpa...

La señora Reeves se colocó el sombrero y salió al jardín anterior.

—Hiciste siempre lo que creíste más conveniente para él —murmuró su marido—. Ahora está descansando. Déjalo en paz.

—Es verdad. Que descanse en paz. Siempre deseé hacer de él un muchacho del que nosotros y todo el pueblo pudiéramos enorgullecernos, pero jamás le di la oportunidad de ser nada por prestar oídos a los demás. Ahora pienso que no fue la ley quien lo mató, ni Hawes... Fui yo.

—No te atormentes, querida. Tú siempre obraste de buena fe. Arréglate un poco. Tenemos que marcharnos.

A las nueve de la mañana, cuando Mavis llegó a su despacho, encontró a los esposos Reeves esperándole en el portal.

—Le hemos traído las llaves de la casa —anunció el señor Reeves.

—¡Magnífico! —exclamó—. Les pagaré lo convenido. ¿Siguen prefiriendo cobrar en billetes?

—Desde luego.

—Bien. Suban a mi despacho, por favor.

—Preferimos esperar aquí.

Mavis regresó a los pocos minutos con los cinco mil dólares, que contó en presencia de los Reeves. Cuando hubo terminado y su marido se hizo cargo del dinero, la señora Reeves sacó del bolso las llaves de la casa y se las entregó a Mavis, quien se mordió los labios para resistir a la tentación de preguntarles a dónde se proponían ir.

—Les deseo buena suerte —dijo finalmente.

Cuando Mavis regresó a su despacho, los Reeves subieron a su desvencijado automóvil. La señora Reeves apoyó la cabeza en el hombro de su marido y murmuró:

—Antes de abandonar la ciudad quisiera que me hicieras un favor.

—¿Cuál?

—Ir a la comisaría y decir al señor Hawes que no le guardamos rencor.

—De acuerdo.

Pocos minutos más tarde el automóvil se detenía frente a la comisaría. La señora Reeves permaneció acurrucada en su interior, mientras su marido subía a la casa del sheriff. No tardó ni cinco minutos en reaparecer.

—¿Se lo dijistes? —preguntó la señora Reeves.

—A él personalmente no; sigue enfermo. Se lo dije a su esposa.

—¿Y qué te contestó?

—Que nos lo agradece mucho.

El coche volvió a ponerse en marcha y, sin previo acuerdo entre los dos esposos, enfiló la carretera del cementerio. Los Reeves se apearon en la puerta y, a pie, llegaron hasta la tumba donde reposaban los restos de sus dos hijos. Luego regresaron al automóvil y, en silencio, se alejaron de la ciudad.

Capítulo LX

Cuando el señor Reeves se hubo marchado, Ruby regresó a la alcoba. Hawes continuaba durmiendo; no había hecho otra cosa desde hacía dos días.

El médico había asegurado a Ruby que aquel sopor persistente se debía a agotamiento físico y a una crisis de nervios, pero que no era nada grave. A pesar de este diagnóstico, Ruby se sentía muy preocupada. Dos veces había despertado a Hawes aquella mañana para que tomara algún alimento, pero él se había negado en ambas ocasiones.

Ruby se acomodó en una butaca, junto a la cama, preguntándose mentalmente si debería despertarlo otra vez y hablarle de la visita del señor Reeves, pues sabía que la muerte de Bubber lo estaba torturando incesantemente.

Cuando el médico lo visitó por primera vez, Hawes le describió con todo lujo de detalles la larga cadena de acontecimientos que había terminado con la muerte de Bubber, y después que despertó de su primer sueño largo quiso vestirse y recorrer las calles de Harrison para explicar a todo el mundo lo ocurrido.

Ruby le disuadió de tal propósito, diciéndole que todos comprendían perfectamente su actitud. Finalmente, para que se tranquilizara, accedió a que telefoneara a unos cuantos amigos. Todos ellos afirmaron que habrían obrado como él en una situación similar, pero se advertía en el modo de expresarse que la llamada no les había agradado demasiado. Después de la quinta conversación telefónica, Hawes colgó el teléfono, volvió a desnudarse y se metió nuevamente en la cama, negándose rotundamente a recibir a los pocos que fueron a interesarse por su estado.

Todos los postigos de las ventanas estaban cerrados y el ambiente de la habitación comenzaba a resultar sofocante. Ruby abrió el armario, sacó de él un pequeño ventilador y lo colocó sobre la mesita de noche, metiendo la clavija en el enchufe de la pared.

Hawes abrió lentamente los ojos y Ruby le cogió una mano.

—¿Qué tal te encuentras cariño? —le preguntó.

—Todavía me siento cansado.

—Es natural. ¿Tienes apetito?

—No.

—Ha estado aquí el señor Reeves.

—Lo sé. Cuando le oí intenté levantarme para salir al living, pero me fue imposible.

—¿Oíste lo que dijo?

—Sí —afirmó Hawes, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Por Dios! —exclamó Ruby—. No vayas a empezar otra vez.

—Si la señora Reeves no hubiera intervenido y Slim no me hubiese puesto nervioso con sus gritos…

—No hables, ni pienses más en eso —le cortó Ruby—. Recuerda lo que te dijo el médico. Tienes que descansar.

—Estoy apesadumbrado, Ruby.

—Lo comprendo, pero cierra los ojos y duerme.

Horas más tarde, cuando Ruby volvió a la alcoba, observó que su marido se disponía a levantarse.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Quiero vestirme.

—¿Para qué?

—Ya estoy harto de descansar.

Logró poner los pies en el suelo y erguirse, pero carecía de fuerzas para mantenerse en pie y, antes de que Ruby pudiera llegar hasta él, cayó al suelo. Trató de ayudarle a que se incorporara, pero Hawes era demasiado pesado para ella y tuvo que recurrir a Slim y a Morgan para conseguir meterlo de nuevo en la cama.

Después de su pelea con Damon, Edwin Stewart permaneció cuatro días en el hospital, donde no recibió más visitantes que su esposa, su padre y su abuelo.

Minnie telefoneó el primer día a casa de Edwin para enterarse por su salud, pero una voz masculina, que ella supuso que pertenecía al padre de Edwin, le dijo que se abstuviera de molestar. Quienquiera que fuese su anónimo comunicante, se había expresado con acritud y rudeza.

Minnie se sintió ofendida y así lo dijo a su marido, tratando de persuadirlo para que se enterara de quién había sido y le obligara a presentar excusas, pero Damon se negó, arguyendo que le estaba bien empleado por su estupidez.

Minnie quedó sola en casa aquella noche, se embriagó y decidió telefonear otra vez a casa de los Stewart. En esta ocasión tomó el teléfono Elizabeth, que puso a Minnie como un trapo, acusándola de haber arruinado su vida. Cuando se hubo desahogado colgó violentamente el auricular.

Veinte minutos más tarde, tras haber bebido unos vasos más de whisky, Minnie, sintiendo un rencor invencible hacia Elizabeth, tomó la decisión de volver a telefonearla, para decirle lo que pensaba de ella. El teléfono de los Stewart dio la señal de comunicando y Minnie, tras cinco intentos infructuosos, se quedó dormida como un tronco.

Cuando despertó eran ya las once y media y encontró una nota de su marido, en la que le anunciaba que se marchaba a Houston y pasaría allí la noche. Minnie volvió a telefonear a Elizabeth y, al no obtener respuesta, le obsesionó la idea de que se había marchado a Houston con su marido.

Entonces tomó el coche y se dirigió a casa del padre de Stewart, le hizo que se levantara y le informó que Elizabeth estaba con su marido. En el automóvil de Minnie fueron ambos a casa de Edwin, comprobaron que Elizabeth no se hallaba allí y prosiguieron la marcha hacia Houston.

En el «Bayou Hotel» pudieron averiguar que la noche anterior una pareja se había registrado como señor Hawks Damon y esposa. Se disponían a subir la escalera y llamar a la puerta de su habitación, cuando Elizabeth y Damon aparecieron en el vestíbulo.

Minnie echó a correr hacia Elizabeth, llamándola cochina ramera y tratando de abofetearla, pero Damon pudo sujetarla, mientras Elizabeth huía como alma que lleva el diablo, perseguida por su suegro.

Dos días más tarde Damon regresó solo a Harrison y anunció que había dejado a su esposa en un sanatorio psiquiátrico de Galveston como consecuencia de un shock psíquico. Elizabeth volvió aquella misma noche con su suegro y a la mañana siguiente se trasladó a la casa de éste. Los vecinos aseguraban que la oían llorar a todas horas del día y de la noche en el dormitorio del último piso, cuyas ventanas daban a la calle. Elizabeth permaneció dos días en casa de su suegro; al tercero subió a su automóvil, pasó por su casa a recoger dos grandes maletas y se ausentó de la ciudad.

El mismo día de la partida de su esposa, Edwin Stewart recibió autorización para abandonar el hospital. Su padre fue a buscarlo en su coche y ambos se dirigieron a Houston. Al día siguiente el señor Stewart padre regresó solo a Harrison e informó a sus empleados bancarios que Edwin había ido a descansar una temporada en California.

Seis meses más tarde, el señor Winston y su esposa se encontraron inopinadamente con Elizabeth en Nueva Orleáns. Ella les dijo que vivía sola y no mencionó a Edwin, por lo que los Winston se abstuvieron de preguntar por él.

Edwin no volvió a Harrison hasta un día después del fallecimiento de su abuelo y sólo permaneció en la ciudad el tiempo que duró el funeral.

En cierta ocasión, Mavis preguntó al padre de Edwin qué hacía su hijo y dónde había fijado su residencia.

—Está trabajando en California —contestó secamente el señor Edwin.

—¿Y Elizabeth? ¿Cómo está?

—¿Quién?

—Elizabeth, su esposa.

—Mi hijo no tiene esposa. Se divorció.

Mavis repitió esta conversación a su mujer aquella noche

durante la cena, y al día siguiente la señora Mavis hacía extensiva la noticia a todas sus amigas en el club de bridge.

Leroy Smith y su esposa vieron un día a Edwin Stewart en una calle de Long Beach, en California, cuando visitaban a unos primos de ella. Aseguraron que ofrecía un aspecto lastimoso. Le llamaron, pero él hizo ver que no los había oído, subió a su coche y se alejó precipitadamente.

Capítulo LXII

Hawes dimitió de su cargo después de una enfermedad que le duró un mes. Como todavía faltaba otro tanto para que cumpliera el período para el que había sido nombrado se convocaron elecciones especiales y salió elegido Rip.

El día antes de que Rip tomara posesión de su nuevo cargo Hawes se trasladó, conjuntamente con su familia, a un piso en los altos de un garaje, que alquilaron a Mavis por cuarenta dólares mensuales.

Ya se había recuperado lo suficiente para volver a trabajar y Ruby no tardó en encontrar una granja algodonera en un extremo del Condado. Era propiedad de un bohemio que no solamente les arrendó el terreno con vivienda, sino que también les prestó el dinero necesario para iniciar su explotación, con un interés increíblemente módico.

Hawes y su mujer se comprometieron a plantar algodón y a repartir a medias con el arrendador el producto de la cosecha. Eran doscientos acres de tierra llana y el sol caía implacable sobre ellos. Por otra parte, cuando se instalaron allí, finalizado ya el verano, era demasiado tarde para plantar algodón, pero había mucho que hacer en la casa, así como en los campos colindantes, a fin de preparar el terreno para la siembra de la próxima primavera.

Se pusieron a la obra inmediatamente, trabajando los siete días de la semana, desde el alba hasta bien entrada la noche. Colocaron ripias nuevas en el tejado, que estaba cuajado de goteras, repararon las ventanas rotas, los postigos y las puertas, limpiaron el patio que rodeaba la casa y sembraron flores que pudieran soportar el calor y la sequedad de la estación. Dispusieron un huerto de otoño y las semillas se quemaron por la falta de lluvia, mas no por eso se desanimaron y sembraron en su lugar semillas invernales: éstas prendieron y a finales de aquel mismo invierno pudieron alimentarse con hortalizas de su propia cosecha.

En la primavera sembraron el algodón y vigilaron obsesivamente su crecimiento en el primer año. No hablaban jamás del pasado. Sus conversaciones giraban siempre en torno a los

mismos temas: la escuela de su hijo, la granja y las cosechas.

En cierta ocasión recibieron una visita de los Mavis, que se presentaron en la granja en su lujoso «Cadillac». Estuvieron allí un cuarto de hora apenas y no se aludió para nada a la ciudad, a los amigos comunes o a la negativa de ayuda por parte de Mavis, cuando Hawes la solicitó.

Los visitantes asaetearon a preguntas a los nuevos granjeros sobre los trabajos agrícolas realizados por éstos en aquel tiempo y las esperanzas que habían puesto en la cosecha, como si la conversación se estuviera desarrollando entre un terrateniente y su arrendatario.

Cuando los Mavis se levantaron para marcharse, ni Hawes ni su mujer les rogaron, ni siquiera como cumplido, que se quedaran un ratito más. El matrimonio salió a la puerta para despedir a sus visitantes y, cuando el «Cadillac» se perdió en la lejanía, envuelto en una nube de polvo, Hawes rodeó con un brazo el cuello de Ruby y murmuró:

—¿Crees que lo conseguiremos, cariño?

—Jamás lo he dudado. ¿Y tú?

—Ahora estoy convencido de que saldremos adelante.

Ambos reanudaron la interrumpida labor, prosiguiendo silenciosos su tarea hasta la hora de la cena.

Capítulo LXIII

No había tenido mucha suerte Mavis al adquirir la casa de los Reeves. Durante el año que siguió al de la muerte de Bubber, no había conseguido alquilarla más que dos veces y en ambas ocasiones a familias de petroleros. El primer inquilino estuvo seis semanas; el segundo, dos y media.

Tanto la casa como el jardín empezaban a mostrar signos de abandono y decadencia. Sin embargo, lo que más se resentía de la ausencia de los Reeves, era su tumba, en el cementerio. No había lápida alguna que señalara la sepultura de Bubber y la hierba que en ella crecía alcanzaba casi un metro de alto.

Cierta noche, al año aproximado de la partida de los Reeves, llamaron a la puerta de los Mavis.

La señora Mavis salió a abrir, lanzando una exclamación de sorpresa al reconocer a sus visitantes, que no eran otros que los esposos Reeves.

—¿Cómo están ustedes? —preguntó cortésmente.

—¿Está su esposo? —inquirió la señora Reeves.

—Sí, señora.

—Queremos hablar con él.

—Bien. Pasen, por favor. Voy a avisarle.

Cuando Mavis apareció, el señor Reeves se puso en pie y, tras un saludo formulario, preguntó:

—¿Está alquilada la casa que le vendimos?

—Actualmente no.

—¿Cuánto pide de alquiler?

—Setenta y cinco dólares mensuales.

—Eso es demasiado.

—Mis inquilinos anteriores no lo juzgaron así.

El señor Reeves sostuvo un breve conciliábulo en voz baja con su mujer y finalmente decidió:

—De acuerdo. La alquilamos.

—¿Cuándo piensan instalarse?

—Mañana mismo. ¿Puede ser?

—Por mí no hay inconveniente, pero he de advertirles que acostumbro a cobrar por anticipado.

La señora Reeves abrió su bolso, sacó un pequeño fajo de billetes, contó unos cuantos y los entregó a su marido, que los hizo llegar a Mavis.

—Bien —dijo éste, después de echar una rápida ojeada al dinero—. Ustedes pagarán el gas y la electricidad; el agua correrá a mi cargo.

A las ocho de la mañana siguiente, los Reeves se volvían a instalar en su antigua vivienda. A las once ya tenían todos los muebles en su sitio. Entonces subieron a su viejo automóvil y se trasladaron al cementerio. A las cuatro y media, cuando las tumbas de sus hijos se hallaban ya totalmente limpias de hierbas, la señora Reeves se sentó a la sombra de un ciprés, mientras su marido iba en el coche a la ciudad, de donde regresó algunos minutos más tarde con dos jarrones idénticos y de poco precio, llenos de flores recién cortadas. Colocaron un jarrón a la cabecera de la tumba de Bubber y el otro junto a la piedra que marcaba la fosa de la pequeña. Una semana después había una lápida enmarcando la sepultura de Bubber, con el nombre de éste, las fechas de su nacimiento y muerte y la inscripción «Descansa en paz».

El señor Reeves volvió a dedicarse a afilar tijeras y cuchillos y a reparar cortadoras de césped, mientras que su esposa hacía dulces y cosía ropa para ayudarle. La gente se asombraba de que los dos viejos pudieran ganar lo suficiente para subsistir y pagar el alquiler de setenta y cinco dólares mensuales, pero Mavis aseguraba que siempre habían tenido el dinero a punto cuando él iba personalmente a cobrarles el recibo.

Los habitantes de Harrison sólo veían a la señora Reeves cuando ésta trabajaba en el jardín o arreglaba en el cementerio las tumbas de sus hijos, en las que los jarrones se hallaban siempre llenos de flores recién cortadas, tanto en verano como en invierno.

Capítulo LXIV

Un año después de que Edwin Stewart se marchara por segunda vez a California, su padre envió una nota a Hawes en la que le rogaba que fuese a verle al Banco para un «asunto de interés».

Hawes se trasladó a Harrison al día siguiente de recibir la nota, se presentó en el Banco y le condujeron al despacho particular del señor Stewart, que le agradeció la rapidez con que había acudido a su llamada y le anunció que obraba en nombre y a instancias de su hijo.

—Edwin posee unos terrenos de cultivo bastante buenos y ha decidido venderlos —agregó.

—¿Cuánto pide por ello? —inquirió Hawes.

—Un dólar por acre... Convendrá en que el precio es irrisorio, pero Edwin se considera en deuda con usted...

—Se equivoca, señor Stewart. Ni su hijo ni nadie de esta ciudad me debe nada.

—¿Quiere decir que no le interesan esos terrenos?

—No los aceptaría ni regalados.

—Edwin se disgustará mucho cuando se entere.

—Dígale que se lo agradezco, pero que no me debe nada.

Cuando Hawes salió del Banco, se detuvo un momento en la escalinata para contemplar la plaza del Palacio de Justicia que hacía meses no había visto.

Inopinadamente, un desconocido, forastero al parecer, se acercó a él y le dijo:

—¿Podría indicarme dónde está la comisaría?

—Sí. Suba por esa calle... Está en la segunda manzana, a la derecha.

—Gracias. ¿Conoce usted al sheriff?

—Sí. Se llama Rip, Rip Lenar. ¿Por qué me lo pregunta?

—Verá usted... Es que mi hijo se ha metido en un lío. No es un mal muchacho, pero no sabe elegir a sus amistades y ahora está en la cárcel. Por eso le he preguntado si conoce al sheriff. El que hay en la ciudad donde vivíamos antes tiene un genio de mil diablos y es un hombre despiadado. Mi mujer se puso un día de rodillas ante él y no se conmovió. ¿Cree

usted que un sheriff puede tener sentimientos? Yo lo dudo... De tenerlos, no aceptaría un cargo como ese.

En aquel momento pasó un negro junto a Hawes y le sonrió ampliamente, al mismo tiempo que le saludaba:

—¡Buenos días, sheriff!

El forastero se asustó.

—¡Por Dios! ¿Es usted el sheriff?

—Lo era.

—¡Oh, perdóneme! ¡Qué estúpido soy!

—No se preocupe, amigo. Comprendo perfectamente su modo de pensar. Hay muchos que creen, como usted, que cuando un hombre se enfunda el uniforme de sheriff queda inmune a la compasión, pero no es verdad. Un sheriff sigue siendo un hombre y, como tal, conserva sus sentimientos, aunque en ocasiones su uniforme le obligue a reprimirlos.

—Tiene usted mucha razón, señor. Encantado de conocerle y gracias por todo.

Aquella noche, Hawes refirió a Ruby su conversación con el padre de Edwin Stewart.

—¿Por qué cree Edwin que está en deuda contigo? —preguntó Ruby asombrada.

—No sé.

—Tal vez crea que él fue quien incitó a sus conciudadanos la noche que...

—Termina, Ruby, no te detengas. Ibas a decir la noche que maté a Bubber, ¿no?

—Pues, sí, pero lo hiciste cumpliendo con tu deber. Edwin debe considerarse culpable de tu dimisión, pues toda aquella gente se reunió en su casa.

—No. No creo que sea ésa la causa. No los convocó él, sino Damon.

Quedaron silenciosos. Poco más tarde, sentados en el porche, Hawes murmuró extasiado:

—¿Sabes, Ruby? Cuando yo era sheriff y tenía que pasar por aquí, pensaba que ésta era la región más horrorosa que había salido de las manos de Dios. Entonces estaba seguro de que me moriría de asco si tuviera que vivir en un lugar donde no crecen más que cinamomos, pero ahora me he habituado y me costaría trabajo adaptarme a otro sitio. Cuando me despierto por las mañanas y contemplo un amanecer en la pradera, pienso que no puede haber nada más hermoso en todo el universo.

Su hijo, que asistía al diálogo, intervino para decir:

—La señora Sekovitch, que vive en la granja que hay a orillas de la carretera, me aseguraba el otro día que ella no podría vivir en el valle ni en la montaña; sólo en la llanura.

—¿Por qué?

—Dice que tanto en el valle como en la montaña no hay más que serpientes. Vivió mucho tiempo por allá y obligó a su marido a que buscara otro sitio. Asegura que le agrada ver cuanto le rodea y no sentirse aprisionada por las montañas ni por los bosques.

El domingo siguiente, cumpleaños de su padre, Hawes llevó a su esposa y a su hijo al cementerio de Harrison, para poner flores en el panteón familiar. Llegaron a las cinco de la tarde, y, mientras Hawes quitaba las hierbas que habían crecido junto a la lápida, Ruby y su hijo fueron a buscar una boca de riego para llenar un florero, a fin de regar las flores. La boca de riego se hallaba casi en el centro del camposanto y cerca de ella había una sepultura perfectamente cuidada, en cuyos cuatro lados crecían pervincas y capuchinas.

—¡Qué bonito! —exclamó el niño—. ¿De quién será?

—Lee la inscripción de la lápida y te enterarás —contestó su madre.

El niño se acercó a la tumba y leyó:

—Jacksoñ Reeves... Descansa en paz... ¿Quién era Jackson Reeves?

—Lo ignoro. Volvamos con el agua, que papá estará impaciente.

—¿No era Reeves el apellido del hombre que mató papá cuando era sheriff? —preguntó el niño.

—Sí, en efecto.

—¿Se llamaba Jackson?

—No lo sé. Todo el mundo le conocía por Bubber.

—¿Dónde lo enterraron?

—Por ahí... No sé.

Ruby regresó con el agua y, al cabo de un momento, el niño vino corriendo tras ella. Llenó los floreros, colocó las flores dentro y puso aquéllos sobre la lápida de sus suegros. Cuando hubo terminado echó una ojeada al panteón de los Reeves. Había mentido deliberadamente a su hijo. Ella sabía con toda seguridad que Jackson Reeves era Bubber. ¿Cuántos años habían trascurrido ya desde su muerte? ¿Dos? ¿Tres?

Trató de recordar cómo había sido la noche en que murió Bubber, pero no pudo conseguirlo. Volvió a mirar la tumba y pensó en la violencia, en el rencor, en el odio que habían tenido fin en aquel lugar tranquilo y silencioso, enmarcado por una fosa con el nombre de Jackson Reeves y la inscripción «Descansa en paz».

«Descansa en paz.» Ruby contempló a su marido y rememoró su enfermedad a raíz de la muerte de Bubber; a los Reeves, trasladándose a una ciudad extraña, para regresar después de varios años y alquilar la misma casa que habían edificado cuando eran jóvenes y sus hijos pequeños. Pensó en Edwin Stewart, exiliado por su propia voluntad en ciudades de California, extrañas para él, sin hogar y sin amigos; en Minnie Damon, huésped intermitente de un sanatorio de Galveston para enfermos mentales; en Elizabeth, cuyo paradero se ignoraba. Descansen en paz. Pensó en Mavis, cuando abandonaba su despacho para regresar andando a su casa, bajo el sol vespertino; en Rip, Damon y los demás hombres que se habían reunido aquella noche aciaga en casa de los Stewart; en Anna, que vivía con su madre en «El Pampas» y en Stub, desaparecido sin dejar rastro tres días después de la muerte de Bubber. Y pensó en sí misma, sin nostalgia, volviendo a las faenas agrícolas, trabajando mucho más que lo había hecho cuando era niña, a sabiendas de que ya no perdería jamás su aspecto de campesina, el aspecto de una mujer que trabaja en su hogar y al aire libre desde la mañana a la noche.

Luego acudió a su memoria la noche en que murió Bubber; el miedo que sintió por su marido, por su vida, por la expresión que viera entonces en su rostro.

También recordó la noche en que su marido le dijo que no recuperaría la salud mientras permaneciera en la comisaría y la mañana siguiente, cuando presentó su dimisión, y las llamadas telefónicas y las visitas al sheriff dimisionario, cuando la noticia se propagó por la ciudad. Y luego, cuando comprobaron que la noticia era verídica y la decisión de Hawes irrevocable, el silencio que les rodeó, el aislamiento, como si estuviesen atacados de lepra. Recordó el día en que abandonaron la comisaría, sin que nadie despidiera a Hawes, salvo sus agentes, sin que nadie le agradeciera los quince años de servicios prestados a la comunidad. El mejor sheriff que había tenido la ciudad, y ya había sido olvidado por completo.

Capítulo LXV

Cuando se marcharon los Hawes, los Reeves quedaron solos en el cementerio. Trabajaron duramente una hora más en el arreglo del panteón y, finalmente, emprendieron el regreso a casa en el coche.

La señora Reeves calentó lo que había sobrado de la comida y colocó luego la cazuela encima de la mesa de la cocina. Cenaron en silencio y, cuando hubieron terminado, vaciaron los platos en el vertedero y el señor Reeves comenzó a lavarlos, secándolos después su esposa.

—¿Viste al señor Hawes en el cementerio? —preguntó él.

—Sí.

—He oído decir que está arruinado.

Ella terminó de secar los platos y se dispuso a salir de la cocina.

—¿Te vas a acostar ya? —preguntó su marido.

—Sí.

—Buenas noches, pues.

—Buenas noches.

El señor Reeves se acomodó en una silla; luego se levantó, asomándose a la ventana. La mayor parte de las casas tenían las luces encendidas. Permaneció un rato tomando el fresco y finalmente apagó la luz y se dirigió a su alcoba.

—¿Estás durmiendo? —preguntó a su mujer.

—No.

Se desnudó parsimoniosamente y se metió en la cama, junto a su esposa.

—Los rascamoños ya han florecido —murmuró.

—Ya lo sé —replicó ella.

—Ahora me gustaría plantar unas cuantas verbenas.

—Quedarán muy bien.

—¿Las prefieres blancas?

—Las rojas también me gustan.

—Mañana mismo compraré las semillas.

Se hizo el silencio entre los esposos Reeves, silencio en la casa y silencio en el jardín. Lo que pensaban y lo que sentían lo ocultaban siempre cuidadosamente.

Capítulo LXVI

Los Hawes pasaron por el centro de Harrison con su automóvil, de regreso a su granja. Al cruzar la plaza del Palacio de Justicia, Hawes vio al forastero que había conocido el día que fue a visitar a Stewart padre en el Banco. El desconocido salía de la comisaría, acompañado de una mujer y de un muchacho de unos dieciocho o diecinueve años. Hawes aminoró la velocidad de su vehículo y pudo ver subir a los tres en un desvencijado automóvil de segunda mano.

—¿Qué estás mirando? —preguntó su mujer.

—Aquellas personas que acaban de subir a aquel coche viejo.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. A él lo encontré el otro día, cuando vine a la ciudad. Me dijo que su hijo se había metido en un lío y que Rip lo había encarcelado. Por lo visto la cosa no tenía demasiada importancia, de lo que me alegro.

El automóvil de los forasteros pasó frente al de los Hawes y éste observó que sus tres ocupantes iban tristes y afligidos.

Luego desvió su atención hacia un coche flamante que acababa de detenerse frente a la oficina de Correos. Minnie Damon se apeó de él y Hawes pensó: «Debe encontrarse restablecida cuando la han dejado volver del sanatorio.»

Salieron de la ciudad por la carretera de «El Pampas» y, a mitad de camino, se cruzaron con un automóvil que se dirigía a Harrison. En él viajaban Stub McDermont y Anna Reeves.

—¿Cuándo ha vuelto Stub? —preguntó Ruby.

—No lo sé.

Cuando llegaron a la granja, Edwin Stewart les estaba aguardando. Ruby y su hijo saludaron al visitante y penetraron en la casa, dejándolo a solas con Hawes.

Edwin sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Hawes.

—No, gracias.

—Ya estaba a punto de regresar a Harrison, cuando os vi venir —dijo Edwin.

—¿Llevabas mucho tiempo esperando?

—Tres cuartos de hora, poco más o menos.

—¿Cómo supiste que vivíamos aquí?

—Mavis me lo dijo.

—Vamos a sentarnos en la galería. Estaremos más cómodos —propuso Hawes.

Se acomodaron en unas butacas, y luego preguntó:

—¿Cuándo regresaste de California?

—Hace dos días.

—¿Te gustaba aquello?

—Sí, no está mal, pero a Elizabeth no le gusta. No sé si te habrás enterado que me volví a casar con ella.

—No sabía nada. Ahora raras veces voy por la ciudad. ¿Trabajarás otra vez en el Banco?

—Sí. Mi padre dice que me necesita.

—Tienes buen aspecto, Edwin.

—Gracias. Mi padre te habló ya de la granja, ¿verdad?

—Sí.

—Pues he venido a tratar de convencerte para que aceptes mi oferta. Me darías una gran alegría si lo hicieras.

—Lo siento, pero aquí me siento a gusto.

—¿No será que me guardas rencor?

—En absoluto. Palabra de honor.

Poco después, Edwin Stewart emprendía el regreso a la ciudad, después de despedirse cordialmente de los Hawes.

—¡Vaya notición! —exclamó Ruby—. ¿Quién hubiera podido prever que se casaría otra vez con Elizabeth? La vida está llena de sorpresas.

—Así es, en efecto.

Ruby, sentada en la butaca que antes ocupara Edwin Stewart, cerró los ojos. Hawes la imitó. Un pájaro gorjeó en la noche, en una llamada suplicante y quejumbrosa.

Hawes volvió a abrir los ojos, contempló a su esposa dormida y luego alzó la mirada hacia el cielo estival, cuajado de estrellas rutilantes.

«Mañana será lunes —se dijo—. Todo comenzó también un lunes, hace dos años y algunos meses.»

Por un instante volvió a sentir miedo, pero la sensación

desapareció casi inmediatamente. Miró de nuevo al cielo estrellado y luego cerró los ojos otra vez.

Pensó en los Reeves, que tras larga ausencia habían vuelto al hogar, aunque la casa ya no era suya, sino de Mavis. Sólo les quedaba el panteón en el cementerio y sus muertos: Bubber y Evaline.

Un viento suave meció las flores del jardín y las hojas del cinamomo.

Hawes pensó en Edwin Stewart y en Elizabeth, que habían regresado a su casa, tenebrosa y vacía. Todos habían vuelto ya: Edwin, Elizabeth, Minnie, Anna y Stub, el señor y la señora Reeves.

—Todos han vuelto, menos Bubber y yo —susurró.

Jackson Reeves y Travies Hawes, cementerio y granja.

La luna ascendía lentamente en el firmamento. El pájaro gorjeó de nuevo, como si la saludara, pero Hawes no lo oyó esta vez. Se había quedado dormido.

INDICE